

**LA NOVELA PICARESCA  
Y EL PICARO EN LA LITERA-  
TURA ESPAÑOLA**    ❧    ❧    ❧  
❧    ❧ **POR MIREYA SUAREZ**    ❧    ❧





La novela picaresca y el pícaro  
en la Literatura española

La novela presentada y el prólogo  
de la editorial de la editorial

L.S.H.  
S9396n

MIREYA SUÁREZ

---

LA NOVELA PICARESCA  
Y EL PÍCARO EN LA LI-  
TERATURA ESPAÑOLA



R31365  
12.4.20

IMPRESA LATINA  
RODRIGUEZ SAN PEDRO, NÚM. 19  
MADRID

---

ES PROPIEDAD  
RESERVADOS TODOS LOS  
DERECHOS

---

DEDICATORIAS



*A mi querida tierra «Gran Canaria»:*

*Ofrezco el primer fruto de mi  
trabajo y esfuerzo.*

LA AUTORA.



*A los más grandes afectos de mi vida:*

*A mi padre y a la memoria de  
mi madre, dedico este en-  
sayo, con todo el cariño.*

MIREYA,



# PRÓLOGO

100



Desde hace algún tiempo me propuse reunir notas que sirvieran para llegar a formar un libro, gestado por mis anhelos y alimentado por el esfuerzo.

La tarea era ardua y penosa, sobre todo tratándose de un trabajo de investigación con un poco de estudio psicológico.

Uniendo apuntes, notas, y poniendo todos mis anhelos y entusiasmos, comencé a darle forma, y hoy ofrezco este pequeño fruto de mi trabajo a mis padres y paisanos: pensando en ellos lo he escrito.

No me hallaba decidida a publicarlo; de una parte mi juventud, y de otra el temor de aventurarme, coartaban mis deseos.

Un día, aconsejada por un buen profesor y amigo, pienso más intensamente en la posible publicación del trabajo y escribo a mi tierra. ¡Cuánta vicisitud para publicarse!

Debido al apoyo económico de la Comunidad de Regantes de la Vega Mayor de TELDE y a

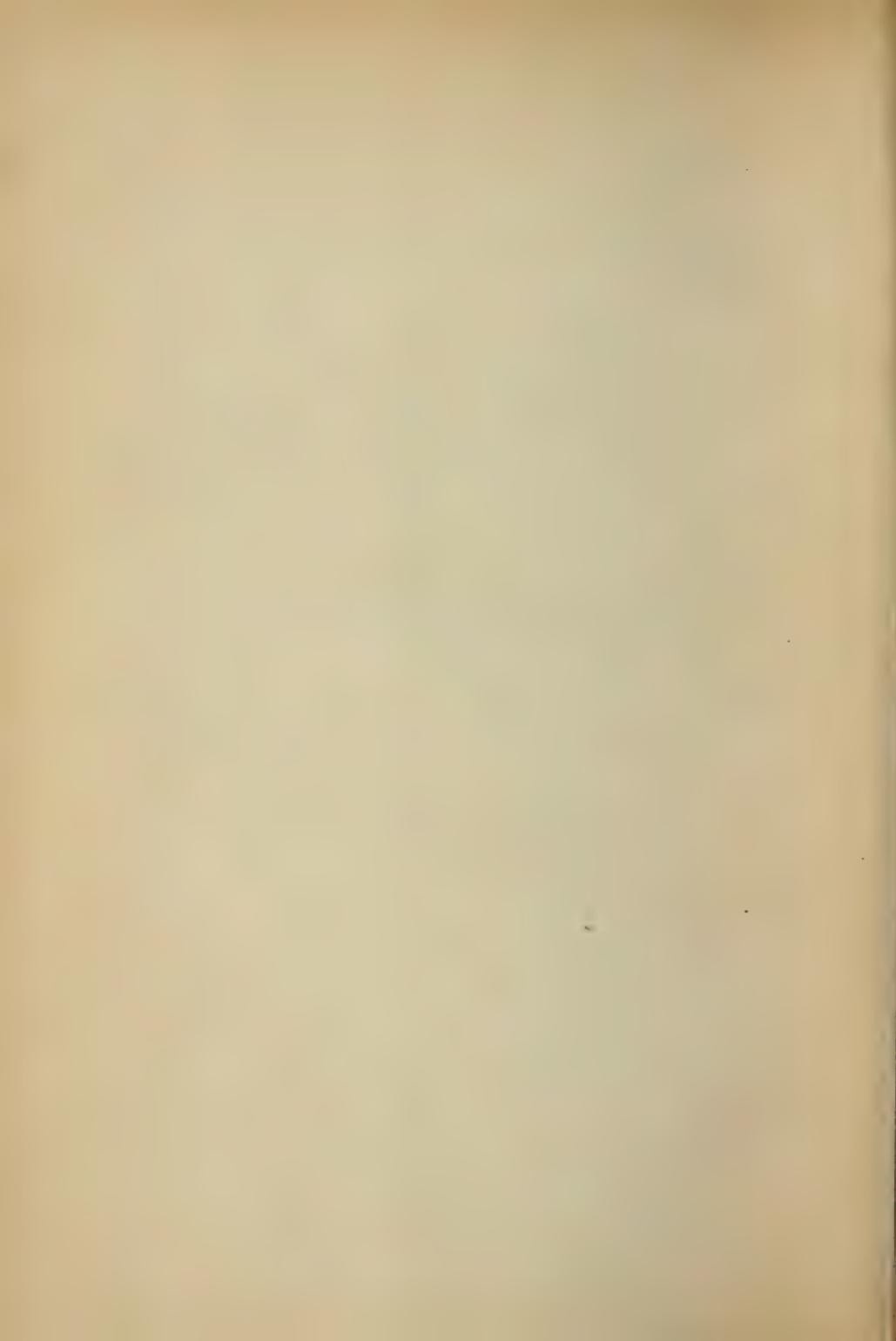
*unos buenos amigos itan pocos!, va a ver la luz. A ellos, a los que han laborado por la publicación, mi gratitud.*

*Con justicia o sin ella quiero que vaya dedicada la obra a mi tierra, a mi pueblo, y unido a ésta vaya mi cariñoso reconocimiento a los pocos paisanos que han satisfecho mis deseos.*

*A Gran Canaria, vista en la distancia, más bella, siempre más querida; Telde, mi pueblo, de tantos recuerdos en mi vida. A mis paisanos, los pocos que han ayudado la dura labor de mi libro; a mi padre, el más grande cariño que la vida me ha dejado; a mi madre muerta... pensando en todos he tenido valor para escribirlo. A ellos lo dedico.*

**Madrid, febrero 1926.**

# INTRODUCCIÓN



No es mi propósito, que sería atrevimiento y pedantería, hacer un acabado trabajo de crítica literaria de LA NOVELA PICARESCA Y EL PICARO EN LA LITERATURA ESPAÑOLA; sino mostrar una exposición de la picaresca en la vida y en la literatura patria.

Muy poco se ha escrito sobre picaresca: sin embargo, es lo suficiente para formar un plan que sea la norma de este modesto ensayo, en el que dejo sentada mi opinión sobre tema tan arduo.

Encamino, pues, el trabajo tratando que la exposición sea lo menos pesada posible y a la vez tenga la claridad indispensable para su inteligencia.

El plan será el siguiente:

- 1.—La Novela Picaresca. 

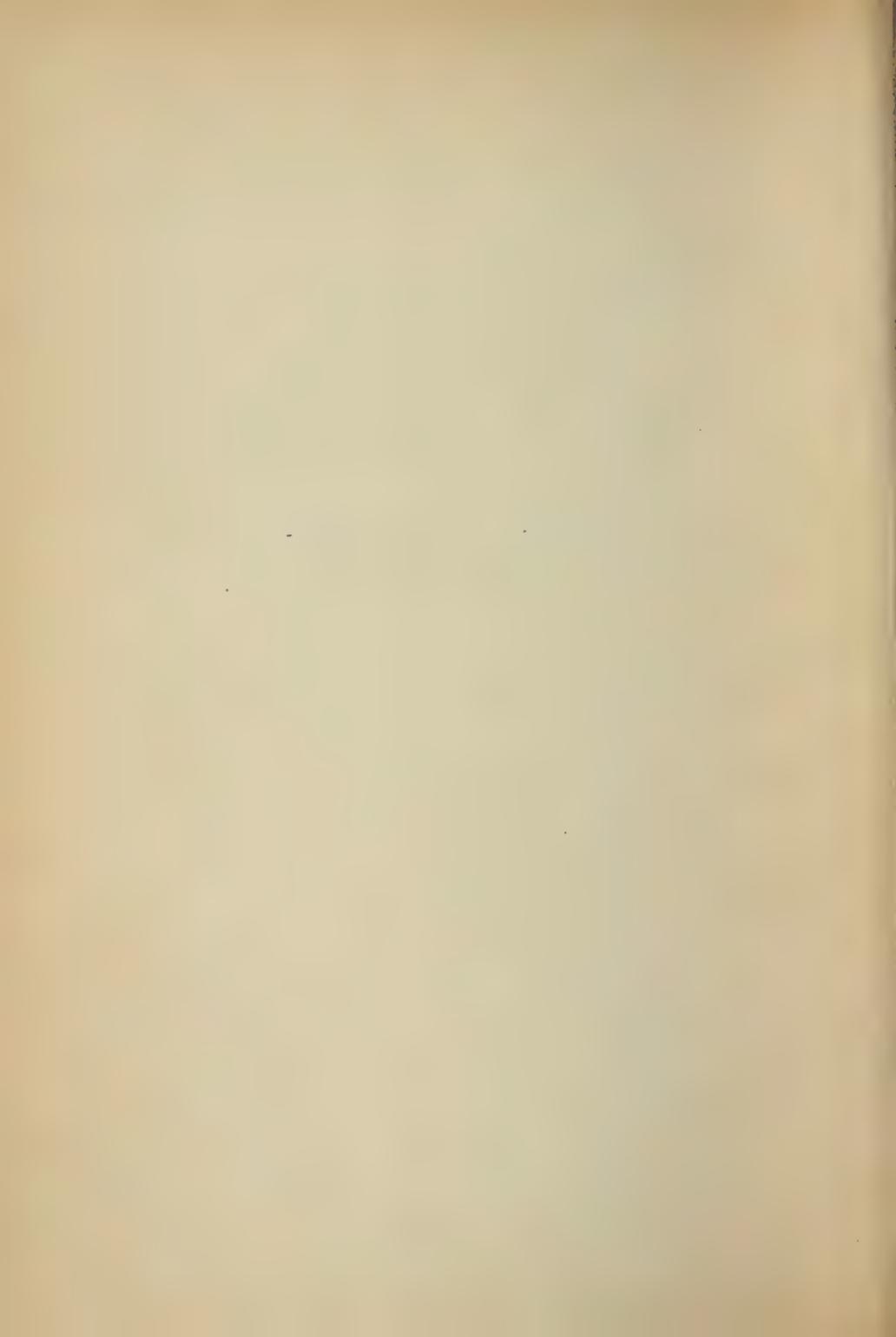
}	I.—Orígenes.
	II.—Periodo clásico.
	III.—Influencias posteriores.
- 2.—El Pícaro.
- 3.—Conclusión: Que representa el género picaresco de nuestra Literatura.
- 4.—Notas.
- 5.—Bibliografía,

En el curso de este trabajo trataré de hacer relación a los diferentes aspectos, análogos o semejantes que los pícaros de la literatura general puedan ofrecer, haciendo las observaciones oportunas y estableciendo la concordancia que entre ellos exista.

La conclusión será una condensación de lo que representa el género de la picaresca en nuestra literatura, en opinión de autores que, con anterioridad, hayan tratado de la materia que nos ocupa, y exponiendo nuestra concepción del género, como resultado de investigación.

Las «Notas» y «Bibliografías» son facilidades para la mejor inteligencia del trabajo.

LA NOVELA PICARESCA



## Orígenes

«Una de las mayores glorias de España y, acaso, o sin acaso, la más duradera, es la de haber hallado, con la novela, la verdadera forma de la epopeya de la vida humana; y, en diciendo novela, no se debe pensar en la inimitable e inimitada obra de CERVANTES, sino en la picaresca...» (1).

La picaresca no nació de una vez y sin contar antecedentes: al tener lugar el advenimiento de esta nueva orientación de la novela, tras las de caballería, surgió porque a ella fué alimentando previamente obras distintas y a estas obras, que son, por decirlo así, las engendradoras de este tipo, de pura nacionalidad española que poseemos, le dieron sus

más acabados modelos, sus más sutiles motivos, la vida, ya de los propios autores, ya de las clases inferiores.

Es un problema debatido y aún no resuelto determinar dónde se halló por vez primera, bien definida y caracterizada, la novela de picardías.

Su tipo debió existir siempre; pero, ¿dónde aparece con carácter verdaderamente literario?, ¿quién fué, en qué literatura tomó primeramente carácter literario el antihéroe?

.....

Una de las obras más notables de la rica y abundante literatura oriental; uno de los productos más importantes de la fecunda imaginación de los árabes, siempre pródigos en el derroche de luz y de color, es una especie de novela de picardías, tan bien detallada, caracterizada y definida como pudieron hacerlo nuestros clásicos.

En una de las academias, el protagonista, Hareth-Ben-Hamman, cuenta a varias personas sus aventuras numerosas y las de su amigo Abú-Zeit-El Sarnj, una especie de «Guzmán de Alfarache» (2).

«Alegre camarada, burlón espiritual, cuyo

verbo maligno se ha ejercido, más de una vez, a expensas de su amigo.» (3). «El donairoso Abú-Zeit ha tomado la vestimenta y el acento de las provincias por donde ha pasado, aprendiendo todos los oficios y encontrando a cada paso gentes que le tuvieran abiertas la bolsa y el corazón.» Se aprovecha de los dones de su espíritu para satisfacer en el día sus gratos placeres epicúreos.

Ama el placer y la alegría; el vino de Schiraz lleva al colmo los deseos epicúreos de los cuales está anhelante. Es un convidado peligroso, pero alegre, festivo, decididor y chistoso.

Halla verdadero placer en la vida vagabunda; por eso desdeña la ocasión de hacer fortuna, porque comprende que coarta, con ello, la libertad de que goza. A veces nos sorprende oír de su boca las edificantes frases de un severo moralista y las acertadas reflexiones de un perfecto filósofo, haciendo verter a sus oyentes lágrimas de emoción o de arrepentimiento al escuchar las altas verdades que enaltece o las profundas máximas que encomia.

«Otras veces le vemos transformado en abogado charlatán que se entiende con su adver-

sario para engañar al juez defendiendo su propia causa.»

Siempre, en todos los momentos, nos presenta su matiz pícaro.

«Es médico, maestro de escuela, más tarde cuentista o narrador, que se pone en las plazas públicas a narrar esos cuentos interminables que hacen la felicidad de los árabes.»

Su oficio predilecto es el de mendigo, y para llamar la atención y la compasión de los musulmanes sabe hacer el ciego, el cojo, el enfermo, con ingenioso arte.

En su vida vagabunda, del oficio que mejores resultados sacó fué del de mendigo; por eso recomienda, de todas veras, a su hijo que lo ponga en práctica como el procedimiento más ventajoso para pasar más feliz y plácidamente la vida.

«Luego de haber pasado la vida lo mejor que pudo, legó a su hijo este consejo, como la mejor receta, y se retira a «Sarndj», disponiéndose a morir como buen musulmán y esperando ganar el Paraíso con sus plegarias; dirige una conmovedora despedida a su amigo Hareth-Ben-Hamman, al encontrarlo por última vez.»

Es esto, en síntesis, el asunto de la obra del poeta de Bassorah, y, sin hipérbole, ¿no es digna esta obra de nuestros clásicos?

¿No imitaría alguno de nuestros autores esta obra, monumento de la literatura árabe?

¿No habría, entre los escritores nuestros, algunos con la cultura suficiente para conocer aquellas obras más importantes de la literatura árabe?

.....

Nada de extraño tiene esta posibilidad. La obra de Hariri era popular y muy conocida entre los árabes; ¿quién ha de negar que pudo, no sólo llegar a ser conocida por el árabe, sino por el aljamiado con posterioridad?

«La filosofía honda y reflexiva que se extiende por todo el relato del poeta mencionado, la sutil delicadeza que encierra, la suavidad y los elevados pensamientos que revela; lo chistoso y picante de sus dichos y agudezas, llevarían al lector a través de sus cincuenta «mekamah» de las cuales la obra se componía.»

No es extraño nada de esto. El clásico español pudo muy bien conocer esta popularísima

obra, y a su vez pretendió españolizar el tipo; y, si así fué, lo consiguió muy de veras, y podemos asegurar que con creces.

«No sólo se ha quedado el relato entre los árabes incultos, sino que, con sumo gusto y cuidado, es estudiado por los habitantes del Cairo y de Damasco, los que gozan de mayor cultura e ilustración, pues su estilo y pensamientos a ello le llevan.

El árabe, dígame lo que se diga, es idealista, pero sin olvidar el realismo; es decir, que el espíritu árabe es el que sabe mejor idealizar la realidad.

¿Qué de extraño tiene que el pueblo árabe, siempre impresionable, sintiendo el influjo de los poetas y de la literatura, hoy que ve deshecho el poder de los Califas, quieran seguir, aventureros del desierto, la ruta que les han señalado sus poetas en sus obras; y, si árabe es Hariri, el autor de esta preciosísima muestra de picardías, ¿cómo no sentir su influjo en la vida real, cómo no transformarse en truhanes y seguir las aventuras que siglos atrás siguió Abú-Zeit?

Es indiscutible que el espíritu de los árabes ha sido formado por sus poetas, ¿cómo no ha de

influir la vida de aquéllos en la de éstos? Sus obras poéticas han de vivir necesariamente su propia vida.

No creamos que hay exageraciones en esta apreciación, quizá sugestiva, pues por algo el Califa Omar, cuando fué preguntado por Amrú sobre lo que había de hacerse con los libros de la biblioteca de la conquistada Alejandría, dijo: «Si los libros de que me hablas contienen lo que está escrito ya en el libro de Dios, son inútiles; y si contienen otra cosa, son peligrosos. De modo que quémalos.» (4).

No cabe duda que él conocía a su pueblo y sabía la decisiva influencia que los libros ejercían en sus voluntades.

El resurgimiento de la picaresca árabe, ¿no será una imitación de esas narraciones interminables que hacen la felicidad de los árabes, que, como los cuentos de Scherezada, necesitan una noche más para terminarse, noche que nunca llega?

.....

Elementos de picaresca los hallamos, no sólo en el drama clásico griego, sino en PLAUTO y TERCENCIO, sobre todo en la comedia plautina; así es que, aun cuando contamos es-

ta obra como genuinamente española, se hallan no pocos gérmenes, como vemos, en las obras clásicas de los latinos; pues el esclavo y el parásito no son otra cosa que predecesores de nuestros jamás superados pícaros.

Ya por la parte que de sátira tiene, ya por el carácter social, creemos ver bastante semejanza de nuestra picaresca, como también lo afirma MOREL-FATIO, con los «Diálogos» de LUCIANO y con la «Danza de la Muerte».

La influencia de estas obras es patente, no deja lugar a dudas; lo cual nos hace que persistamos en la suposición que tenemos de que es probable que nuestros clásicos conocieran a los clásicos griegos y latinos.

En el «Satiricon», de PETRONIO, y en el «Asno de oro», de APULEYO, se hallan no pocos elementos de picaresca, sobre todo en lo que a críticas de las costumbres sociales se refiere.

También hallamos no pocos elementos de esta clase de obras que estudiamos, en el «Roman de Renart», donde aparece, por vez primera, la sátira y crítica social en su período máximo.

Con lo que dicho llevamos queda sentado

el precedente que en los comienzos de las literaturas, en casi todas, han ido apareciendo diversos matices de picaresca. Pero, aun contando como influyentes en nuestra picaresca todas las derivaciones de las literaturas, no nos cabe duda alguna que, en los orígenes, la más decisiva influencia se halla en LUCIANO; el humorismo que éste derrama en sus «Diálogos de los muertos», que contrasta grandemente con el fondo de las aventuras narradas, lo sombrío de su pensamiento lo vemos en el «Lazarillo», el «Guzmán», el «Buscón», etc.

El humorismo y lo sombrío del pensamiento lo vemos tan patente en el Lazarillo como antes nos lo mostró en la «Danza de la Muerte», en la cual hay no pocos elementos de este género de literatura de la que nos ocupamos.

Antes de haber aparecido en nuestra patria el gusto por esta clase de literatura, nacional y clásica, ya en Alemania había elementos de esta picaresca, lo cual no debe extrañarnos; sin duda, esos elementos fueron arrancados a las literaturas clásicas griegas y latinas, be-

biendo, por tanto, en la fuente misma en la cual bebimos nosotros.

«Inglaterra tiene colecciones primitivas de chascos y burlas y los famosos libros de mendicantes.» (5).

Es indudable que este género de novelas hubo de tener manifestaciones parciales, no sólo en las distintas literaturas, sino en la propia nuestra.

Pero es irrecusable que las especiales condiciones de nuestra patria dió favorables disposiciones para la pronta aclimatación y evolución de la picaresca en España.

---

Era en la época de las conquistas, cuando el corazón de cada español, pleno de ilusiones y de entusiasmos, dejando los patrios lares, alumbrados por la esperanza, iban tras el ideal de conquistas; y en esta época, cuando el fracaso reemplazó al triunfo y los fantasmas de la miseria y prosaica realidad mostraron su poder aniquilador; cuando la miseria ascendía de las chozas indigentes a las casas poco fuertes, a quien dió golpe de muerte el

fracaso de la lucha, los campos incultos, abandonados; el comercio, relegado al olvido, surgieron los mendicantes, los que necesariamente tenían la obligación de procurarse los medios de subsistencia para poder vivir, del modo que fuera, no importándole cuál.

Y no debemos contar como menos influyentes en la picaresca las novelas de caballerías; ambas difieren en el fondo, la forma es la misma.

Surgió triunfante la picaresca ante la de caballería y pastoril, y marcó con toda brillantez nuestro triunfo nacional.

Es indudable que, a este triunfo, contribuyó la bella y perfecta expresión de la «Vida»; los que escribieron picaresca no hicieron otra cosa que copiarla, con su vivo y palpitante anhelo.

La vida que estas obras nos describen es la misma que llevaban muchos en la realidad; unos, impulsados por el deseo aventurero; otros, por el anhelo; los más, por la necesidad; algunos, por el afán de movilidad, de cambio y de variación, espíritu que llevamos dentro cada español y que, a veces, rompe su envoltura y surge...

Pero no se contenta la picaresca con tener como antecesoras e influyentes las obras mencionadas, sino que tiene un representante más definido, y al cual contamos como su más antiguo abuelo; el «Libro de Buen Amor», del Arcipreste de HITA, el cual, ya en su parte narrativa como en su parte lírica, nos ofrece en germen una verdadera novela de picardías, la que presenta una influencia decisiva en la picaresca posterior, ya en su acabada gestación.

Recordemos la pelea que el Arcipreste tuvo con Don Amor, lo que éste le respondió; lo que aconteció con Doña Cuaresma, la familiar. La respuesta que Don Amor dió al Arcipreste; lo que sucedió a la vieja que a él vino y luego con otras serranas; el consejo que al Arcipreste dió Trota-Conventos para que éste se enamorase de una dueña que vió en oración; el mensaje de parte del Arcipreste a una mora por mediación de la celestinesca Trota-Conventos...

En todos y cada uno de estos momentos en los que el Arcipreste se nos muestra, ya ridiculizando las costumbres de la época, ya presentando las irregularidades de la vida cleri-

cal, ya ingeniándose el modo de presentar al vivo descarnada y cruelmente la moralidad de su tiempo, se nos ofrece, con su peculiar humorismo, burlesco y socarrón, cuyos rasgos guardan un paralelo con los que más tarde nos mostró la picaresca del «Lazarillo», y del «Guzmán», por no nombrar a las de mayor relieve en este género.

Si de la parte narrativa del libro del Arcipreste pasamos a la parte lírica, nos encontramos con una característica de la picaresca: el elemento satírico expresado en forma festiva nos presenta el más acabado matiz picaresco.

En el elogio que hace de las mujeres chicas, entre lo chistoso y festivo de su decir incomparable, nos muestra un modelo acabadísimo del gusto de este género de novelas que estudiamos, a cuyo estudio hemos dedicado la atención y el más decisivo interés.

Por eso no exageramos cuando, al hablar de JUAN RUÍZ, decimos que es el progenitor español de la picaresca. Al conjuro mágico de los versos del Arcipreste surgen, como felices evocaciones, infinitas visiones de picardías, enjambres de no contadas intuiciones de la más genuina picaresca.

Tuvo el acierto de trazar su retrato a pluma, de tal modo, que entretanto recorremos sus líneas, nos parece estar viendo aquel rostro rebosante, gordinflón y epicúreo, con aquella su fisonomía equívoca y burlesca.

Su obra, no sólo fué de grande y decisiva influencia en la picaresca posterior, sino la primera muestra, que, en nuestro concepto, es la obra inicial de nuestra moderna novela de costumbres: donde cada palabra, cada frase, lleva en sí un marcado sello de sátira y una inconfundible tendencia a un efecto pictórico de cuanto describe.

Del «Libro de Buen Amor» ha dicho el señor don MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO (6) que es «la comedia humana del siglo XIV y la epopeya cómica de la Edad Media».

El pincel del Arcipreste se tiñó en los hechos más salientes y sangrantes, llevando al lienzo el colorido que él solo creó, con la fiel expresión de la Vida y de los diarios ajetes, de los cuales toda su obra está sembrada.

Pero, aun tras la sangre que la cruel realidad cedió para que en ella mojase su pincel, y

con esos cuatro trazos magistrales, que tan bien supo presentar al vivo descarnadas las emociones e impresiones que a su alma conmovieron, tras la perfecta visión, se descubre la más amarga verdad con el más cruel y fiero realismo que la impesionó.

Don MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO asigna al Arcipreste intenso poder de visión de las realidades materiales (7). Posee una ironía que es, en síntesis, el fondo de su obra, la cual muestra todas las sutiles delicadezas de una ironía superior, que es como casi el único elemento subjetivo del poema.

Es este poema, no sólo por la clarividencia que de las cosas tiene, sino por el donaire con el que nos las muestra, entre sagaces burlas, por la picardía con que nos presenta la amarga realidad con el más fiero y cruel realismo que la impresionó, no exageramos si decimos que es este poema el que guarda la vida entera.

Es la novela picaresca la obra secular de una tierra ávida de aventuras, de una raza arrogante y altanera que está dispuesta a reír ante el cruel destino de sus desventuras, y, sin embargo, siempre dispuesta a lu-

char, al avance, aunque vaya dejando jirones de su alma doliente.

Observándola, vemos en ella la fisonomía más acabada, la pintura más exacta, el colorido más valiente, el trazado más fiel, y, además, se nos ofrece como el más perfecto modelo, donde se dan los más completos estudios del pueblo español.

Allí aparecen, con gran clarividencia, las interioridades de la vida humana, con sus valentías, perfección y debilidades.

Damos, pues, por sentado que la incomparable obra del Arcipreste de HITA fué un paso que aproximó a la obra colosal, de pura nacionalidad española.

Y sería este modesto estudio de la picaresca menos completo si dejásemos de mentar, aunque sólo lo hagamos muy superficialmente, al Arcipreste de TALAVERA, Martínez de Toledo.

Si el Arcipreste de HITA nos dejó la filosofía vulgar condensada en los refranes, que son la expresión de las gentes bajas, que en pocas palabras condensan su honda filosofía vivida, que son el resumen de su inagotable experiencia; y si, partiendo de las obras y de

la vida caballeresca y anhelando, deseando hallar en la vida real la antítesis de los mismos, de esa necesidad surgió las novelas de picardías, cuya inicial, como ya hemos dicho anteriormente, se halla en el Arcipreste de HITA, el de TALAVERA no le fué a la zaga, sino que fué su émulo y, si se quiere, le superó «como colector de dichos picantes y de proverbios populares.» (8).

Se iguala en genio picaresco, por la delicadeza de ingenio y, sobre todo, por esa inasequible intuición picaresca, que es, por decirlo así, el alma de toda su obra.

La obra del Arcipreste de TALAVERA, llamada «El Corbacho» o «Reprobación del amor mundano», se creyó tuviese alguna relación con el «Corbacho» de BOCCACCIO, pero ya sabemos que dicha relación sólo se refiere al título, aunque nunca fué bautizado por su autor.

El lenguaje del Arcipreste de TALAVERA, carente de giros latinos, de retruécanos, es el que hablan las gentes del pueblo, es el que usaban las comadres cuando se sentaban en aquella época, como ahora, a «fisgar»; como expresión de ellas dice:

«Su obra es en prosa, sin ribetes de pesada ni ampulosa; es una de las más geniales de nuestra literatura patria, y no cuenta como antecesora otra influencia que la del pícaro Arcipreste de HITA, "en cuyo estudio parece empapado".» (9).

Ambos tienen semejante el lenguaje, el que es «impresión directa de la realidad castellana» (10).

Pinta las costumbres de aquella época con un conocimiento claro de todos los secretos de aquella sociedad, que se complace en presentarnos con sus vicios, flaquezas y debilidades, con una perfecta descripción de todos los detalles, por nimios que nos parezcan; que no deja resquicio donde penetra su picaresca observación, aun en los secretos domésticos: tal lo pueden decir la simpática y minuciosa descripción del tocador de una dama, presentado con tal maestría, con tal y tan gran perfección de detalles, que en lo que a descripción se refiere no se queda a la zaga del gran pícaro Arcipreste JUAN RUIZ.

Don MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO dice del Arcipreste «es el único moralista satírico, el único prosista popular, el único

pintor de costumbres domésticas en tiempo de JUAN II. Su libro, inapreciable para la historia, es un monumento para la lengua» (11).

Quizá pudiésemos notar alguna influencia de FRANCISCO EXIMENIS, pero ninguna, como se ha supuesto, de JAIME ROIG.

La influencia del Arcipreste de HITA es tan patente y manifiesta que no deja lugar alguno a duda, pues aparte de que él le menciona en muchas ocasiones, y con el que presenta gran parecido, la riqueza de su léxico, la fluidez de su lenguaje, el modo con el cual ambos miran la vida, le delatan sin ningún engaño o duda.

Todas las cualidades que vemos en el Arcipreste de HITA se dan en el de TALAVERA: la fuerza cómica, la movilidad de la acción, el colorido de las descripciones; aunque muestra mucha menos invención, tiene mucho menos ingenio, aunque maneje mejor el lenguaje.

No podemos negar a ROJAS el gran poder de invención, del que dió pruebas con su colosal obra «La Celestina» o «Tragicomedia de Calixto y Melibea»; mas sí podemos ahora añadir y asegurar que, si la obra colosal fué del licenciado, la semilla fué sembrada por

MARTINEZ DE TOLEDO; sólo faltaba que hubiese quien le diese plasticidad y adaptase el fruto recogido: esto fué lo que hizo ROJAS. Muchos cuadros del autor de «La Celestina» están tomados del Arcipreste de TALAVERA.

Con la obra del Arcipreste de TALAVERA, la lengua de la conversación, la de la plaza y el mercado, entró por primera vez en el arte, con una bizzarria, con un desgarró, con una libertad de giros y movimientos que anuncian el gran arte realista español.

Como influyente en la picaresca podemos contar «La Celestina», del maestro ROJAS.

Es «La Celestina» un poema dramático, el cual, probablemente, fué escrito en el último decenio del siglo XV.

Su autor debió escribirle con la intención de que fuese leído entre amigos, y no cabe duda alguna respecto de esta suposición. En el transcurso de su obra se ve que perseguía un «ideal dramático», como dice don MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO (12).

Merced al mérito de esta obra, se permitió y toleró su lectura y libre circulación hacia el año 1747, aunque ya en el siglo XVI fuese

condenada y apellidada «Scelestina». Si despertó al salir a la luz la atención de los doctos escritores, ascéticos y moralistas la atacaron en sus escritos, y el hecho de sus ataques fué lo que determinó el estudio investigativo de sus panegiristas, pues sabido es que los anatemas de los escritores traen, como consecuencia, el estudio de aquello que se censura. Por esto se vió incluída en el «Índice del Santo Oficio».

No puede extrañarnos ver incluída esta obra en el «Índice», pues ello es más comprensivo que el haber sido incluída «La cárcel de Amor», de DIEGO DE SAN PEDRO. «La Celestina» hace uso de la forma dialogada y dramática; además, por las dotes literarias que revela, era más accesible y se hacía más amable para ser leída por la juventud, y, por tanto, más temibles y perniciosos sus efectos.

«La Celestina» tenía profundísimas raíces en la Literatura castellana, y en el transcurso de su lectura se observa que su autor no desdeñó de conocer a los clásicos, pues se ven muestras de PANFILO y PETRONIO.

Pero el mayor mérito de la obra de ROJAS

está en lo que tiene de original y sugestivo. Cuanto constituyen las condiciones internas del escritor, todo se halla en «La Celestina», inusitado encanto, que ha sido reconocido y legitimado por los aplausos de críticos, aficionados y artistas, que no se cansan de prodigarles desde sus comienzos hasta la fecha, y en todas las épocas ha merecido. Y cuyas manifestaciones están justamente reconocidas por el justificado recelo que muestran no pocos y pretenden que esta obra es o pertenece a dos genios distintos, y considerándola como producto de dos edades literarias.

«La Celestina» no es sino la historia dialogada de «Calixto y Melibea» (13).

El señor AMADOR DE LOS RIOS supone que esta obra fué escrita probablemente antes del año 1492.

El noble, grande y levantado sentimiento del arte que se respira desde sus primeras páginas son las cualidades que revelan los sutiles y delicados sentimientos; la diáfana brillantez, gracia, donaire y colorido; el sentimiento artístico que envuelve a toda la obra; las descripciones avaloradas, el gran talento de observación, la ingenuidad y viveza

de las pinturas, que tan bien supo trazar su autor; el seductor encanto del lenguaje, madurado y robustecido, y el estudio que deliberadamente sabe usar su autor en la investigación de los monumentos de la antigüedad clásica, todo cuanto de artístico puede pedirse, sabe almacenarlo esta obra, que durante cuatro siglos ha oído plácemes, elogios aplausos de artistas y aficionados.

En «La Celestina» vemos una constante preocupación, que es la trama y desenlace de la obra de ROJAS: «La Vida y el Amor». Es una obra que puede estar incluída en la picaresca, pero tiene una conmoción más honda, más profundamente trágica. La vida de las gentes bajas tiene bastantes analogías con la picaresca, pero su fondo íntimo es más emotivo, más profundamente trágico; su psicología vivida y para vivir más intensa y razonadamente.

Se ve muchísima influencia de LUCIANO. ¿Qué importa que el autor no le conociese directamente, si su influencia estaba en la escuela del siglo XVI? «Lo que no se veía en LUCIANO se aprendía en sus discípulos.» (14).

Es el diálogo en «La Celestina» el todo, puesto que es lo que le da unidad.

Aparte de la viveza de colorido, de los chistes que encierra, de la riqueza de imaginación que revela su composición, de la agudeza que requiere, de las clarividencias de ingenio que revela su estructura, de la exactitud con que están copiados los caracteres de la realidad, de la pintura de las costumbres, que son rasgos magistrales; por las bellezas y primores de estilo, por la claridad y gracia con que las escenas están presentadas, llenas de luz y de color, su principal mérito está en la fidelidad con que el autor retrata las costumbres, presenta los caracteres y en el no menos esencial detalle de la colocación de la acción, que es de la misma época en que la novela fué escrita.

Tiene gran valor esta obra por el perfecto conocimiento del corazón humano que revela su autor y por el talento de grande e inusitada observación que muestra en el transcurso del trabajo. Representa de modo gráfico las costumbres, hábitos, virtudes y vicios de la sociedad que reseña, y, no obstante lo sobrio del lenguaje, sabe hacer aparecer su peculiar

colorido para el efecto de la acción, que tan bella y felizmente se nos muestra.

La vida pícara y rufianesca de aquellas gentes; la alcahueta «Celestina» y los criados, redomados truhanes; la vida airada de aquellas mujeres que tan bien supo describirnos ROJAS, pueden ser contadas, sin hipérbole, por su descarnado realismo sincero y socarrón, aun como más influyente que la obra del de HITA sobre la picaresca del «Lazarillo» y la posterior.

La socarronería y marrullería de la pícara «Celestina», es un elemento que en la picaresca es esencialísimo.

Su psicología es la misma de la picaresca española, con sus características definidas e inconfundibles.

Más tarde, cuando QUEVEDO urbanizó la picaresca, introdujo en los tipos caracteres bien marcadamente distintos, y además de hacer los bellacos, les hizo pendencieros y del hampa tradicional, gentes del bajo oficio; les hizo bravucones y matonescos; con razón se dijo que «eran gentes para un barrido y para un fregado» (15).

La picaresca era, como dice el señor RO-

DRIGUEZ MARIN, una especie de orden militar formada por truhanes, gentes del hampa que se denominaban «pícaros», y, al género, «picaresca» (16).

Presentó varias especies la picaresca; la principal es la que nos ofrece CERVANTES en su «Pedro de Urdemalas».

Para CERVANTES, el trajinador de las «Almedrebas» era el finibusterre, el «non plus ultra» de la picaresca.

Vese, con el pretexto de narrar las hazañas y aventuras del «pícaro», admirablemente trazadas las costumbres, hábitos, virtudes y vicios de la sociedad de aquel siglo.

BONTERWCK dice de «La Celestina»: «Esta obra notable prueba que el arte del diálogo, tan difícil para los países del Norte, nace como producción espontánea en España».

Y no menos importante que esta opinión del ya citado escritor, es la de MAYANS Y SISCAR, que dice de esta obra que «ningún libro castellano hay escrito en lenguaje más propio, natural y elegante» (17).

Y para TICKNOR «es más bien una novela dramática que un verdadero drama» (18).

EL GRAN MANCO DE LEPANTO dijo

aquella su célebre frase gráfica que resume toda su opinión, avaloradísima, de esta obra, con panegiristas fanáticos como con detractores tercios:

Libro en mi opinión divi-  
si encubriera más lo huma- (19).

De todo lo dicho se deduce que es acertada nuestra primera aserción, cuando dijimos, al principio, «que no nació la picaresca sin contar antecedentes»; mas esto no quiere decir que no se halle su inicial en el incomparable LAZARO.

ROJAS, al igual del Arcipreste de HITA y del de TALAVERA, supo imprimir a su obra ese carácter, que no se halla exento de picardías.

El Arcipreste de TALAVERA fué en prosa lo que el de HITA en verso. Se propuso hacer un retrato de la sociedad de su época, y lo consiguió con creces.

«Salvo algunos textos históricos cuya excelencia es de otra índole, no hay prosa en el siglo XV que ni remotamente pueda compararse con la sabrosa y castiza prosa del «Coryacho» (20).

El estilo le caracteriza por su lozanía, aunque a veces resultan pesadas «las largas enumeraciones de monólogos y diálogos» (21) se lee con gusto y con no menos entusiasmo.

La obra del Arcipreste de TALAVERA consta de cuatro partes: La primera, sin duda inspirada por GERSON, trata de la lujuria; la segunda es una perfecta sátira mundana de los vicios y tachas y demás defectos de las mujeres; las dos últimas tratan de las «compliciones de los hombres para ser amados y para amar» (22).

No es lo que pudiéramos llamar un libro de sátira, sino de crítica, y, si se quiere, puede ser considerado como satírico, pero sin alegorías.

No es un libro al modo de otros que existen en su época, llenos de aviesa intención y de mordacidad, en contra de las mujeres, sino un libro de crítica social.

Es muy interesante cuando el Arcipreste hace la crítica de las costumbres, pues parece recrearse en esas mismas costumbres que critica.

No presenta influencia alguna de la sátira de JAIME ROIG.

Es, pues, esta obra del Arcipreste de Talavera, MARTINEZ DE TOLEDO, «el primer libro español en prosa picaresca; «La Celestina» y el «Lazarillo» están en germen en él» (23).

El «Corvacho» es un «tratado contra las mujeres que, con poco saber, mezclado con malicia, dicen o facen cosas non debidas» (24).

Es una verdadera sátira acabada de las costumbres, que se resuelve en desbordante crítica y sátira cuando habla de la «repoblación del loco amor» (25).

No podemos sorprendernos si decimos que la obra del Arcipreste de TALAVERA sintió la influencia del de HITA, como tampoco debemos asombrarnos si, leyendo el «Quijote», vemos que en algunos pasajes CERVANTES imitó algunos cuadros de «La Celestina», del maestro ROJAS; y que éste no hizo otra cosa que coger la materia y darle vida y plasticidad, del Arcipreste de TALAVERA.

Si vivo y palpitante realismo nos ofrece la «Tragicomedia de Calixto y Melibea», el de TALAVERA nos presenta en su «Corvacho» el lenguaje popular, con sus donaires y agudezas, en toda su desnudez, como todo toma-

do de la realidad, sin cubrirlo con las sutilezas de las cuales suelen los eruditos recubrir las para presentárnoslo veladamente.

PEREZ PASTOR dice: «El léxico del Arcipreste de TALAVERA es tan variado y original, que desde antiguo llamó la atención de los eruditos, ya porque algunas voces usadas en este libro no se hallan en ningún autor de los que han escrito en castellano, ya también porque el autor tomó muchas palabras y frases del lenguaje popular y recogió no pocas del mismo arroyo» (26).

Influyendo notoriamente en «La Celestina», influyó, no cabe duda, en el «Lazarillo», y como eslabones de una misma cadena cuyos comienzos mediatos los hallamos en el Arcipreste de HITA, así continuó influenciándose este elemento satírico y picaresco de unas obras a otras hasta nuestros días, en que RICARDO LEON, en su obra de pícaros «Los centauros», y PIO BÁROJA en su trilogía «La busca», «Mala hierba» y «Aurora roja», continúan nuestra genuina obra nacional.

Son, no sólo una sátira de la vida, sino una acabada sátira de la Literatura de aquella época, y estas últimas obras una verdadera

crítica de las costumbres e ideas modernas.

En Inglaterra, la picaresca tuvo un carácter distinto: el reformismo; y este carácter fué puramente accidental en nuestra Literatura patria.

La novela picaresca tiene un carácter bien marcado y definido en nuestra patria; es un verdadero ensayo en el sentido de realismo, tomada esta palabra en su acepción artística, como obras inspiradas en la realidad de los hechos, no en ficciones fantásticas.

En ese mismo carácter picaresco y satírico de las costumbres, se nota la influencia de ERASMO por su espíritu crítico, satirizador e irreverente.

El bachiller BARTOLOME PALAU, que fué el autor de aquella desvergonzadísima histriónica «Farsa salmantina», tiene elementos de esta picaresca.

El placentino MICAEL DE CARVAJAL compuso la célebre «Tragedia Josefina», en el año de 1535, cuyo ejemplar conocido se halla en la Biblioteca Imperial de Viena; y fué compuesta con la idea de utilizarla en la fiesta del Corpus. Ella es notable, no sólo por la enérgica expresión de los afectos, sino por el es-

tudio que de las costumbres se hace. Desde luego vale mucho más que muchas de esta clase de obras primitivas en el asunto de la picaresca.

Este mismo placentino es el autor de las celebérrimas «Cortes de la muerte», célebre obra dramática que más tarde concluyó HURTADO DE TOLEDO y publicó al mediar el siglo XVI. Es excelente, no sólo por la soltura del diálogo, sino por la pintura fiel, completa y exacta de las costumbres y por la sátira que envuelve; aparecen en algunas escenas personajes de todas las clases sociales. Todos ellos entran en el diálogo; sin embargo, la figura más saliente en la obra es la personalidad de «Beatriz», mujer mundana; en ella se ve marcadamente el matiz picaresco, que es elemento que para nosotros tiene más interés en esta ocasión. No dejan de ofrecer algún interés las figuras de los ladrones «Milib» y «Brocano» y la viuda, abogado, pastor, pobre, etc.

Esta obra está escrita en versos octosílabos, en coplas de arte mayor, y se divide en 23 escenas.

Como hemos podido observar todos estos

elementos dispersos vinieron a constituir lo que pudiéramos llamar el sedimento de la picaresca, como obra genuinamente española.

De las obras de picaresca que continuaron la tradición de «La Celestina», ocupa uno de los principales lugares, de RODRIGUEZ FLORIAN, «La Florinea». Su personaje principal, «Marcelia», es el característico tipo de bruja, alcahueta, asquerosa y repugnante mujer, que con frecuencia acude a los deberes de cristiana y católica, habla de religión y de filosofía, en tanto que las más grandes infamias se cometen en su casa, nido de maldades y mansión de meledicencias. Su vida es el azar y el contrabando de las infamias. Su asunto no es tan obscuro y desagradable como «La Celestina»; sin embargo, hay escenas indecentes, y termina con la no cumplida promesa de una segunda parte, en la que ha de tratar del matrimonio de «Belisa», que no llegó a escribirse. El autor de esta obra asegura que, aunque la «Florinea» sea una comedia, él es un «historiador cómico». Como ya hemos visto, es menos importante que «La Celestina», bajo los aspectos psicológicos, sociológicos y literarios.

ALONSO DE VILLEGAS escribió una obra tan importante como la anteriormente mentada; se llamó «La Selvagia»; es más corta que la «Florinea», aunque está saturada por un asunto muy interesante e ingenioso. Su autor no se cansa de demostrar que su obra tiene un gran fondo religioso, y más aún de profunda ética; pero es lo cierto que ni religión ni moralidad se le ven por ninguna parte.

También podemos contar como continuadora de «La Celestina», «El celoso», que la imita mucho: tiene algunos caracteres bien marcados y definidos, como el de «Inocencio», que recuerda en muchas ocasiones el inimitable tipo que tan admirablemente supo trazar, con aquellos sus peculiares magistrales rasgos, WALTER SCOTT; hacemos referencia a «Domine Sansón».

En la obra de JUAN RODRIGO ALONSO Y PEDRAZA «Las Cortes de la Muerte», según reza el título, fué hecha en el año de 1551, y dice: «"Farsa llamada de la Muerte", en que se declara cómo a todos los mortales, desde el Papa hasta el que no tiene capa, la muerte hace, en este mísero mundo, ser iguales y a nadie perdona... Hecha por JUAN DE PE-

DRAZA-TUNDIDOR, vecino de Segovia... 1551». Se halla un ejemplar, único conocido, en la Biblioteca de Munich, el cual ha sido reproducido por WOLF, en Viena, en 1852; está escrita esta obra en estrofas de arte mayor.

Además de la influencia decisiva que todas estas obras ejercieron, muchas otras dejaron su influencia muy marcada, que, por no hacer extremadamente pesada la índole de este modesto ensayo, dejaremos sin tocar.

Con todo lo que dicho llevamos podemos asegurar que la picaresca surgió espontáneamente, pero teniendo el camino preparado por todas estas obras, que contribuyeron a su triunfo.

En el curso del trabajo haremos referencia a los distintos elementos que contribuyeron al levantamiento de esta clase de Literatura.

---

Siempre existió en España temor que fuesen consideradas esas obras como autobiográficas. Dado el perfecto realismo que las satura, y que aquellos relatos son la propia vida,

intensamente vivida, a primera vista, el que tales obras lea, tendrá que concederles un gran valor, no solo social, sino privado.

ESPINEL, ALEMAN, etc., temieron esta posible creencia y no se cansaban de repetir que aquellas narraciones que nos mostraban no eran, ni remotamente, su propia vida, sino que ellos se valían de ellas para expresar su pensamiento.

Siempre existió en España ese espíritu de sátira que es tan peculiar en la picaresca nuestra.

La parte de sátira que envolvía era muy feroz.

Entre las muchas manifestaciones que se hicieron de las obras picarescas, ocupa uno de los lugares preferentes las imitaciones y traducciones de «La Celestina». Don MANUEL DE URREA, que tradujo en verso todo el primer acto; ORTIZ DE ZUÑIGA hizo otra farsa en coplas; JUAN DE SEDEÑA, en el año 1540, la puso en verso; también CALDERON cita entre sus obras una que se llamaba «La Celestina». «La tercera Celestina» se debe a GASPAR GOMEZ. «La Eufrosiana» de FERREIRA DE VASCONCELLOS, el portu-

gués, es imitación de la obra de ROJAS. MENDOZA hizo una comedia referida a este personaje, que ha dado nombre hoy a todas las de su oficio. CEPEDA, en «La Selvagia», y JUAN DE JUNTA en «Lisandro y Roselia», no hicieron sino más o menos felices imitaciones y copias de las obras de ROJAS.

El por qué a la obra de FERNANDO DE ROJAS se llama tragicomedia nos da el mismo autor de la incansable «trotera»; dice: «El primer autor quiso dar denominación del principio, que fué el deleitar, y llamóle comedia; e yo, viendo esta discordia entre estos escritores, parto agora por medio e llámola tragicomedia».

Otras farsas se hicieron, que son malas imitaciones de «La Celestina», sucias y obscenas, tales como la «Farsa del matrimonio», «Tebaida», «Hipólita» y «Serafina», y esto mismo se imita en la obra de HURTADO DE TOLEDO denominada «Policiana».

«La Carátula», de LOPE DE RUEDA, ofrece rasgos de picaresca como nos los presenta el «Rufián cobarde», la «Farsa del sordo», «Los diez pasos», «Cornudo y contento», «El convidado», «Pagar y no pagar», la «Comedia

de los engaños», con incidentes graciosísimos nos recuerda a PLAUTO como feliz imitador, con su lenguaje bueno, sus juegos y artificios reveladores de mucho ingenio, donaire y colorido.

La «Himenea» nos ofrece el papel de «gracioso»; la «Farsa del mundo» fué impresa en 1528, y en el «Cancionero», de SEBASTIAN DE OROZCO, se hallan bastantes rasgos de tendencia picaresca.

ARIOSTO tiene una obra llamada el «Nigromante», que fué imitada en la «Comedia Cornelia».

«La gallarda Irene», de don FRANCISCO TARREGA, así como «El esposo fingido». «El Ermitaño Galán», falsamente atribuido a MESCUA, y que según todas las probabilidades es de ZABALETA, aunque según parece su verdadero autor es HROTSVITHA, alemana religiosa del siglo X, que escribía en latín, y de donde sin duda lo tomó ZABALETA, tienen rasgos picarescos.

LE SAGE, en su «Gil Blas de Santillana», redujo a novela la comedia de ROJAS «Casarse para vengarse».

«Lo que son las mujeres», en la cual el do-

naire y gracejo campean las agudezas, y sobre todo aquella sal ática del diálogo, que es una indiscutible característica, juntamente con la rapidez, de las producciones de ROJAS.

«Entre bobos anda el juego» es notable por el protagonista, Don Lucas del Cigarral, donde hay rasgos de picardía.

En la obra «Madrid por dentro» se pinta de un modo descarnado y vehemente las corrompidas costumbres de aquel tiempo. Esta obra pertenece a ROSETE, el cual escribió otras (en colaboración con CANCER.

El «Picarillo en España», de don JOSE DE CAÑIZARES, y «El Dómine Lucas», ofrecen muestras del género que nos ocupamos.

En la picaresca hay no pocos elementos fantásticos y maravillosos, sobre todo en la primera parte de la «Breve suma de la vida y hechos de García de Panedes». Esta obra fué examinada por el cura y el barbero del «Quijote».

En la parte segunda, cuando desaparece el elemento maravilloso, vuelve a la vida real.

Al principio satirizaba a la Iglesia; más tarde se modificó esa sátira, sin duda porque temían a la Inquisición, de la cual dice CAS-

TILLO DE SOLORZANO que «era un elemento de castigo particular». Más impía es la sátira cuando se ceba en los eremitas. No es la novela picaresca la sola obra realista, sino la que dió realismo y carácter a nuestro espíritu nacional. No se propone satirizar la fe, sino los abusos de esta fe.

Se habla en la picaresca de los abogados, alguaciles, y no menos de los escribanos, y más aún del médico, el cual pasea Sevilla como puede hacerlo hoy en el día un torero por las calles de la andaluza ciudad, con aquella bizarria, aquel desgarro, que son tan característicos en la picaresca.

Los taberneros y venteros son muy amigos de los ladrones y gentes pendencieras y los protejen.

No se satiriza en la picaresca a los hidalgos, mas si alguna vez se hace, es con mucha simpatía.

En la picaresca se suele hablar muchas veces de los estudiantes, que «se divertían mucho y estudiaban poco» (27).

El norte en la picaresca es, en el casamiento, el engaño. En la famosísima «Garduña» y

en el «Buscón» se hallan palmarias muestras de este aserto.

La novela picaresca perdió su carácter castizo y verdaderamente nacional, y con el tiempo, y en su época, sólo merece el nombre de verdadero satírico FRANCISCO SANTOS, autor de la obra de picardías «Periquillo el de las Gallineras», que, como sabemos, es representación de un tipo antes muy popular. Su novela es muy pulida de representación, una, desde el tipo, pura y esencialmente clásico, en la picaresca castiza.

Omite la moralización, y cuando hace una digresión, se disculpa.

«Periquillo» es muy interesante bajo el punto de vista social.

Y no debemos pasar por alto a JUAN DE TIMONEDA en su obra denominada «El patrañuelo», que se parece en algunos de sus cuentos a la picaresca.

Tampoco debemos pasar por alto, si queremos referirnos a sátira social, el célebre y justamente renombrado «Diálogo de Mercurio y Caronte», de JUAN DE VALDES, el cual se muestra, en esta obra, con aquel prestigio satírico que le hace digno de LUCIANO.

Y se hallan no pocos elementos de picaresca en el célebre «Crotalom» (28), sobre todo cuando describe la infancia de Alejandro, que nos lo muestra con aquella inconfundible tendencia que dieron su típico carácter a nuestro irremplazable «pícaro».

QUEVEDO, en sus «Sueños», influyó notoriamente en esta obra antes mencionada.

«El Patrañuelo», de TIMONEDA, fué escrito para satisfacer la viva curiosidad despertada por la picaresca del «Lazarillo».

En el año de 1557 aparece la obra titulada «La flema de Pedro Hernández», escrita por MARCOS GARCIA.

Es proverbial el tipo de Pedro Hernández en español, por su indiferencia y holgazanería. Es una verdadera sátira de la poca paciencia que tiene el pueblo español. Y aún más, es una mordaz crítica del desprecio innato de los españoles al trabajo y ese anhelo de conseguir premios, honores y distinciones, dignos, sin trabajar, sin haber puesto de su parte cuanto fuese preciso para poderlos ganar con honra.

LOPE DE RUEDA, en su «Medora», nos ofrece tipos que guardan una estrecha analo-

gía con los pícaros de nuestro período clásico.

«Gargullo» no es otra cosa que el fanfarrón tradicional; es el «Miles Gloriosus» de PLAUTO, tan maravillosamente trazado como el latino lo supo hacer. Está tan admirablemente retratado y observado, que su trazado supone en el autor un profundo conocimiento del corazón humano y una no menos honda filosofía vivida. Es el rufián de las comedias novelescas de la picardía española, una parte pícaro otra parte fanfarrón. Es un personaje distinto al moderno «rufián» y bastante semejante y equivalente al antiguo alcahuete.

Con la figura del «gracioso» nos legó muchos elementos del picarismo que nos cupa: rufianes, bellacos, etc. Los pasos, que son verdaderos cuadros de un grande y no discutible realismo, son a veces preciosos y acabados cuadros de género; no exageramos al decir que son los inmediatos predecesores de los entremeses de CERVANTES, y no menos de los sainetes de don RAMON DE LA CRUZ.

En el Archivo Histórico Nacional existe un documento perteneciente a esta época, y le copió el señor COTARELO Y MORI en su

obra «Estudio de la Historia literaria» (Madrid, 1902). Dice así:

«Lo que pasa es que la hija de Osorio, autor de la comedia que se representa, está amancebada públicamente con un farsante que se dice Bautista, y es él casado en Sevilla y no hace vida con su mujer por estar amancebado con la hija del autor, que se llama Magdalena Osorio, lo cual sabe el padre y la madre muy bien y lo consienten porque no les vaya aquel farsante y porque con él ganan de comer.

Idem la «Granadina», que se llama Isabel de Torres. está amancebada con Avendaño, que es un mozo con una herida en el rostro, junto al ojo derecho, y llega a tanto su desvergüenza, que en riñendo el marido y ella le amenaza diciéndole que le matarán o le mandarán matar, por donde muchas noches no duerme con ella de miedo, de lo qual, porque no se entienda ser malicia ni rencor, sino servicio de Dios, atestiguará Castro y su mujer farsantes, y Juan de Vergara y Bernaldino y Bravo y Gallego, que todos son compañeros de esta compañía y farsa, y después destes tomen juramentos de la Villanueva, güéspe-

da de la Isabel de Torres, quella dirá la verdad; también Alonso y a su mujer y a su hija, que son güéspedes de dicho Ozorio, que también dirán lo que pagan en su casa y también, para más sertificación, hagan en la Olivera esta pregunta que diré: que una noche el dicho Bautista amigo de Magdalena Ozorio, de celos della, le dió tanta melancolía que se daba a los diablos el ánimo y causó tal grima que fué necesario traer agua bendita, según las veces que se ofreció al diablo, con otras blasfemias; de lo cual dirán allí la verdad, porque son cristianos.

También serán testigos Romero el mismo y su mujer, que posan en casa de la Villanueva.»—Arch. Hist. Nac.—Una hoja suelta: letra del siglo XVI. Sin más señas.

---

No puede menos que causarnos una grande y profunda admiración el realismo sano, la fuerza cómica de las descripciones, la enorme sutileza, la gracia y el donaire, el espíritu recio y vibrante, poderoso, aunque no variado, la oportunidad del diálogo, los giros

castizos, las bellezas de la dicción, en la que abundan las alusiones y los refranes.

Es la picaresca la obra secular de la tierra hispana, con aquel su característico y desbordante realismo que constituye su nota más predominante.

Fué primero vivida esta obra y luego plasmada por los incansables «maestros de la vida».

## Período clásico

En el período clásico podemos contar dos obras fundamentales por las acabadas muestras de la picaresca más genuina, con sus características definidas e inconfundibles. Tales son «El lazarillo de Tormes», de autor desconocido, y su más completo y digno continuador «Guzmán de Alfarache», del «divino» MATEO ALEMAN.

«El lazarillo de Tormes» es una obra que ha sido muy discutida. Varios autores se le han asignado. El primero que habla de autor conocido es el fraile JOSE DE SIGÜENZA en su «Historia de la Orden de San Jerónimo».

Cuando trata del general de la Orden, fray Juan de Ortega, dice: «Que siendo estu-

diente en Salamanca, y de agudo ingenio, escribió esta obra, y cuyo borrador autógrafo se halló en su celda.» (29).

Sin embargo, más tarde, dos años después, el belga VALERIO TAXANDRO atribuye esta obra a don DIEGO HURTADO DE MENDOZA, y muchos aún comparten esta opinión en el día (30).

SCHOTT nos ha dejado consignado que se decía que, siendo don DIEGO estudiante de Derecho en Salamanca, escribió esta obra (31). Contra esta aseveración se alza el mutismo de sus contemporáneos, pues ni BALTASAR DE ZUÑIGA, ni JUAN DIAZ DE HIDALGO, dicen nada ni nada indica que el grave Embajador de Trento fuese el autor de la obra que nos ocupa.

TAMAYO DE VARGAS dice que «El lazarrillo de Tormes» se debe a don DIEGO, y además añade otra atribución NICOLAS ANTONIO, de las dos atribuciones a don DIEGO y a FRAY JUAN DE ORTEGA.

Por lo que dicho llevamos no sabemos con certeza quién fué su autor; así es que, cuanto se diga sobre este particular, no tendrá otro valor que el de una opinión particularí-

sima; nosotros, de acuerdo con el hispanófilo MOREL-FATIO, seguiremos considerando a esta obra como anónima. El corrector LOPEZ DE VELASCO es de esta misma opinión.

De investigaciones y estudios hechos con posterioridad por los autores y críticos han surgido ideas y opiniones que, como ya hemos dicho, sólo pueden tener un valor circunstancial.

El profesor Hämel (en la Conferencia dada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central el día 13 de Mayo de 1925), que ha examinado los restos de la Biblioteca del filósofo alemán Schopenhäuer, que quedan en Francfort, dice que, sobre la última página de la cubierta de la edición que Schopenhäuer poseía del «Lazarillo» (edición corregida y aumentada) coloca como fecha la de 1436, pero bien pudo ser esto una de las tantas genialidades del caprichoso y excéntrico filósofo alemán.

Don JOSE M. ASENCIO, considerando la estrecha analogía del «Cancionero» de SEBASTIAN DE OROZCO, poeta del siglo XVI, con el «Lazarillo», lanza la idea de que quizá esta obra pertenezca al poeta toledano.

El señor CEJADOR Y FRAUCA renueva esta opinión en su edición anotada del «Lazarillo», del año 1914. Básase dicho señor en esa afirmación, en que se hallan análogos descuidos en la prosa y una semejanza en la dicción. Por más que algunos muestran muchos giros y voces que les son comunes a ambos, y no eran muy corrientes en aquella época.

Esta opinión le parece bastante verosímil al señor BONILLA SAN MARTIN.

«El lazarrillo de Tormes» es una «apología negativa y humorística del hambre»; es satírica y de costumbres y, si se quiere, una verdadera sátira de la sociedad que nos reseña.

Contiene muchos cuadros bellísimos, pero no muy bien relacionados entre sí, excepción hecha de los que se refieren al Lazarillo; éste es un tipo muy interesante por sus sentimientos y aventuras, y más aún por presentarnos la sociedad de su época con sus valentías y sus debilidades, que tan admirablemente nos descubre de un modo sutilísimo el simpático Lázaro.

Es, no sólo una sátira de la vida, sino de la literatura de aquella época.

En ciertos pasajes, «El lazarrillo» parece

más bien a una refundición de un cuento popular francés que circulaba por aquella época, y que el autor de esta popular obra trató con toda brillantez y esplendor y supo, magistralmente, utilizar para dar belleza y colorido a su obra y de este modo hacerla más simpática y más atrayente; así se nos presenta plena de esa sugestión, que es el alma de este género españolismo y que luego adoptaron otros países.

Francia, con el «Gil Blas de Santillana», donde se imitó a ESPINEL; el autor francés LE SAGE adoptó este género de novela nuestro, y que se conocía en la Edad Media con el nombre de novelas del gusto picaresco.

Se ha dicho que el nombre del Lazarillo no se refiere a persona alguna determinada, sino que es un nombre tradicional que servía para designar al mísero; esto es, al que sólo tenía miserias y contrariedades y se solía decir «más pobre que Lázaro» (32).

Se puede observar, como apunta el hispanófilo MOREL-FATIO (33), que en el pasaje del bulero y del fraile de la Merced, así como en el del alguacil, que el primero y ter-

cero están tomados de MASSUECIO SALERNITANO.

El estilo del «Lazarillo» es sobrio, conciso y rápido; en él abundan las frases no acabadas y, sobre todo, las antítesis. Es ésta una obra original en cuanto a su concepción general, respecto de su autor y como iniciación de la picaresca en nuestra Literatura.

No es de gran extensión, pero por su flexibilidad de lenguaje, por la claridad de la exposición, por la brillantez de colorido de las descripciones, por la pintura fiel de la exposición, por la verdad que nos muestran todos y cada uno de los caracteres, logró hacerse este libro muy popular, siendo la base o el primer cimiento sobre el cual se levantó el edificio de nuestra obra nacional por excelencia.

Indudablemente, por ley de contraste, habíamos de llegar a simpatizar los españoles con esta obra clásica, pues el desparpajo que nos presenta el simpático Lázaro, su descaro, rayano en el más desbordante cinismo, ante la empaquetada rigidez castellana, en su antiguo carácter, hace que la pintura y colorido de las descripciones, juntamente con la expo-

sición de las costumbres, nos atraigan y sugestionen.

Con toda sinceridad podemos decir que esta obra no tiene paralelo con otra fábula en prosa.

«La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades» envuelve problemas poco claros en cuanto a su concepción general y respecto de la época de su aparición.

Se ha hablado alguna vez de una edición de Amberes, en 1553, pero no hay ningún dato que lo compruebe y ningún bibliógrafo moderno la ha visto.

En el año 1554 aparecen tres ediciones distintas: la de Burgos, la de Alcalá y la de Amberes; MOREL-FATIO, en sus «Remarques sur "Lazarillo de Tormes"» (37) dice que la edición de «Burgos», hasta nueva orden. «merece ser tenida como la edición primera del «Lazarillo», y que la de Amberes es una simple repetición de la de Burgos, del mismo año».

El señor FOULCHE-DELBOSC asegura que semejante opinión debe ser tomada como errónea, pues MOREL-FATIO no da la prueba, ni un principio de prueba de esto que afirma, y

que es «indispensable para su razonamiento» (35).

El señor FOULCHE-DELBOSC dice que la edición de Alcalá no será una imitación de la de Burgos, pero supone que es posible que estuviese hecha sobre una edición anterior y aún no conocida.

La imaginación de MOREL-FATIO, dice el crítico e hispanófilo FOULCHE-DELBOSC, no juega aquí un papel secundario y siempre capital de esta novela, que semeja original (36).

Las tres ediciones de 1554 no tienen ningún rasgo entre sí, y para el señor FOULCHE-DELBOSC «proceden todas tres de un prototipo perdido anterior al 26 de febrero de 1554» (37).

El inquisidor general VALDES ordenó que se publicase en 1554 el «Catalogus librorum qui prohibentur», en el cual fué incluido el «Lazarillo».

Sin embargo, como se continuaba leyendo libro tan ameno, el Rey DON FELIPE II ordenó al cosmógrafo LOPEZ DE VELASCO que lo corrigiese y enmendase, a fin de evitar los perniciosos resultados que su lectura pudiese ocasionar y para evitar los ataques

que se hacían a determinada clase social.

Fué corregido, pues, por el mencionado cosmógrafo y publicado en Madrid, previamente suprimido, a más de algunas frases irreverentes, el capítulo del bulero y del fraile de la Merced. Salió a luz con el título de «El Lazariilo castigado», y así continuó escribiéndose hasta el siglo XIX. Esto, por lo que atañe a España, pues en el extranjero se publicaba íntegro y sin correcciones.

En el año 1555, MARTIN NUNCIO publicó en Amberes una segunda parte del «Lazariilo», anónima.

En el año 1620 publicó JUAN DE LUNA, en París, otra segunda parte, muy distinta al original, aunque superior a la primera continuación.

JUAN DE LUNA fué intérprete y maestro de lengua española en París; aun cuando revela algún ingenio, se deduce que no era hombre de muchas letras, y sus obras tienen un sabor marcadamente anticlerical. Al publicar la primera parte la renovó y retocó el lenguaje.

Y LUIS PINEDO copió un capítulo en que se referían las aventuras de Lazarillo en un

convento de monjas; esta narración es poco interesante, por tener un estilo mediano y sin ningún valor.

El holandés BREDERO, en su mejor comedia, «De Spaenscke Brabander Yerolimo», se inspira en el «Lazarillo».

JUAN CORTES DE TOLOSA y CASTILLO DE SOLORZANO se inspiran, asimismo, en él.

Se ha llegado a sostener que el tipo del Lazarillo es un recuerdo tradicional o legendario, y el hispanófilo y crítico FOULCHE-DELBOSC da esta misma aseveración, que sin duda pudo haber existido en la realidad, antes, muchísimo antes de la aparición de la novela clásica.

Pues JUAN DE TIMONEDA, en sus «Mememos», hace una referencia al "Lazarillo", «que tuvo trescientos y cincuenta años» (escena XII), y esto mismo es lo que le parece bastante extraño y no menos singular al señor FOULCHE-DELBOSC, pues casi no contaba el «Lazarillo» una docena de años, poco después de su publicación, para que pudiese hablar JUAN DE TIMONEDA del «Lazarillo» con «trescientos y cincuenta años». ¡No pu-

diera verse en esta frase un recuerdo tradicional de ese héroe?

También FRANCISCO DELICADO tiene en su obra (38) un pasaje que parece hace referencia a ese «Lazarillo» tradicional; «... porque aquella mujer no ha de mirar que yo no soy Lazarillo el que cabalgó a su agüela, que me trate peor» (39).

En el «Viaje entretenido», de ROJAS, se dice: «Que azuda de Toledo ha dado más bueltas que Guzmán de Alfarache, o, Lazarillo de Tormes tuviere más amos ni hicieron más enredos; ni que Plauto tuvo más oficios que yo en el discurso deste tiempo» (40); todos, pues, hacen referencia a un tipo tradicional; es, por decirlo así, como la fuente donde todos los que trataron del picaresco bebieron.

El Lazarillo da una sensación de vida; es la palpitante y diaria afirmación de luchas por la existencia, de las gentes bajas; véase cuánto realismo doloroso hay en estas frases del protagonista, mezcla de sarcasmo, de ironía, de amargura... «con baja y enferma voz y inclinada mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre comienzo a pedir pan por las puertas y casas

más grandes que me parecían; mas como este oficio lo hubiese mamado en la leche, quiero decir, que con el gran maestro del ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque en este pueblo no había caridad ni el año fuera muy abundante, tan buena maña me di que antes que el reloj diese las cuatro yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo y más de otras dos en las mangas y senos» (41).

Estas frases del protagonista son de un realismo acabado y perfecto; es una fotografía tomada del natural y del diario vivir de esas gentes que tienen que procurarse su subsistencia al amparo de la caridad y de la limosna, lo cual les obliga a agudizar su ingenio, como bien calarmente expresa el simpar Lazarillo; y a darse mañas para poder obtener, con el menor esfuerzo, la mayor suma de rendimientos.

La vida del vagabundo limosnero nos la presenta el anónimo autor en su protagonista, Lazarillo, de un modo acabado y perfecto, que nada con más vida y realidad podemos pedir.

«El Lazarillo de Tormes» es una obra que no cansa por mucho que se lea, y cuando reno-

vamos su lectura siempre le hallamos una nueva característica, un motivo en el cual antes no habíamos reparado, un extraño matiz que tiene el valor de lo impensado. Sus tipos están trazados con tan magistrales rasgos, que sería vano discutir su íntimo realismo.

VELAZQUEZ ha encontrado en esos tipos acabados modelos para sus cuadros sublimes. Y además de lo admirablemente que presenta la psicología popular de entonces, tiene pensamientos poco comunes que le ha valido ser traducidas a distintos idiomas y hacen que alegren y diviertan como si fuésemos contemporáneos de aquella sociedad que reseña y nos regocijamos de buena gana ante lo maravillosamente que describe los tipos de aquella edad.

Es una obra de mucho ingenio; en ella vemos la figura de aquel criado fiel, listo y travieso a quien la verdad, al igual que la mentira, le son desconocidas; al que la honradez le parece un mito y todos los medios le parecen buenos, siempre que de ellos se obtengan buenos y útiles fines.

Su estilo robusto, castizo, es puramente español.

Tiene rasgos de tal vigor y energía, y algunos de tal maestría, que no podemos menos de sentirnos subyugados ante la maravilla de trazado que el autor de esta obra supo ejecutar.

Sin duda se propuso satirizar y ridiculizar las costumbres de la época y la vida, no sólo pública, sino privada, y a este fin, el irremplazable Lázaro va descubriendo con ironía los defectos de que adolecen los personajes que constituyen la sociedad española de los siglos XVI y XVII.

Todos los defectos de aquella época corrompida, en todas sus condiciones de vida, son presentados por el antihéroe con aquella bizarria y aquel desgarro que no podemos menos de reconocerle su íntimo realismo sincero e indiscutible mérito.

Los tres primeros tratados están trazados con rasgos de tal maestría, que valen muchísimo más que los que siguen y hacen pensar en bosquejos de cuadros que no llegaron a terminarse y concluirse por completo.

Esta obra termina casi de repente y sin determinar si continuará luego. La novela acaba con un rasgo de terrible y asombroso hu-

morismo: la declaración de Lázaro de «encontrarse en la cumbre de toda buena fortuna con la protección "sui generis" del Arcipreste» (42).

El «Lazarillo» dió principio a una moda literaria, que ya en el siglo XIX encuentra una muy brillante imitación en las páginas de «Pickwick», preciosa novela del inglés, CARLOS DICKENS.

El «Guzmán de Alfarache» es la mejor obra que podemos contar como digna continuadora del «Lazarillo».

Abundan en ella interesantes digresiones que quieren ser moralizadoras, las que ofrecen un contraste bien marcado con el fondo de las aventuras narradas. La verdad y la mentira; la discrepancia entre el rico y el pobre; los falsos y los murmuradores, las diferencias entre el vicio y la virtud, etc. No faltan citas de CATULO, ARISTOTELES, SENECA, LUCIANO, ALFONSO EL SABIO, etcétera... todo esto esparcido por la obra.

El éxito que alcanzó fué superior a su tiempo y sí muy proporcionado a su mérito; pues

más de 20 ediciones se imprimieron en el corto espacio de unos años.

Esta obra se leía en toda España y se solía llamar al autor el «divino» ALEMAN o el «divino» ESPAÑOL, del cual decía un fraile de la Orden de San Agustín «no haber salido a luz un libro profano de mayor provecho y gusto hasta entonces» (43). Su erudición no es pesada ni pedantesca e indigesta, si empezamos su lectura sin prejuicios. Su lectura produce en nosotros honda tristeza, pues las aventuras se suceden, muchas con el más desesperante realismo y con el más fiero cinismo, pese a la moralidad de la cual el autor revistió a su obra.

Así como se ha dicho que la novela picaresca es «autobiográfica», podemos aseverar ahora que el «Guzmancillo» no es propiamente la autobiografía de MATEO ALEMAN, pues comparando la vida de ALEMAN con la del Pícaro, se puede observar que, aunque muchos de sus rasgos les son comunes, no son precisamente su propia historia.

Rasgos de su vida pasados a sus libros, de los cuales muchos son su propia vida palpitante, no fué ésta sino la escuela y el taller en la

que se forjó el estoicismo picaresco y la psicología sin entrañas de «Guzmán de Alfarache» (44).

Por su estilo sencillo, claro, y léxico abundante; por el descarnado realismo con el cual el autor nos presenta la obra; por la abundancia de picardías, por aquellos cuentos y anécdotas castizas, ocupa esta novela el inmediato lugar al «Lazarillo», como la mejor combinadora de dispersos elementos.

En el año de 1602 apareció una segunda parte del «Guzmán», obra, de JUAN JOSE MARTIN, que se firmó MATEO LUJAN. Aun cuando esta continuación es inferior a la primera parte del libro segundo y al libro primero. Luego decae el interés de la narración y de la acción bajo el general afeo que al libro imprime la erudición pesada y pedantesca, y, como dice el señor CEJADOR Y FRAUCA, en él dejó «para siempre en ridículo, el autor, el Marti» (45).

En la segunda parte están las aventuras tan exiguas de interés, y hay tres largos capítulos que hablan sobre las noblezas de los vizcaínos, que cortan el hilo de la narración de las aventuras. Termina con el relato de las

fiestas hechas en Valencia, con motivo de la llegada de DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA. Carece esta obra de interés. El «Guzmancillo» tiene bastantes analogías con el «Lazarillo», mas es la acción mucho más variada y el protagonista es un aprendiz de ratero en Madrid, soldado en Italia... sabe describir bien los caracteres y determinar los tipos; marca los episodios con grácil ingenio, como lo hace en la cómica avería que le sucede a Guzmán cuando se halla ensalmado haciendo el amor a una criada.

Desde luego podemos observar que tiene muchísimo menos valor literario que el «Lazarillo»; su lectura es muy pesada y fatigosa por las largas digresiones filosóficas y morales con las cuales las saturó el autor. Sin embargo, su estilo es netamente castizo, y por su elegante prosa bien puede incluirse entre las mejores obras clásicas de nuestra literatura. Pues aunque le dan cierto aspecto monótono las disgregaciones que le llenan, tiene un mérito extraordinario por llegarnos a ofrecer un realismo comparable al del «Lazarillo». Podemos, pues, compensar sus defectos con el cúmulo de bellezas que encierra, y para

siempre se ha inmortalizado el nombre del «español divino» MATEO.

De MATEO ALEMAN ha dicho don MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO «era conocida la voz y desconocido el semblante» (46), como de tantos ingenios españoles.

MATEO ALEMAN nació en Sevilla; era hijo de padres muy conocidos en la ciudad andaluza: tercero de los hijos de don HERNANDO ALEMAN y de su segunda esposa doña JUANA DE ENERO. Desde los diez años comenzó a visitar la Cárcel Real, de la cual su padre era médico cirujano, viendo un día y otro día «aquella república confusa» (47) de pícaros, gentes maleantes, truhanes y redomados pendencieros, los cuales sirvieron para sembrar más tarde a su libro de aquellas tretas y sutiles malicias que son nota y característica en su magna obra; argucias y tretas del carácter de los picaruelos que él conoció y de los que él supo sacar los elementos más interesantes para relatarlos en su obra incomparable e inmortal, con mano maestra.

En el año 1599 sale de la imprenta la «Primera parte de la vida y hechos de Guzmán de Alfarache. Atalaya de la vida humana».

De la fecha de su muerte nada se sabe de un modo cierto; sólo que por el año 1613 vivía aún, pues con la mentada fecha salieron dos de sus escritos que daban noticias de su vida.

Es probable que muriera en Méjico, donde fué en el año 1608, por haberse tenido que retrasar el viaje, en compañía de tres hijos, una sobrina y dos criados.

Dejó, posiblemente, tras de sí, todo lo que llevaba escrito de la tercera parte de su «Guzmán», y asimismo una «Historia de Sevilla», trabajo obtenido después de muchas vigiliass y afanes «perdido, perdido todo...» (48).

Y dice el señor RODRIGUEZ MARIN «era que a vuelta de sus defectos y de sus virtudes, ALEMAN tenía una gentileza, que rara vez los poderosos perdonaron: no sabía adular» (49).

Por eso se vió perseguido y molestado en todas las épocas de su vida, yendo a parar varias veces a la cárcel, «paradero de necios, escarmiento forzoso» (50). Y allí conoció a CERVANTES, grande entre los grandes y docto entre los doctos, y como genio relevante incomprendido. MATEO ALEMAN, como su amigo y compañero de prisión, fué desdicha-

do; la desdicha engendra la reflexión y la filosofía, y no debe extrañarnos que un hombre lleno de pesares, de desilusiones y desesperanzas imprimiese a su obra su disposición anímica. Por eso su «Guzmancillo» está empapado de tristeza, que tiene dejos de fatalismo, de tétrico humor, que no son otra cosa que el mero traslado de la disposición moral del autor, el cual dejó impresa su obra de tanta amargura como en su alma albergó. Los desencuentros llenan al espíritu de profunda meditación y tristeza, que hacen que se mire la vida con la expectación del contraste que produce una paradoja vivida con toda intensidad y que exista la antítesis de que un sevillano, donairoso y decidor, como era ALEMAN, pudiese escribir una obra llena de ese pesimismo y gravedad con el que nos presenta en su obra insuperable el tinte duro y agrio de su enervante depresión moral.

Y no nos parezca paradójico que en la siempre bella y alegre Sevilla pueda darse filosofía grande y honda, pues allí, como en todas partes, hay amarguras, desilusiones y pesares, porque no sabe producir otra cosa el drama de la vida.

Podemos asegurar ahora que el «Guzmán» es de crítica moral y social satírica, por su carácter intrínseco; y en la forma, una digna continuadora del «Lazarillo».

Es su fondo de genuina filosofía española, recia y vibrante y de palpitante y real interés nacional.

Con sobrada razón podemos llamar a «Guzmán», con toda sinceridad, sin hipérbole, «Príncipe de la Picaresca». A nuestra lengua, nadie, antes de CERVANTES, supo tratarla con tal maestría, con tal gallardía, como este narrador pesimista y sincero, en su estoicismo.

CERVANTES, cuando habla por sí, es más italiano, más latino que ALEMAN. Cuando éste hace hablar a Guzmán, o cuando él mismo habla, alza con donaire y galanura nuestro lenguaje y llega en su ascensión a escalar el lugar resplandeciente del idioma, donde no llegó ninguno antes de él.

No tiene el lenguaje culto y lleno de retruécanos que nos muestra QUEVEDO sino un lenguaje netamente español, sencillo, flexible y elegante, sin mostrarnos el hipérbaton que, como sabemos, es característico de ROJAS, ni el conceptismo de GRACIAN.

ALEMAN fué todo sevillano, y por eso, acaso, la luz de su cielo no le permitió deslumbrarse con el clasicismo italiano, defectos de los cuales adolecen muchos de sus coetáneos.

No obstante haber nacido en Sevilla, donde se muestra más marcadamente el carácter andaluz, es un escritor de buen fondo y hasta de mayor pesadez en moralizar, que cuantos escritores hubieron y escribieron con este fin.

Supo envolver en la forma una profunda sátira de las costumbres, que es lo que nos ha hecho valer entre todas las literaturas. La nota ética es nuestro gran valor literario, y esa nota ofrece un carácter bien marcado y definido en el «Guzmán».

Por esa misma nota ética, que es el fondo de nuestra Literatura, se coloca nuestro arte, en particular a Literatura, codo con codo junto a las Literaturas clásicas, y sobre todo a la griega: pues si a ésta, su antropomorfismo la hizo bella, riente, humana, a nuestra Literatura le dió su carácter inconfundible, sincero e incomparable de verdad y realismo de la vida.

Nuestra Literatura es ascética y picaresca,

que son las dos notas de pura e indiscutible nacionalidad que poseemos.

El estoicismo de SENECA es el estoicismo español; estoicismo de la picaresca, que nos muestra el verdadero ascetismo de nuestra Literatura.

Sentencias, máximas morales, digresiones filosóficas, son esculpidas tan valientemente por los dos ARCIPRESTES, ROJAS, MATEO ALEMAN, el anónimo autor de «El Lazarillo», QUEVEDO, etc., como las esculpió SENECA.

La picaresca es la ascética humorística más refinada. El alma de la picaresca es una y única, y uno y único el espíritu tradicional.

La picaresca es humorística, y si se quiere socarrona, donde se presenta, del modo más delicado posible, las lacerias y lacras de la vida social. Eso ofrece un marcado e inconfundible sello, y más perfección y certeza, en el «Guzmán» del gran maestro sevillano.

No obstante el pesimismo que su autor derrama en la obra, tiene ésta muchísimos adeptos, lo cual prueba que no es un modo subjetivo el de su apreciación, sino más bien un matiz con el cual a veces la vida se nos ofrece, con sus miserias y enfermedades morales,

donde se derrama el virus de las llagas sociales, que son de toda la vida y de todos los pueblos.

ALEMAN es incomparable en sus reflexiones morales y filosóficas, aunque a veces resulten pesadas las largas moralidades y llenas de una profunda amargura.

... «Da vuelta por ti: recorre a espacio y con mucho cuidado la casa de tu alma, mira si tienes hechos muladares asquerosos en la mejor de ella y no espurges ni murmurés que en casa de tu vecino estaba una pluma de paja a la subida de la escalera» (51).

Nadie negará que estas reflexiones filosófico-morales son más bien de una obra «ética» que de una producción picaresca.

Es verdad que, lejos de elogiar la picardía, sólo hacen estos escritores ir trazando, con la pluma, el gran cuadro que la realidad muestra, con sus vívidos colores, a sus ojos de observadores y de discretos en la investigación y en la comprensión social; sin embargo, estas reflexiones y máximas son tan bien traídas en las escenas de la obra, que en vano discutiremos su demasía.

Si a la obra de ALEMAN, a trueque de no

hacerla pesada, se le descartan las digresiones que la saturan, nos parece que desaparecería el carácter íntimo y más el aspecto que la caracteriza. El no hizo sino recubrir con sus reflexiones lo que la vida presenta, acaso no tanto por moralizar, sino por justificarse.

¡Cuánta verdad encierra en su obra, ya mirada en la vida, ya en las reflexiones que la integran!

En vano se debatirá su posibilidad de haber sido escrita de otro modo; esto es, suprimiendo las máximas y digresiones que la saturan; pero como ya dijimos que, suprimidas, será la obra un cuadro realista, perfecto, si se quiere, pero sin un fin más o menos moral y artístico.

Su obra fué escrita así por el «divino» ALEMAN, porque no se la puede concebir artística de otra manera. El supo coordinar y armonizar, y lo consiguió tan de veras; la discusión sobre esto no dejará siempre de ser un deseo de opinar, pero jamás un modo de convencer.

### III

## Influencias posteriores

Muchas obras son las que sintieron la influencia de las antes mencionadas clásicas, del «Lazarillo» y el «Guzmán»; pero entre ellas ocupa uno de los más preferentes lugares una producción muy importante; pero así como el pícaro de ALEMAN es más depurado, más reflexivo que el del anónimo autor del «Lazarillo», llegó a su más alto lugar y prestigio en el «Buscón», de QUEVEDO.

Es, pues, el «Buscón», o por otro nombre conocido, «El gran tacaño», la novela picaresca tal como lo podía escribir el célebre autor de los caracteres netamente picarescos, pero con aquella picardía que él supo crear. Era, desde luego, menos natural y sen-

cilla que el «Lazarillo» y el «Guzmán», pero al mismo tiempo es más sobria, más llena de pesimismo, más cargada de sal y de agudezas, más caricaturesca y festiva que sus predecesoras.

En esta obra se presentó QUEVEDO más sencillo, sin ninguna de aquellas ampulosidades de las cuales adolecen algunas de sus obras, escrita con más gracejo, donaire y con menos afectación, con su estilo fácil, claro y preciso y con aquellas sus pinceladas de gran maestría y no menos maravilla.

Sin embargo, no era el carácter de QUEVEDO para describir una obra de picardías, llena de esa ingenuidad, al par que agudeza e ingenio, que pudiera contarse como competidora de las producciones de los autores clásicos que con anterioridad escribieron picaresca.

Su ironía era demasiado amarga para hacer una obra de todo punto semejante a las que le precedieron en el campo de la sátira picaresca. No tenía QUEVEDO la finura irónica que se necesita para esta clase de obras; al contrario, su ironía era mordaz; así es que salió lo que tuvo que salir: una caricatura del

«Lazarillo», con sus puntas y ribetes de «gitano y pizmentón» (52).

QUEVEDO, «por la fuerza demoledora de su sátira» (53), por sus sarcasmos y agudezas, por pasar demasiado pronto de lo sentencioso a lo trivial, por el empleo continuo de la parodia y paradoja, por el equilibrio de su fantasía, extremadamente pródiga en lo cómico como en lo sarcástico, sabe muy bien QUEVEDO hacer revivir a Luciano en su espíritu. QUEVEDO es un término medio entre RABELAIS y VOLTAIRE: es católico, y dentro del catolicismo acaso sea el más atrevido de todos.

QUEVEDO forma escuela sin saberlo y sin pretenderlo.

«El gran tacaño» muestra sus excepcionales dotes, pero no es, ni con mucho, su obra una muestra de picaresca tradicional, e hizo de los rufianes y gentes del hampa, aunque marcadamente ingenua, tipos bellacos, gentes de la gleba, del bajo oficio, truhanes; pillos redomados, gentes que ya perdían la noción de la picardía para confundirse con las gentes pizmentona y bravucona.

El estilo del «Buscón» es con frecuencia

«seco y cortado y el lenguaje sobrio y preciso» (54). Esta obra tiene un notable y singular atractivo: el sarcasmo y la misatropía, que son de una profundidad sorprendente. Su humorismo es muy desbordante y con frecuencia tan intenso como amargo. Hay tipos admirablemente trazados, dignos de VELAZQUEZ, ya por su verdad, ya por su realismo absorbente y crudo que mil veces nos presenta cuadros trazados con gruesas pinceladas, no encontrando obstáculos ante la descripción de escenas repugnantes, aun ofreciendo menos delicadezas en el aspecto de la picaresca, que tan felices muestras nos dejó el simpár Lázaro, sabe presentarnos un cuadro lleno de realidad y de vida, con todas aquellas variantes que no nos pudo presentar la ingenua picaresca del «Lazarillo».

No deja de ofrecernos su interés esta obra, y es muy conveniente hablar de ella. Si nos fijamos detenidamente en el pesimista Pablillos, que nunca mejora de condición, observándole bien veremos que en él no cambian jamás los caracteres y sólo varía los lugares.

El «Buscón », en su forma y en la trama, se parece mucho a los cuentos donde domina el

elemento fantástico; la sátira personal pertenece al ciclo evolutivo de la picaresca. En las obras de QUEVEDO, aunque no sean precisamente picarescas, tienen muchos elementos de picardías.

El «Buscón» ha sido reimpressa muchas veces.

En la Biblioteca de don MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO, en Santander, se conserva un códice anterior a la primera publicación de la obra de QUEVEDO; aunque no es autógrafo, sí es coetáneo.

Esta obra fué publicada por primera vez en Zaragoza, en el año de 1626 por PEDRO VERGES; fué traducida al inglés, alemán, italiano, francés.

No cabe duda alguna que la obra de VELEZ DE GUEVARA sintió la influencia de QUEVEDO de modo manifiesto. También presenta no pocos elementos a imitación de LUCIANO.

Las aventuras de Don Cleofás, protagonista de la obra, que huyendo de la 'justicia cae desde los tejados al desván de un alquimista y astrólogo, donde se halla preso en una redoma el «Diablo Cojuelo»; le indica el medio

de que se ha de valer para libertarle de la prisión, y cuando se ve libre lleva a su libertador por los aires y va descubriéndole los vicios y demás defectos de la sociedad: mujeres que engañan a sus maridos; ladrones, etc., asisten en Sevilla a una academia poética, donde se burlan bonitamente de todos. Es una verdadera sátira social.

Esta fué la única obra publicada en tiempos de su autor, 1641.

Denomina sus capítulos «trancos»; los cinco primeros son graciosos e interesantes, decayendo el interés al final.

Su lenguaje es parecido al de QUEVEDO; por eso se lee esta obra con tanto gusto, pues no sólo nos atracciona lo castizo del lenguaje, sino la sutileza de ingenio y lo ingenioso de los pensamientos.

Esta obra fué traducida al francés libremente por LE SAGE, en el año de 1707, en París, con el nombre de «Le Diable Boitiaux». Se ve en él bastante influencia de QUEVEDO en sus «Sueños».

«El Diablo Cojuelo» no sólo tiene mucha importancia como novela de picardías, sino por su acción variada, de gran interés.

BALTASAR GRACIAN publicó, en 1650, la primera parte de su obra «El Criticón», que es una verdadera novela filosófica, y la segunda parte en 1653. De él dice don MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO que fué el segundo en el «estro Saturno», en «humorismo profundo y de ley» (55).

GRACIAN dice que se debe procurar que los empeños hagan «frente» al estilo y le den sal las ironías. También la 'contamos como obra picaresca, por llevar bastantes elementos satíricos.

Y si a analizar fuéramos, 'hay bastantes rasgos picarescos en el «Quijote» y en las «Novelas ejemplares».

Estos elementos se fundan en la descripción de las costumbres, ofreciendo menos valor los cuentos serios que alguna vez suelen llevar intercalados. Son interesantísimas las descripciones que ambos autores hacen de las clases bajas de la sociedad. CERVANTES satiriza los cambios sociales y se convierte en demolidor de las malas costumbres.

En la sátira del «Diálogo de los perros» se ofrece bastante análogo con el Quijote y Sancho.

La «Tía fingida» tiene no pocos elementos de picardías.

«El celoso extremeño» es otra de las pruebas de la sátira de las costumbres que tanto preocuparon al MANCO DE LEPANTO.

Y no menos elementos de esta clase se hallan en «La ilustre fregona», en cuya obra nos ofrece CERVANTES el tipo del pícaro mani-fiesto en Carriazo, pícaro bien criado y de muy buena familia.

Pasó este picaruelo por todos los grados de la picardía, hasta que se graduó en las Almedrebas de Zahara.

En su vida de errante aprendió toda clase de picardías, que muy bien podía dar cátedra de ella al «pícaro» de ALEMAN.

Desde la edad de trece años, habiendo abandonado su casa, en la que estaba muy bien cuidado, se fué por esos mundos en busca de aventuras y de picardías, en cuya vida estuvo por espacio de tres años, conociendo y practicando la más genuina picardía. Torna a su casa y luego vuelve a salir en compañía de su amigo Avendaño, al cual catequizó para que le siguiese y llegase, por sí mismo, a conocer la dicha de aquella vida sin igual.

Una comedia de gusto picaresco nos muestra CERVANTES en su «Pedro de Urdemalás». Es una novela realista que tiene mucho ingenio e inagotable gracia. Sólo le falta a esta obra la unidad de la acción para ser una verdadera comedia de picardías.

Pero ocupa un lugar preferente entre las obras mencionadas su «Rinconete y Cortadillo», mas esta picaresca de CERVANTES tiene personalidad y significación propia, aunque sea de la picaresca más genuina.

«Pedro de Urdemalás, en la primera escena, se presenta vestido como un mozo de labor, después de haber ejercido todos los oficios. Un amigo le ruega le ayude a conseguir la mano de su amada, que su padre le niega. El padre de su novia es alcalde y desempeña por última vez los actos de juez. Se disfrazan de pastores y van a pedir justicia de modo que consiguen que él mismo se condene y les permita casarse. La escena que sigue trata de la procesión y danzas del día de San Juan, que las supersticiosas creen que, dejando flotante al viento los cabellos y mirándose en el agua, por determinadas señales saben y conocen a su prometido. Muchas labradoras van

a verse, y Pedro se acompaña de unos gitanos, que son bien pronto recibidos.

Sabe que hay una viuda rica que no deja, ni da a nadie dinero sino cuando se trata de la salvación de su esposo del purgatorio. Pedro se disfraza de peregrino y recorre el pueblo en un asno y llega a la casa de ella; se hace pasar por un alma del purgatorio. le cuenta los horrores que allí suceden y le pide limosna para la salvación de su esposo. Ella baja a los sótanos y trae dos sacos de oro y se los da al peregrino, el cual se marcha.

La acción se enlaza con una gitanilla que viene con los gitanos y que, al igual de la «Gitanilla», resulta luego hija de padres ricos. La jornada tercera habla de la inclinación que ya tenía a ella desde antes, ya noble dama, y él con su ropa de rey. Hace observaciones varias sobre el cambio de los tiempos.

Las observaciones, curiosísimas, están bien avaloradas.

«El amor al uso», de MORETO, tiene rasgos del género picaresco. Fué traducida esta obra al francés con el título «L'amour a la mode»; de ella dice MARTINEZ DE LA ROSA «invención agudísima, traza sutil, situaciones

cómicas, burla viva y donosa, de un defecto muy común en hombres y mujeres, lenguaje castizo y ameno, versificación flúida, chistes graciosos y oportunos, todo contribuye a recomendar esta composición bellísima, que tiene asegurado su éxito y aplauso mientras dure en el mundo la maldita moda, antigua a lo que parece, de amar poco y ponderarlo mucho».

En los versos satíricos escritos por CASTILLEJO Y SILVESTRE, en los comienzos del siglo XVI, campea la mordacidad, la agudeza y una más que libertad en la exposición y pintura.

El Manco de Lepanto, CERVANTES, sabe describir de un modo admirable la vida de las gentes del hampa de Sevilla. Es un aguafuerte admirable, donde se hermanan, en fraternal lazo, la observación y el realismo, y donde se presenta, tal como es, con sus indiscutibles caracteres.

Esta producción de CERVANTES no es otra cosa que la pintura fiel, exacta y perfecta de la sociedad de Sevilla en los últimos años del siglo XVI.

Así como los demás autores de picaresca

miran la vida bajo el marco de la sátira, el MANCO DE LEPANTO sólo la sabe mirar con ojos de poeta. De ahí la diversidad entre la producción de CERVANTES y la obra de ALEMAN, por ejemplo. Este, desde luego, satírico, pesimista y moralista. Aquél, lleno de alegría, lleno de luz y de rayos de ingenio, divertido y chistoso.

Magistral es la descripción que hace de la casa de Monipodio. Todos los caracteres que nos presenta esta obra tienen independencia y genuina personalidad.

Es su estilo muy diverso al árido y seco del «Lazarillo»; tiene un encanto desusado, lleno de desenfadados y de bríos en las descripciones, las que, no obstante lo claras y precisas, sin embargo, sin detrimento de la moral, se nos presenta con aquella verdad y aquel no menos sano realismo que no deja lugar alguno a duda.

Don MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO, refiriéndose a esta obra, dice: «El que quiera aprender prácticamente cómo se debe comentar a Cervantes, lea y medite la obra que el señor Rodríguez Marín ha hecho de «Rinconete y Cortadillo». Aplique el mismo

método a otra novela o a otro capítulo del Manco inmortal, y no será pequeño su triunfo si logra hacer algo semejante.» (56).

El señor GONZALEZ AURIOLES, en su estudio crítico de «Cervantes y Sevilla» (57), dice que el autor del «Quijote» superó a todos los que se dedicaron al género picaresco, sin excluir al «Lazarillo» ni al «Guzmán».

Desde luego podemos decir que, si buen plan y no menos colorido tiene esta obra, el simpar Lázaro nos ofrece gracia y luz dentro de lo sobrio de su lenguaje; y el Guzmán dentro del carácter pesimista que nos muestra como una de sus características.

Por tanto, la obra de CERVANTES admite el paralelo con estas primeras muestras de la picaresca. Pues el «Guzmán», dentro del carácter que le imprimen sus reflexiones, y el «Lazarillo», en su delicadeza que le imprime el lenguaje, son, sin que haya lugar alguno a discusión ni a duda, acabadas muestras de la más genuina y castiza picaresca.

«Rinconete y Cortadillo» es una novela con bastante aproximación a la perfección, tanto en el fondo como en la forma, pero hay que tener muy en cuenta que CERVANTES, ade-

más de ser un genio formidable, tuvo de su mano todos los elementos precisos, y su obra alcanzó, necesariamente, a ser lo que fué. Nacida en una época en la que ya se habían depurado bastante el género y la picaresca sin asombros, tenemos que reconocer en la obra de CERVANTES una superioridad nacida del género y de la época.

El «Lazarillo» nos muestra el candor y la ingenuidad de niño; fué la picaresca tal como tenía que ser: luego llega el «Guzmán» con su espíritu más frío, más reflexivo y con su honda filosofía depura de su llaneza al «Lazarillo».

CERVANTES traza cuadros con la belleza del «Lazarillo», con la viveza del «Guzmán», con el colorido de la más acabada picaresca; su lenguaje es más preciso y perfecto; CERVANTES no encuentra otro que le supere en el manejo del lenguaje.

CERVANTES transforma el género ahondando más y más en él, y acaso nos ofrezca la novela del hampa y la de los rufianes.

De CERVANTES podemos decir que sacó a la picaresca de la niñez y tuvo el arte suficiente de ahorrarla de pesadas moralidades; es

decir, depuró el género y sólo nos lo dió perfecto y sin mácula.

Eso bien lo podía hacer un genio como era el de CERVANTES, pues quien supo escribir una obra de valor tan colosal como el «Quijote», y de tan universal fama, no podía desmerecer en el género picaresco.

De la clase de novelas que estudiamos, es la producción de VICENTE ESPINEL, titulada «Marcos de Obregón», que está notoriamente influenciada por el «Lazarillo de Tormes» y por el «Guzmán».

Estriba su mérito principal en que esta obra sirvió al francés LE SAGE para su «Gil Blas de Santillana»; muchos críticos la han contado y nombrado como la mejor obra del género picaresco, pues supera al «Lazarillo» en la riqueza de materiales y en el plan; al «Guzmán», porque aunque es más breve, es más rica en detalles y situaciones curiosas y también superior en lecciones morales.

No pocos la han considerado superior, por ser más urbana.

La narración está amenizada por fábulas, descripciones y cuentos: novelitas de buen gusto y de inmejorable fondo moral.

Su estilo es natural, fácil, correcto y elegante.

En los episodios del escudero se encuentran, con bastante frecuencia, rasgos de la vida del autor, hasta tal punto, que ha habido crítico que ha querido identificar al escudero con el propio ESPINEL.

La narración es muy interesante, ya por referirnos los hechos del escudero, ya por las anécdotas y agudos dichos que encierra, ya por las disertaciones que tiene sobre diversas materias.

Contiene muchos elementos de las novelas de costumbres, aventuras, naufragios, piratearías etc.

El «Escudero Marcos de Obregón» señala, como la obra de GUEVARA «El Diablo Cojuelo», la pauta al escritor francés para sus obras de picardías.

En el año de 1620 fué impresa por primera vez «El Lazarillo de Manzanares», por el propio autor JUAN CORTES DE TOLOSA, en cuya obra se propuso imitar al «Lazarillo de Tormes», y viene a ser una verdadera novela de picardías que se propone satirizar la sociedad de la Villa y Corte.

Desdichadamente no se puede comparar esta obra a su modelo, ni con mucho, aunque sí podemos decir que fué un avance, un adelanto en este género; pues si todas las obras fuesen insuperables no cabría la comparación, ni, acaso, la semejanza.

Su dicción es la de la picaresca; su estilo es el mismo del que hacían uso aquellos escritores.

«El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos», es asimismo una obra picaresca. Su autor, JERONIMO DE ALCALA YAÑEZ Y RIVERA, cuenta en ella sus múltiples aventuras, utilizando para ello la forma dialogada.

Era huérfano, y en Salamanca comenzó su vida sirviendo a unos estudiantes; luego a diferentes personas de las distintas clases sociales; a un sacristán, a un hidalgo de Toledo que tenía una mujer prototipo de fealdad; a un médico, a unas monjas... etc., y termina su vida como un ermitaño.

Esta obra es parecida en su estructura al «Escudero Marcos de Obregón», al cual no llega a igualar. Su estilo es claro y de gran limpieza, y tiene bastante gracia en alguna de sus aventuras.

En la narración intercala cuentos y anécdotas muy curiosas.

Fué publicada en 1624 a 1626, con autobiografías más o menos verdaderas, tales como la del capitán Alonso de Contreras.

Tanto esta obra como muchas de las que siguieron al «Lazarillo» y al «Guzmán», aunque se nota en ellas el esfuerzo, muchas veces sobrehumano, por alcanzar un esplendor análogo a sus modelos, no fueron, en modo alguno, más que aproximaciones, con la más o menos perfección, del género, a los modelos que trataban de imitar.

La «Pamela», de RICHARDSON, que está escrita en forma epistolar, contiene no pocos elementos de picaresca, de este género.

«Marcos de Obregón» está muy por encima de esta producción de ALCALA YAÑEZ Y RIVERA, no obstante aquélla no haber llegado a superar a los modelos que trata de imitar.

La producción anónima «Estebanillo González» es también una novela de picardías.

Nárranse en esta obra las aventuras del pícaro Estebanillo González, que fué aprendiz de barbero en Roma; marmitón de un capitán

de galeras; practicante falso de un hospital de los españoles en Nápoles, donde «hace tan malas sangrías en los brazos como buenas en los bolsos» (58).

Luego, después de ir en peregrinación a Santiago, de regreso de Portugal, es víctima de unos gitanos. En Sevilla es criado y aguador de una cómica notable. En Córdoba vende coplas. Se traslada a Francia. En Ruan engaña a unos judíos. Recorre los territorios de Italia y de Flandes, y viene, entre el Ejército español, como vivandero y correo del Duque de Amalfi; hace viajes a distintos países, como Bolonia, Inglaterra, etc. Deja la vida pícara hacia el año de 1645.

Esta obra contiene datos utilísimos para la historia de los españoles en Flandes y en Italia, que son los lugares donde se desarrollan las aventuras y episodios con preferencia a España.

Esta producción resulta extremadamente recargada de episodios, y con frecuencia es muy molesta la afición al vino, tópico del cual con frecuencia abusa.

También son muy frecuentes los episodios de hurtos.

Hay en la obra gran aglomeración de viajes y correrías, que el autor nos presenta a veces en confuso tropel, lo cual da origen a que se fatigue la atención.

Las asechanzas de Estebanillo y sus burlas son mucho más importantes que las observaciones del pícaro sobre la Vida.

«El sutil cordobés Pedro de Urdemalas», de SALAS BARBADILLO, comienza siendo una verdadera novela de picardías y termina con la descripción de una academia poética al uso de su tiempo.

Al fin tiene la comedia del «Gallardo Escaramán». Se imprimió en Madrid en 1620.

CERVANTES, en su «Viaje al Parnaso», celebra a SALAS BARBADILLO y le coloca entre los mejores poetas, diciendo «que se inclinaba a él y le apreciaba sin medida» (59).

MENENDEZ Y PELAYO dice en las «Ideas estéticas», que «uno de los últimos poetas de pretensiones terencianas, en la teoría y en la práctica, fué el ingenioso novelista SALAS BARBADILLO, que, así en sus largas comedias en prosa, a imitación de «La Celestina» y de los italianos, como en «El galán tramposo y pobre», y en otras que compuso en ver-

so, procuró "observar del arte antiguo todo aquello que no fuese áspero ni desapacible para el siglo que corre"» (60).

Su estilo es a veces el de «La Celestina», y su extensión análoga; otras veces, vese en él la influencia de los italianos, y siempre le encontramos imitador y discípulo de TERENCIO, sobre todo en sus comedias, de gusto y sabor bastante aceptable.

Ya dijimos cómo CERVANTES le elogia por su lenguaje castizo y perfecto.

La «Hija de Celestina» es uno de los últimos reflejos de «La Celestina» o «Tragicomedia de Calixto y Melibea».

Es una novela dialogada que describe su vida aventurera de Madrid, y termina sus hazañas en poder de la justicia.

Fué traducida al francés en 1628 por CLAUDIO LANCELOT. Impresa por primera vez en el año de 1612, en Zaragoza.

Fuá refundida en una escena de el «Tartufo», y también aprovechada por SCARRON en «Les hypocrites».

La «Ingeniosa Elena» es la «Hija de Celestina», corregida y aumentada, con versos, ha-

biendo intercalado la novela «El pretendiente discreto».

Fuó publicada por primera vez en Madrid en 1614, y la segunda edición en 1757.

«La hija de Celestina» no es autobiográfica: no se preocupa con el servicio de otros amos; no insiste en el trazado de las vidas de las gentes bajas; sólo lo utiliza cuando lo requiere el argumento.

Pertenece esta obra al ciclo evolutivo de la picaresca, y debe ser contada, no sólo como una de las primeras, sino acaso como una de las que más decisiva influencia ejercieron en la picaresca posterior.

También es picaresca, y del mismo autor, «El necio bien afortunado»; pero le aventaja, no sólo en estilo, sino en variedad y riqueza de situaciones, la obra ya antes mencionada.

Todas estas obras son de SALAS BARBADILLO.

La «Vida de don Gregorio Guadaña» es una novela picaresca que ha enlazado con escasa habilidad su autor con otra obra suya: «El siglo pitagórico», como alguien muy bien ha dicho. «hecha de relieves y desperdicios del "Buscón"» (61).

Descendía don Gregorio de familia de médicos, comadronas, farmacéuticos, boticarios y cirujanos. Sale de Sevilla camino de Madrid: en Carmona le suceden las más raras aventuras. Enamora en la corte a varias damas; es perseguido por alguaciles y poco le falta para caer en las redes de una «ninfa» que le quiere hacer creer que le ha dado palabra de casamiento.

Esta obra resulta de escasa inventiva, aun cuando no carezca totalmente de ingenio.

Sus burlas son infantiles. Su originalidad, deficiente. Su lenguaje picaresco es el que merece algún interés, y también lo merece algo su asunto, que al igual que «Lázaro» y «Guzmán», está lleno de peripecias, y siempre con la característica del pícaro: el espíritu autonomista y el de servidumbre.

La obra sí, despierta interés por la variedad de aventuras, que narra en forma bastante defectuosa; aun cuando no se nos olvide que está hecha a retazos, la leemos con gusto por su lenguaje.

Esta obra pertenece al llamado cielo de los cuentos fantásticos.

En la quinta transmigración se representa

un cuento fantástico que es la vida de Don Gregorio Guadaña, con no pocos ribetes de picaresca. La relación de esta vida es pobre y sin unidad. El estilo es discursivo y si es o no es bastante aburrido.

En el año de 1617, SUAREZ DE FIGUEROA sacó a luz su obra denominada «El pasajero». Según se puede deducir de la producción, el autor de esta obra era un hombre envidioso y malo. Tiene muchísimo interés; está escrita en la forma dialogada, siendo cuatro los interlocutores, los cuales viajan.

No ofrece algún argumento, pero cada uno de los que viajan cuenta algo de su vida, que no son otra cosa que etapas de la vida del propio autor, el cual tuvo mucho de pícaro.

Picaresca es también la obra de doña MARIA DE ZAYAS «El juez de su causa»; presenta la picaresca de la aristocracia, según hace la observación la CONDESA DE PARDO BAZAN.

Sus personajes son príncipes, hidalgos, caballeros, condes y duques, a veces reyes, en lugar de hacer uso de las gentes del hampa.

Se expresa en algunos casos con exagerada

desenvoltura, aunque observa bien la realidad.

Esta escritora presenta a veces demasiado descaradamente la realidad; pero tiene el valor de la observación, y acaso no hallará rival en este género, en su época.

Pertenece también a esta clase de novelas «Guía y aviso de los forasteros que vienen a la corte», de LIÑAN VERDUGO. En esta obra se hallan ocho avisos, y llevan como fin moralizador un cuento. Esta producción tiene no pocos elementos del más genuino picaresmo.

«La sabia Flora, Malsabidilla», es una gitana que engaña a un extremeño y luego se casa con él. Presenta ese tipo de mujer no pocos caracteres de la más acabada picardía.

Tiene bastantes rasgos de picaresca la obra «Las fiestas de la boda de la incansable mal casada». En ella se refieren las burlas de que fué objeto y de las bufonadas que le hicieron a una linda vanidosa, por haberse casado con un jorobado.

Asimismo, por el año de 1607 a 1612, corrían por Francia las bufonadas tituladas «Rodomantadas castellanas», de BOUDOIN Y

GAUTIER, que es una verdadera colección de rebuscadas fanfarronerías, bravuconerías y fieros de soldadesca. Se distinguen en ellos dos tipos esenciales: el soldado fanfarrón del «Miles Gloriosus» y el pendenciero y bravucón pícaro, el rufián que halló su primer modelo insuperado en «La Celestina», que más tarde pasó al teatro del célebre LOPE DE RUEDA, y que ya en el siglo XVI no era del gusto de las gentes.

---

Además de estas fanfarronadas, corrieron otras muchas, que se proponían hacer de nuestra picaresca una especie de género de tahures y de truhanes, de bellacos y de pendencieros, de cobardones y bravucones con aires de perdonavidas. Como era de esperar, la idea murió casi nacida.

«La desordenada codicia de los bienes ajenos», también conocida con el nombre de «Antigüedad y nobleza de los ladrones», de CARLOS GARCIA: presenta el autor a un ladrón muy afamado, el cual narra sus aventuras y su propia vida, e intercala amplios dis-

cursos acerca de la bondad y nobleza del hurto, de la excelencia del mismo; del primer ladrón que hubo en el mundo. Habla de los estatutos de los ladrones, de las variedades del hurto, etc.

SBARBI intentó probar que esta obra era de CERVANTES, pero no lo pudo comprobar, simplemente porque no había ni un solo indicio que lo confirmase.

Las «Harpías de Madrid», de CASTILLO DE SOLORZANO, así como «La niña de los embustes, Teresa de Manzanares», ambas obras del mismo autor, son novelas picarescas cultivadas con mayores ensanches por el autor.

La primera fué publicada en Barcelona en el año de 1632; se ve en ella suavizada la picaresca antigua, merced al aviso de los moralistas y de los escritores ascéticos, y más aún porque en los levantamientos peninsulares la picaresca, real y efectivamente, había aumentado horriblemente.

La protagonista, de la segunda de las obras antes nombrada, era un personaje al modo de la «Pícara Justina»; aunque sin que nos quepa lugar alguno a duda, esta obra es bastante

superior a la de UBEDA. En esta obra, Teresa refiere sus aventuras: sobre todo, sus robos.

En el año 1637 publicó su obra, también perteneciente al gusto picaresco, «Aventuras del bachiller Trapaza», que es, sin disputa, una de las mejores del autor en este género.

Las «Aventuras del bachiller Trapaza» fueron continuadas, mucho después, bajo el título de «Vida de Peral Villo de Córdoba», por MATEOS DE SILVA CABRAL. De esta obra no se conoce ninguna edición impresa, por más que parece que se la considera como la mejor de sus obras.

«La pícara Justina» aparece influenciada, como las demás, por el «Guzmán de Alfarache».

Hizo su aparición en el año de 1605, a nombre del médico toledano FRANCISCO LOPEZ DE UBEDA (pero alguna vez se ha afirmado que es obra del dominico PEREZ DE LEON, que la lanzó a la luz con el nombre antes susomontado, y con el cual se conoce al autor de la obra). El libro de entretenimientos nombrado anteriormente consta de tres prólogos y

cuatro libros: la primera parte está destinada a hablar de los ascendientes de Justina, de oficio mesoneros.

La segunda parte lleva el nombre de la «pícara romera», y está destinada a narrar las aventuras de la pícara en sus romerías a Arenillas y León.

La tercera parte trata de la «Pícara pleitista»; habla de la salida de Justina de su tierra y de su estancia en Medina de Ríoseco y Mansilla.

Y el libro cuarto o parte cuarta, que se conoce con el nombre de la «Pícara novia», trata del matrimonio de Justina con uno de armas, de nombre Lozano, después de haber tenido muchos pretendientes y de haberlos despreciado.

En su segunda parte, en la que proyectó el autor casar a Justina con Guzmán, aunque parece que estuvo escrita no llegó a publicarse.

Al principio de cada libro hay unos versos que hacen referencia al asunto que ha de tratar. Al final hay una moraleja, en la cual se esfuerza el autor por dar a conocer el carácter moral de su libro; tanto la moraleja como

los versos que le sirven de introducción a cada tratado, son de carácter moral.

Ni su asunto, destinado a narrar las hazañas y aventuras de una mujer libre, ni la acción, que ofrece episodios de muy escasa importancia, ni los personajes que describe, son de gran interés y mérito.

Sólo por la descripción de algunos cuadros populares, por el vocabulario, de gran riqueza picaresca, y por la originalidad de estilo extraño, ofrece interés esta novela, juzgada con gran severidad por CERVANTES y por la crítica posterior, acaso algo parcial en este asunto.

Don MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO dice «es de muy poca inventiva y de ningún juicio; es un monumento de mal gusto, lo que llamaríamos un decadentista» (62).

Esta obra, de la cual hemos dicho que fué juzgada con gran severidad, fué muy leída, y aun hoy se lee, por su dicción, aunque es extremadamente deficiente, no basta a llenar completamente.

Justina es una personalidad bien definida. Sus aventuras son bien ordinarias y muestran a las claras su escaso interés.

Las «Harpías de Madrid»: aunque esta obra no esté redactada en forma pintoresca, no deja de observarse el espíritu de picardía que por ella campea.

En la novela «Teresa de Manzanares» se ve una verdadera narración autobiográfica, y por su estructura pertenece a las primitivas obras de picardías.

Escribe en el año de 1637, CASTILLO DE SOLORZANO, «La garduña de Sevilla», que, es una continuación de la anteriormente nombrada, «Aventuras del bachiller Trapaza»: el esilo que SOLORZANO emplea es terso, sencillo y noble, aunque es ingenioso y satírico a veces, sin llegar a ser mordaz.

En la «Garduña» se presentan las aventuras de Rufina, que, viuda y joven, se reúne con un amigo de su padre, Trapaza, llamado Garay y comete un sin fin de robos en Córdoba, Sevilla y Málaga, y otras tropelías.

Se enamora en Toledo de Jaime, y se casan. Roban dos mil escudos a un autor de compañías y se establecen en Zaragoza como comerciantes, y allí terminan sus días.

Esta obra fué traducida, veinte años más tarde, por D'ANVILLE; contribuyó grande-

mente al renombre de su autor, favorito de SCARRON.

Avalora a estas obras el espíritu de observación de su autor y el esfuerzo que supone hacerlas vivir en un género que, aunque españolísimo, no por eso menos difícil, dado que había de expresarse bien, observarse mejor aquella vida de constantes aventuras, no olvidando que cada español era un crítico que surgía a la obra.

Es la «Garduña» una de las mejores novelas picarescas que siguieron la tradicional creación española; y vale, además, porque carece de la tendencia moralizadora de otras, relata los hechos, no en forma autobiográfica, y es una de las obras más entretenidas del género.

TORRES DE VILLARROEL nos ha dejado una verdadera novela de picardías en su «Vida», que, como dice don JUAN VALERA, «puede considerarse como una novela picaresca sin maldad que mancille la honra del héroe» (63).

Nació TORRES DE VILLARROEL en Salamanca, en el año de 1693.

Comenzó su vida de modo tal, que no es otra cosa que la resurrección de aquellos feli-

ces capítulos de las obras de picaresca clásica.

Dejó su casa, ansioso de libertad y desenfreno y fué, aventurero, por Portugal, donde corrió mil aventuras picarescas. Fué ermitaño en Trasmontes, soldado en Oporto, médico y danzante en Coimbra, torero en Lisboa, poniendo en práctica toda aquella serie de truhanadas y bellaquerías que desde su juventud aprendió.

Dedicado a la vida libre, era mediano músico y gran truhán. Su obra tiene el valor de ser una autobiografía y contener una vida vivida en la más descarnada realidad.

Esta obra de picardías, picaresca de su vida, puede dividirse en tres etapas, que se corresponden con su vida y disposición anímica.

La primera etapa abarca los cuatro primeros trozos, los cuales son, sin discusión, los mejores, y vieron la luz pública en 1743.

El trozo quinto debió de ser escrito antes de 1752.

En el año de 1758 escribió y publicó el trozo sexto, con poco valor literario.

Escribió otras obras, pero ésta que nos ocupa es la que, como expresión de su propia

vida de truhán empedernido, ofrece gran interés para la picaresca, pues no sólo nos presenta las costumbres y vida de aquella época, sino, y esto es lo que para nosotros tiene algún valor y no menos importancia, nos cuenta las truhanadas y bellaquerías a través de su vida de truhán, vida propia e intensamente vivida.

Desde muy niño, en la escuela, gustó de hacer vida de pilluelo y conoció todas las tretas de un colegial, llamado, por antonomasia, «piet del diablo», y más tarde, en su vida, al contacto social, fué un pícaro redomado, un truhán empedernido.

TORRES DE VILLARROEL dice en su «Vida»: «La lectura de mis obras tiene alguna cosa deleitable, no tanto por las sales como por las pimientas», y esto es gráfica expresión de la verdad; VILLARROEL es, ante todo, un satírico; y añade: «los más de ellos (se refiere a los capítulos de su obra) los he parido entre cabriolas y guitarras, y sobre el arcón de la cebada de los mesones, oyendo los gritos, chanzas, desvergüenzas y puyas de los mozos de suelas y caminantes».

Los versos líricos son graciosos muy a me-

nudo, y de suma discreción. Los romances, seguidillas y «pasmarotas» (así llama él a sus letrillas satíricas) están llenas de donaire, de gracia y de naturalidad (64). El sabor, sumamente picaresco, se halla difundido también en sus versiones con sus puntas y ribetes de pimienta. El lo dice ya con aquella claridad de expresión y sinceridad que le caracterizan: «La necesidad ha tenido mucha influencia en esta parte; porque yo estaba hambriento y desnudo, conque no trataba de enseñar, sino de comer.» (vol. VI de sus obras «El ermitaño y Torres», donde hay difundida cierta sabiduría y cierto sabor crítico).

VILLARROEL, satírico, fuéolo hasta en la expresión de su última voluntad. En la «Introducción» de su «Vida», dice: «Mi vida, ni en su vida, ni en su muerte, merece más honores ni más epitafios que el olvido y el silencio.»

VALERA, en el «Prólogo al lector», dice: «TORRES no es virtud, humildad ni entendimiento de escribir su vida, sino desvergüenza pura, truhanada sólida y filosofía insolente de un picarón que ha hecho negocios en burlarse de sí mismo y gracia estar haciendo zumba

y gresca en todas las gentes del mundo.» (65).

Dice VILLARROEL: «A los frailes y a los ahorcados los escribe el uso, la devoción o el entendimiento de los vivientes, las vidas, los milagros y las temeridades.» (66).

Hállanse no pocos pensamientos profundos de filosofía en el transcurso de la obra de este hombre pícaro y satánico: «Descansen en paz los difuntos, los vivos sean como viven y viva cada uno para sí, pues para sí solo muere cuando muere.» (67).

Tiene VILLARROEL aquella característica impasibilidad del pícaro; dice: «Mi espíritu no se altera con las alabanzas ni con el ruido de los vituperios.» (68).

Tiene aquella resignación que fué norte en la genuina picardía de Lazarillo, Guzmán y Fابلillos. Oigámosle: «Y, en fin, venga lo que Dios quiera, que todo lo he de procurar sufrir con paciencia y con resignación y con alegría católica, que éste es el modo de adquirir una buena muerte después de esta mala vida.» (69).

De la picaresca puede decirse que es un drama cuyo nudo consiste en que, cuando

uno de los incautos que integran la sociedad, el más infeliz, el más débil, quiere separarse de los otros por ansias de lo ignorado o porque lo mueva a gran curiosidad el querer llegar a conocer el mundo. . . «El mundo, pez voraz, se lo engulló, y con él a los suyos». (70).

Imita a QUEVEDO, aunque él niegue ésa, como otra cualquier influencia que se le atribuya, y dice denodadamente que él no se parece, ni quiere parecerse a nadie. Sin embargo, QUEVEDO ejerce tal influencia en él que, aun en aquel tiempo, se le llamaba «el QUEVEDO de este siglo».

Confiesa con gran candor y gentileza su pasado: «Nunca tuve traza, inclinación ni sosiego para ser estudiante.» (71).

Fué siempre un pícaro porque a ello le impulsó su carácter, de una parte, y su temperamento, de otra.

«Siempre andé vago y sin sugestión, sin libros y sin maestros.» (72).

Anduvo de pueblo en pueblo practicando la picaresca, que conocía, y aprendiendo nuevas truhanadas.

En su obra «Vida» señala una a una las fechorías, hazañas, travesuras y desenvolturas

que eran el fuerte de su vida de azar en azar y de maleante.

Termina su vida, siempre pícara, con más o menos vivacidad en 1770, cuando murió en Salamanca en el palacio de MONTERREY el día 19 de Junio, rodeado de los suyos.

No es, ni con mucho, esta obra que estudiamos comparable a la picaresca de QUEVEDO ni a las obras clásicas de esta clase de novelas: ofrece la ventaja de ser una exacta biografía, y, por tanto, los hechos y momentos en los cuales se nos presenta VILLARROEL, son momentos vividos, con intenso y palpitante anhelo.

«La pródiga» y «El escándalo» tienen bastantes rasgos que su autor, gran observador de la vida, supo plasmar en sus obras.

En «Los Mala Sangre», de GIOVANNI VERGA, se encuentran no escasos elementos de picaresca y aquel amargo sabor de picarismo que nos legaron los pícaros clásicos Guzmán, Lázaro y Pablillos...

«Pepita Jiménez», de VALERA, tiene también algunos elementos que pueden ser encerrados en el estudio de la picaresca.

Se hallan no pocos elementos de picaresca

en la «Batracomomaquia», que es un poema que trata de las guerras de los ratones con las ranas, que fué atribuída durante mucho tiempo a HOMERO.

El «Poema del zorro», que es una sátira del estado social, nos ofrece acabadísimos modelos de picaresca y de sátira. La personificación del pueblo por medio del Zorro Reineck, contra aquellos llamados poderes constituídos en el reino animal, está tan admirablemente trazado, que en vano podremos hallar nada que sea comparable en este estilo al mentado poema.

En la «Perromaquia», de NIETO; la «Gatomaquia», de LOPE, y en la «Mosquea», guerras de las moscas con las hormigas, de VILLAVICIOSA, hay bastantes elementos del gusto de estas obras que estudiamos.

«El Mesón del Mundo», de FERNANDEZ DE RIBERA, y «Los anteojos de larga vista», del mismo autor, también tienen elementos de picaresca.

«Manon Lescot», de PREVOST, y la obra de ZOLA, «Le ventre de Paris», ofrecen no pocos rasgos que puedan ser tenidos muy en cuenta para el estudio de este género que estudiamos.

En el «Decameron», de BOCCACCIO, se hallan muchos elementos de picardías, sólo que están mezclados generalmente con rasgos de la más soez y repugnante, cuando no descarada indecencia.

La musa de la picaresca se halla vinculada en nuestra patria de un modo ingenuo, si se quiere, dentro de la ingenuidad que cabe en la picardía, en el ya antes mentado autor JUAN RUIZ, Arcipreste de HITA. El nos presenta, en el informe montón de poemas, entre el abigarrado conjunto de sus creaciones poéticas, entre el desorden de sus invenciones burlescas, entre todos esos elementos, se había forjado, poco a poco, el genio decididor y extraño del travieso Arcipreste. «El libro de los cantares», que es una colección de sus poemas, se nos ofrece muchas veces con aquella pícara guasa que le caracteriza; otras veces muestra la ingenuidad de un hombre que peca, porque es mortal, por flaquezas de la sangre, pero nos muestra su alma crédula y religiosa, aun cuando nos relate sus amorosas aventuras con la pastora, con las troteras y danzaderas moras y judías, y sus simpáticas incursiones con los estudiantes nocherniegos.

Y, si de pasada, recordásemos a los latinos, tendremos a Juvenal, que, en su sátira, nos presenta, en detalle, las lacras y lacerias de la corrompida sociedad romana; pero no ofrece en ellas el fin moralizador que nos muestran sus coetáneos «es—como dice el señor don JOSE ROGERIO SANCHEZ—el insensato que muestra con asco sus llagas, desesperado de su curación» (73).

Y HORACIO fué, más que un satírico, un acabado reflejo de aquella época, la cual nos presenta con verdad, novedad, detalles y perfección, que son las notas que constituyen su predominante y característica definida.

Y, por último, satíricos hay no pocos que tengan rasgos de verdadera picaresca; sobre todo en la parte que a crítica social se refiere: en nuestra sátira de las coplas del «Provincial», coplas de «MINGO REVULGO», y las no menos célebres de «¡Ay, panadera!»

Son sátiras, pero tienen elementos de la más genuina picardía, sólo que estos elementos están dispersos y sólo hay rasgos en la totalidad de la obra.

Las «Coplas del Provincial» fueron motejadas por ALVAREZ GATO, siendo, como son,

extremadamente sueltas, y por creerlas demasiado ofensivas a la decencia; tienen muchos chistes, y, por su forma artística, se le atribuyeron a ALFONSO DE PALENCIA; ALVARIZ GATO las condena en aquella su composición que lleva por título «A los maldicientes que hicieron las «Coplas del Provincial», porque, diciendo mal, creen en su merecimiento». Dice que eran varios sus autores.

Por el mismo estilo de las «Coplas del Provincial» son las de «¡Ay, panadera!», que están asignadas a la misma época.

Pero alcanzaron mayor aplauso aquellas que se conocen con el nombre de «MINGO REVULGO», que es una descarnada sátira y crítica despiadada de la Corte de Enrique IV. Es un diálogo pastoril. Su forma alegórica es una égloga escrita con bastante energía. Sus personajes, alegóricos, trazan un cuadro bastante picante, lleno de verdad del estado en el cual se encuentra la sociedad corrompida y disuelta de aquella época. La crítica descarnada de la vida pública y privada de los tiempos de JUAN II, según unos, y de Enrique IV, según otros, dice «que padecían infortunios porque el Mayoral del hato, dejada la guarda

del ganado, se iba tras sus deleites y apetitos». La sátira incisiva y mordaz que cierne en toda la obra, se halla más patente en aquello que dice «MINGO REVULGO»:

¿Sabes?... ¿Sabes?... El modorro,  
allá; donde se anda a grillos,  
burlan de él los mozalbillos  
que andan con él en el corro.

.....  
E aún el... itorpe, majadero!...  
que se precia de certero,  
hasta aquella zagaleja,  
la de Nava Lusiteja,  
lo ha traído al retortero.

.....

Esta alusión es al Rey, y todavía son más gráficas las alusiones a la sordidez y avaricia de los prelados; acaba con un encomio a los placeres. Su carácter erudito es manifiesto, y tiene bellezas de géneros literarios.

Además de estas sátiras, donde hay algunos elementos de picaresca unida a la sátira mordaz y a la ironía picante, la de HERNAN MEXIA «Sobre las condiciones de las muje-

res» es uno de los mejores reflejos de las obras de esta especie en esta época, y la que dió lugar a que fuesen escritas otras en defensa de las mujeres.

El «Dictado de vituperio de las malas mujeres y alabanza de las buenas», que es una sátira de las licencias, de la cual hacían uso las damas de aquel tiempo: dechado de gracia y de donaire, con sus puntas y ribetes de agudezas.

En la obra de RODRIGO DE COTA «Diálogo entre el Amor y Un viejo», ingeniosa y agradable, tiene rasgos de una gran ironía y, sin duda, son elementos de picaresca. Cuando le pregunta Cupido al Viejo «si cree que, a sus años, ha de ser feliz en amores».

Estos mismos elementos de picaresca los tiene el «Auto del Repelón», que es una reminiscencia de la vida estudiantil del autor, JUAN DE LA ENCINA, en sus dos famosísimas églogas de «El escudero que se tornó en pastor» y de «Los pastores que se tornaron en palaciegos», tiene chistes y gracia; critica las costumbres de la vida palaciega y elogia la vida del campo. Por la parte que de crítica so-

cial tiene, merece estar incluida en este estudio.

A la obra de CASTILLEJO titulada «De las condiciones de las mujeres», y la escribió contra los petrarquistas, sucedió otra de más honda filosofía y más acendrada reflexión, que se debe a BARAHONA DE SOTO, del cual se conservan composiciones de esta índole; y por último, recordemos, de pasada, aunque lo hagamos muy superficialmente, a MIGUEL MORENO, autor de gran número de epigramas de los cuales algunos son de tal valor e interés que recuerdan a MARCIAL.

---

El libro titulado «Fray Gerundio de Campazas» podemos considerarlo como una continuación de la obra picaresca, sobre todo por la parte satírica y social que contiene.

Obra del Padre ISLA es una acabada sátira de la oratoria sagrada de su época.

«Fray Gerundio» ha pasado al lenguaje vulgar y familiar: hacemos uso de él cuando decimos de un orador sagrado, predicador que hace uso de palabras altisonantes, y, con ges-

to pedantesco y voz campanuda, comienza sus insustanciales discursos o sermones.

Escribió esta obra el Padre ISLA con el fin de ridiculizar a los enfáticos predicadores, y usó esta sátira que, como CERVANTES, con su obra inmortal, logró, no sólo ridiculizar, sino evitar esa falsa declamación.

En verdad, no es esta obra una continuación de la picardía más que en lo que ambas tienen de sátira social y humorismo.

En esta obra, FRAY GERUNDIO empieza su discurso haciendo uso de las más perifrásticas frases y del gesto más imponente, a fin de hacer efecto entre los oyentes.

En un sermón del tal FRAY, habla del «Lazarillo», haciendo referencias.

Es verdadera producción picaresca, a su modo, pues aquella carga, con la befa y el escarnio de la sociedad, que está llena de lacras y virus, y no teme hacer el ridículo con tal de obligar a abrir los ojos a una sociedad que se complace en descubrir.

La sátira que este libro lleva no será muy culta, y todo lo que se quiera; pero es, sí, muy natural, y, sobre todo, muy espontánea: es abundante y vigorosa.

En ella se halla mezclado lo serio con lo jocoso; la novela con el tratado de retórica eclesiástica. En ésta su obra maestra, nos dejó el Padre ISLA su opinión firme y sesuda de lo que debía de ser la oratoria sagrada, mucho mejor que en sus sermones.

El Padre ISLA refutó la obra del autor francés LE SAGE, el «Gil Blas», quitando a este autor toda la originalidad que se le pudiera reconocer: se basaba en que aquél lo había copiado de un original español.

.....

Al principio dijimos que la novela picaresca tuvo su inicial en España, y esto es lo cierto; pero esto no obsta para que en el extranjero fueran escritas algunas obras con tal carácter, cuya iniciación se debe a nuestra patria.

Francia, con el «Gil Blas», es una patente muestra de lo que este género españolísimo gustó dentro y fuera de España.

Nació LE SAGE, autor inmortal de las aventuras del «Gil Blas de Santillana», en Sarzeau, en el año 1668.

Esta producción es la primera novela francesa que, con justicia, merezca tal nombre, y no dejará de ser siempre una de las mejores.

LA HARPE ha dicho: «Este es jefe del pequeño número de novelas que se han releído siempre con placer: es un cuadro real y animado de la vida humana; todas las condiciones aparecen para dar o recibir una lección.» (74).

Y no hay exageración en esta apreciación crítica del escritor francés.

«Gil Blas» es una digna continuadora de nuestro simpático «Lazarillo», en la vecina República.

Se nota en LE SAGE la influencia de ESPINEL. Quizá el principal mérito de «Marcos de Obregón» se halle en esta decisiva influencia de la producción española sobre la francesa.

Gil Blas es desgraciado en sus vicios. Difícilmente se encontraría una censura y ridiculización de los defectos y vicios, ni una narración más amplia, más rápida; un estilo más franco, más verdadero, más perfecto y natural, ni mejor verbo satírico.

. Gil Blas «siempre vuelto hacia el porvenir, jamás hacia el pasado; siempre en acción, jamás soñador ni contemplativo» (75). Este es

el tipo que sabe encarnar lo mejor nuestra media humanidad» (76).

Es «Gil Blas» "una pintura, la más fiel del hombre puesto en todas las condiciones" (77).

«"Gil Blas" es más perfecto todavía como obra de arte—ha dicho DEMOGÉOT (78)—. Aquí la acción reviste una forma toda dramática. En lugar de una galería de retratos, tenemos una escena y oradores.»

El héroe que nos refiere su propia historia semeja un personaje real que no puede defenderse de creer él, «en su propia existencia» (79).

La gloria de LE SAGE fué póstuma. Murió casi en la miseria.

Su obra picaresca «Gil Blas» es la que le ha inmortalizado.

Es de sabor marcadamente español, pero esto no quiere decir que sea una copia de un original, como se ha supuesto, pues basta saber con cuánto gusto se leían nuestras producciones de picaresca fuera de nuestra patria, para desechar tal idea de un plagio por el siempre probo autor francés.

En nuestros modernos tiempos no hay picaresca, propiamente dicha; hay, sí, bastantes

rasgos y no pocos elementos que se hallan dispersos por diferentes producciones.

La «Pintonsilla, Vicenta Garduña», de GALDOS. La mujer fácil, coqueta y remilgada; la mujer del bodegón, ofertora de bailes de candil, es, en «El Audaz», una verdadera picaresca; y el Pablillo, de la misma obra, no deja de tener elementos picarescos; la vida aventurera le atraía, el deseo de libertad le subyugaba.

También podemos considerar como picaresca la obra del señor PAZ MEILA titulada «Vida del soldado español Miguel de Castro»; su protagonista es pícaro tan desenvuelto y engañoso como Guzmán.

En la producción de RICARDO LEON «Los centauros», se hallan bastantes elementos de picaresca; pero no como los de Lázaro y Guzmán, sino de la picaresca moderna.

Picarescos son los tipos de la Gelmírez, Polo Silva; pícaros los ganapanes de Medina del Mar; Jorgito de Acuña es el jovenzuelo pervertido; la maga de los «ojos verdes» es el tipo de la mujer fácil que encubre sus osadías con capa de ingenuidad e inocencia. Pepe Antún, el tipo del inmoral que, en la jerga de la

germanía, tiene nombre característico y especial.

Podemos decir, que todos los parsonajes que interpretan esta novela, son la mayor parte picarescos y son una sátira de las costumbres e ideas modernas, por el modo de ver la vida.

Un pícaro con todas las de la ley es Silva, aquel satírico que nos presenta el autor de esta obra mencionada. Baste, si no, escuchar estas palabras que dirige a Jorgito: «Aprende, joven, que aquí estás en la propia Salamanca de la picardía.» (80).

Recordemos los consejos que Silva da a Jorgito a fin de que abandone aquellas reuniones donde había tanto pícaro: «Los pícaros de antaño eran unos infelices... No hay sino leer las historias de QUEVEDO, ALEMAN y otros Pontífices del género para convencerse del infantilismo de tales piardías. Casi todos aquellos aventureros eran gente soez y ordinaria que daban con su cuerpo, a las primeras de cambio, en cárceles y gale-ras. Hoy los pícaros tienen más arte, usan mejor ropa, son muy bien criados, invaden los oficios más ilustres, se dedican al comercio, a la curia, a la política y a la Prensa. "Antaño

los pícaros se dedicaban al hurto y al robo, con más o menos industrias".» (81).

BENAVENTE, en «Los intereses creados», nos muestra a Crispín, que es un tipo picaresco acabado; el anhelo de este picaruelo es de trotar, correr, de disfrutar de libertad e ir por los mundos donde pueda hablar, andar y disponer a su antojo; no es otra cosa que el deseo aventurero que muestra el pícaro como característica.

Y no pasemos por alto a DIEGO DE SAN JOSE en su picaresca sobre «La Mariblanca», que nos presenta el tipo de la antiheroína, trazado con rasgos fuertes y no menos colorido.

PIO BAROJA, que en «La busca», «Mala hierba», «Aurora roja»' «Inventos, aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox», y en «Paradox, rey», nos muestra no pocos matices de picaresca.

Podemos decir que novela picaresca no hay actualmente, y con carácter de tal, pues las que mencionamos no son novelas picarescas, sino novelas que tienen diversos matices picarescos.

La razón por la cual no se dan actualmente

novelas de este género es porque, orientada la sociedad hacia otros puntos, los pícaros que vivieron aquella sociedad ya no viven en la nuestra.

La picaresca es el producto de una injusticia. Solamente podía darse cuando la colectividad daba pábulo: el sistema representativo, por medio del cual cada individuo, de por sí, es legislador, hace que no pueda existir la picaresca; por eso no hallamos literatura netamente picaresca en la actualidad.

.....

En la novela del Abate PREVOST, el amor se arrastra por el hospital y la cárcel; son bravucones y fulleros, auxiliares y valedores suyos; claro que el eco de la picaresca española es muy débil en esta relación de un amor desventurado, grande y pequeño a la vez, húmedo del rocío de las lágrimas y tembloroso de ternura.

El amor, esa alma del mundo, florece en la rapaza de la picardía.—Des Grieux, el doncel enamorado del amor, y Manon, el amor mismo, hermanado en la mujer; noble amor en su esencia y depravado en sus derivaciones.—Lo cual nos confirma que en la picaresca

puede darse el amor, no como elemento esencial, sino como elemento de la más concluyente picardía.

Dígalo Manon, la mujer buena y pícara a la vez. En la obra del ABATE se halla condensada toda una página de vida vivida con toda intensidad.

La obra de JAIME ROIG «Libro de los dones» se discutió si ejerció alguna influencia en el Arcipreste de HITA; pero se ha llegado a determinar que, categóricamente, sólo hizo iniciar una etapa literaria en defensa de las mujeres contra la etapa de BOCCACCIO.

EL PICARO



Luego de haber hecho un estudio ligero de la «Novela picaresca», nos encontramos con una pregunta: ¿Qué es lo «esencial», lo fundamental, en la picaresca?

Nuestro inteligente compañero Baraja, en su trabajo inédito «Psicología del pícaro según "Lazarillo de Tormes"», "El Buscón" y "Guzmán de Alfarache"», la ha contestado ya; nos dice: «Cuando tras la lectura de las novelas picarescas tratamos de precisar y distinguir nuestras impresiones, se nos ofrece como la más inmediata, más amplia y manifiesta de todas la correspondiente a la riqueza y movilidad de la acción.» (82).

Es, pues, el fondo de la picaresca una continua variedad y movilidad; esto es lo que llega a constituir su esencia.

La variedad de situaciones que llegan a constituir una unidad de conjunto, concentradas ambas en un tipo: el protagonista.

Se nos ofrece con aquellas sus características que son el alma de su personalidad.

La actividad constante que demuestra en su nunca satisfecho anhelo de correr, de lanzarse a la ventura, responde, como admirablemente expresa BARAJA, la actividad innata.

El protagonista tiene como una de sus características la rebeldía; no se altera por nada, tampoco se somete a las condiciones que le instan ni a los elementos que lo rodean.

Posee decisión. Rebelde a los obstáculos que se le presentan, los vadea; no los ataca de frente, sigue la línea de su instable movilidad, y no trata de luchar y vencer: no es ni el atrevido luchador que trata de salir victorioso, ni es vencido.

De voluntad voluble, inquieta... Le alumbraba el faro de los anhelos no satisfechos jamás, y tiende siempre a mudar, variar, transformar todo cuanto puede ser un motivo de quietud para él.

Su inquietud le lleva a la vida en lucha continua, no por vencer, sino por evitar sosiego, laxitud, quietud, incompatibles con su espíritu aventurero y libre.

El pícaro no persigue, ni tiende a la realización de un sueño, de un pensamiento capital, que sea eje directriz de su vida: El pícaro sólo hace y quiere una cosa: «Vivir».

Trabaja por mantener eso que bien pudiéramos llamar el ideal del pícaro: «la vida».

Así lo vemos servir a otro como una de las ocupaciones predilectas; quiere ser libre y comprende que para obtener esa libertad que anhela es preciso, es indispensable que sirva, no a un solo señor, sino a muchos, pues siendo el número infinito el que da la libertad, es decir, que repartida su servidumbre es menos esclavo, porque lo es de la totalidad, y entonces se considera libre... ¡libre porque sirve al número total...!

La carencia de ideal, tomada esta palabra en su sentido estricto, es debida a su falta de perseverancia. El pícaro tiende a la variabilidad; necesita cambiar de lugar, de costumbres, de ambiente; no puede guardar una actitud constante, por carecer de la tenacidad voluntaria que le lleva a triunfar de sí propio.

En su imprevisión se abandona a su carácter de no determinado motivo. Nunca es sufi-

ciente el propósito si a éste no acompaña la decisiva voluntad de la realización: el pícaro se abandona a su constante volubilidad, a su anhelo jamás satisfecho, sin llegar a obtener en la lucha un triunfo definido sobre sí.

Escuchemos lo que nos dice Guzmancillo:

... ¡cuánto distan las obras de los pensamientos que he hecho!» (83).

El pícaro reflexionaba: «... ¡qué bien se disponen las cosas de noche, a oscuras con la almohada! ¡Cómo saliendo el sol al punto las deshace como a flaca niebla en el estío! ¡Quién me pudiese ver cuando estas cuentas hice, con cuánto cuidado y poca gana de dormir las fabriqué! Fueron castillos en arena, fantásticas quimeras; apenas me vestí, que todo estaba en tierra.» (84).

El pícaro tiene el deseo de mejorar de fortuna, pero es un deseo vago no bien determinado; no pone de su parte voluntad para conseguirlo; pero es como un esbozo del anhelo de todos de llegar a obtener un *máximum de bien*.

Los pícaros clásicos «Lazarillo», «Guzmán», «Pablillos»... desean vivir... ¡tan solamente anhelan la vida...! «Bueno es tener padre,

bueno es tener madre, pero el comer todo lo tapa», dice Guzmán (85).

El pícaro, aunque pertenece al hampa, es simpático; a pesar de sus defectos, no es criminal.

Aparece burlándose de todo y de todos, aun de sí mismo, pero tras sus frases, llenas de sal y de pimienta, tras sus burlas, tras su gesto, descubre la sombra de una dolorosa decepción, que hace que sus risas, sus picardías, dejen en nosotros un amargo dejo.

En su humorismo habla de las cosas trascendentales de la vida con burla y jocosidad; aunque si le observamos bien descubrimos en sus propias burlas su propia decepción; vemos que llora en tanto ríe, en tanto nos entretiene con su gracia y donaire.

Ve lo grande desde lo pequeño, lo triste dentro de lo jocoso: no se altera por nada. Es un estoico. «Los pícaros de nuestra Literatura son otros tantos filósofos estoicos, con sus puntas y ribetes de cínicos.» (86).

El pícaro ve la vida como una senda llena de obstáculos que han de cruzarse vadeándolos, rodeándolos para evitarlos, y hay que bastarse con la propia ayuda; por eso ve la

necesidad, aprendida en la escuela de la experiencia, de agudizar su ingenio.

Convierte en núcleo de su acción el contraste y con él la parodia y paradoja, para acabar en una sonrisa irónica e indulgente hacia lo que hiere. Para él la experiencia se adquiere tratando de evitar los obstáculos que se presentan y mostrando el rostro impasible al sino adverso, y acaso mirarle con sonrisa irónica y recibir las intimaciones a la lucha por el vivir, con una calma que, aun bajo el aspecto de forzosa resignación, no es sino un grito callado de la rebeldía que la opresión de la vida produce; una sonrisa de bienvenida a la pena que nos da la adversidad cuando grita dentro la desesperación que produce la impotencia.

La sociedad que forma al individuo contribuyó grandemente a la propagación de este tipo de picardía .

El individuo es la resultante del paisaje. La tierra es el elemento donde el individuo halla disposición para llevar a su espíritu dirección.

La tierra es el punto de referencia. El ambiente fluye del paisaje, de la tierra y de la

asociación «tierra-paisaje». «La influencia que el ambiente ejerce ya en el mundo inorgánico como en el orgánico, lo mismo que en la evolución y desenvolvimiento del individuo, como de la humanidad, es constante.» (87).

La tierra, la sociedad, el campo, y en síntesis la Vida, forman el espíritu del individuo y a su vez determinan su valor exclusivo y personal.

En una época de desequilibrio o de intolerancia nace un individuo amorfo o con predisposición a las deficiencias de su época. De aquí surge un tercer concepto. El individuo, no sólo es la sociedad, la tierra, el paisaje, el campo, sino que a su vez es la síntesis del ambiente.

La picaresca surgió en una época en la cual la intolerancia religiosa de una parte, el despotismo político de otra, y las lacras de una vida social deficiente en lo que respecta a deberes y derechos, dieron margen a la dilatada extensión de la picardía, vivida primero y luego narrada. Pero esto no fué producto de una tierra tan sólo, no. Fué esta picaresca la hija legítima de una tierra oprimida por los férreos brazos de una religión impuesta.

que pesaba y aplastaba; por el despotismo de reinos absolutos, por la mal entendida caridad de una sociedad impía, que sabía entender a su modo la doctrina del gran socialista: «Amaos los unos a los otros.»

La unidad del cielo, la grandeza de todos los actos, forman una atmósfera de ser, de existir, con una independencia de individualidades.

La sociedad es una síntesis de los pensamientos individuales, y la que forma el alma colectiva.

En un medio ambiente donde las hostilidades se suceden, donde sólo se hallan obstáculos y no puede llevarse a una feliz conclusión el ideal, del contraste entre lo que es y lo que debiera ser, surge una síntesis; lógica sin disconformidad ni engaño: egoísmo y desprecio.

El pícaro quiere la vida, quiere vivir... pero es un engaño, una utopía la vida que él anhela, porque la sociedad se la niega. De ahí nace un tercer aspecto de la cuestión. Vive el pícaro su vida de picardía en picardía, porque le niegan lo que le corresponde por ley natural, y cuando tenga que culpar a alguien de sus desmanes y fechorías, a nadie se le ocu-

rrirá culpar, directamente; solo, entre sutiles ironías, sabrá decir que bien poco vale la vida para tomarla en serio; el padre y la madre son bueno el tenerlos; pero el comer... el poder vivir, «todo lo tapa».

Y el pícaro siente en sí la necesidad de su «yo» antes de recordar o sentir el valor de los demás. De este modo la sociedad ha hecho al individuo egoísta con su sordidez, y el pícaro le corresponde.

El desprecio nace cuando el individuo ve que esa humanidad no comprende sus altos fines; entonces se siente hércules de desprecio y lanza a esa amorfa colectividad todo el amargor de su dolor. Acuciado por su pesar, ve en la vida el drama y quiere vivir la parte cómica a los ojos de los demás, entre tanto en su interioridad vive su tragedia.

La sociedad, mirando al individuo como un ente no dependiente de su propia vida, le lanza a la ventura, y recibe el justo precio que le corresponde.

Los vagabundos son hijos legítimos de una sociedad impía, donde se hallan sendas alentadoras y propicias al mal.

Cuando aquella sociedad, por medio de los

decretos prohibitorios hace de los vagos, vagabundos, pícaros y pícaras un todo informe, les tratan como a cosas, nacen los rencores reconcentrados, que como no tiene un medio de manifestación más patente y definido se manifiesta pasivamente, por medio de la sonrisa irónica, de las burlas cubiertas, de las palabras rasgantes por su verdad al par que por el temor al látigo se recubrían de suavidad, de dulzura, de mansedumbre.

Es desconsolador que aquella sociedad, que era la única causante de los males que iban palpando fudese la que quisiese tomar medidas represoras para impedir la extremada evolución y cambio de la vida en su aspecto pícaro y de vagabundez. Es decir, era injusta para los individuos y los estrechaba, los reducía, los apretaba con sus manos duras, para, una vez criados así, enclenques, poderles dominar fácilmente.

Las medidas iban encaminadas a satisfacer el momento, pero no llegaban a encontrar una solución definitiva que fuese hija de la necesidad, de la verdad y de la justicia. La justicia no existía para el pobre; la justicia no puede existir donde no hay libertad ni hay igualdad;

mal podíamos pedir este principio en una época de ceguera, de impersonalidad, de inconsciente subordinación al ser. Una de las causas que contribuyeron más a la difusión y propagación de la picardía y de la vagabundez fueron las poco decididas medidas que se adoptaron en contra de la propagación de la mendicidad.

Los mendigos de oficio tendían a la pronta evolución de la vida, que ellos querían simplificar a su modo, viviendo de los otros, explotando a los demás. Más tarde, el pícaro es mendigo: ejemplo de esta aseveración nos la da Lázaro en Toledo.

Sin embargo, hay documentos relativos a los siglos XV y XVI que nos ofrecen concluyentes muestras de las disposiciones llevadas a cabo para disminuir la pronta difusión de la mendicidad, aparejada con la desenvoltura más descarada y con la picardía más soez.

Nació de la disolución que la vida de estos vagos y descarados vividores llevaron a la sociedad, la necesidad de represalias. Esto fué lo que dió origen a la represión de los mendigos, como lo consignan documentos de los siglos XV, XVI, XVII, XVIII y aun del siglo XIX.

En los países donde se adoptó la religión reformada, no pudieron sustraerse a reprimir los desmanes de la mendicidad y trataron de encauzarla y ordenarla. Un ejemplo de esto nos lo puede ofrecer la ciudad de Iprés en el año de 1525. En una ordenanza, muy parecida a la de Nuremberg, en sentido reformista, y acomodándose en todo a la concepción de LUIS VIVES: «De subentione pauperum sive humanis necessitibus»; cuya ordenanza, escrita por orden de la municipalidad de Brujas, inspirada, como ya dije, en el escritor humanista, fué publicada por VANDER MEERCH.

El pícaro cree en la predestinación: el «estaba escrito» de los árabes, y que, todo lo predestinado, ha de cumplirse.

La ironía, que es una de sus características, es el alma de la crítica social que «el pícaro» hace.

«El Arte no se hace libre si no tiene el humor por base» (88); humorista es toda la picaresca, y el pícaro posee un caudal de desbordante humorismo.

Tiene en grado sumo sutileza de ingenio; es detractor de los estudios doctrinales.

Un rasgo cntral de la psicología del pícaro, es ese temor constante de no confesarse culpable.

No olvida nunca su «ego», y sólo atiende a satisfacer su medro personal.

Rechazando toda imposición, no reconociendo principio de autoridad, es autonomista e individualista. Su tendencia es vivir...

«Y al fin, señor licenciado, un caballero de nosotros ha de tener más faltas que una preñada de nueve meses, y, con esto, vive en la corte. Y se ve en la prosperidad con dinero y ya se ve en el hospital; pero, en fin, se vive, y el que sabe bandear es rey, con poco que tenga.» (89).

En este pasaje del «Buscón» se halla condensada la tendencia que se observa a través de la inquieta picardía: «SE VIVE»... Aquí se halla condensada toda la doctrina de la picaresca: «VIVIR».

Por eso el pícaro vive su vida de aventura en aventura, de azar en azar, de picardía en picardía. Vive ahora el presente, sin cuidarse del después, y sabe abreviar su espíritu de emociones de la actualidad.

Su vida, sin fin concreto, rueda y es lleva-

da por lo fortuito, por los acontecimientos que se suceden, porque así lo exige su curso, y ninguno es provocado por el pícaro, que contempla el vivir bajo otro prisma y con otra posible tendencia.

Huye del orden, del método, de la disciplina, y se lanza en brazos de lo imprevisto y al azar, tratando tan sólo de vivir, traduciendo su vida en inestabilidad constante, en movilidad continua...

Marcha al azar, llenando su vivir de nuevas emociones, con las variaciones diarias, y sin tener presente ulteriores consecuencias, «VIVE»... eso es todo.

Nosotros creemos que el pícaro acepta los hechos porque, creyendo en lo predestinado, todo hecho ha de verificarse fatalmente. BARAJA no acepta esto, lo mira bajo otro punto de vista: «Tal restricción de las cosas a su estricta actualidad, hace que la picaresca tenga el aspecto de una conformidad o aceptación de todo suceso como acatando los dictámenes inevitables de cierta fatalidad; pero, en rigor, no es esto lo que expresa la exacta actividad de la vida del pícaro. Más que la aceptación de los acontecimientos, impuestos fatalmen-

te, es como una especie de independencia, de apartamiento espiritual, de desinterés ante ellos.» (90).

Se ingenia el modo de vivir a costa de los demás, conservando, siempre que el vivir no le obligue a lo contrario, su libertad.

Despreocupado, no atiende a su vida ulterior; por eso vive lo mejor que puede el presente, sin preocuparse, en absoluto, del porvenir.

Tiene rasgos de asombroso ingenio; dígalos, si no, el simpático Lázaro en aquel pasaje del ciego.

Es el ganapán, perdonavidas, que se ingenia el modo de vivir sin trabajar, huyendo del trañín que produce la consecución de una idea.

Huye del trabajo como elemento que ha de restringir su independencia y libertad.

Lazarillo, con el incomparable donaire que le caracteriza, le dice: «... huía como del diablo, porque, siempre quise más comer berzas y ajos sin trabajar que capones y gallinas trabajando» (91).

El trabajo precisa fuerza de voluntad, subordinación de nuestra personalidad a él, es-

fuerzo y constancia en él; cosas que el pícaro no tiene, y, por tanto, no puede sentir el yugo del trabajo, que coarta de algún modo esa autonomía que él pretende, y con la cual sueña.

No puede aceptar el trabajo, porque eso sería adaptarse a una norma y hacer que el vivir se deslice a través de un cauce: el que la disciplina ha señalado.

El pícaro es un inadaptado; no puede sujetarse a un plan preconcebido; cuando se adapta, es de un modo fugaz, momentáneo.

Se adapta a esa forma de vida que corre en el presente, pues su tendencia es el hoy, el obsesionante hoy.

El pícaro, dice CHANDLER es un término medio entre el bufón y el pirata.

Vive impasiblemente, sin emociones que le lleven a la lucha, a la alegría o al llanto: el pícaro es un cínico.

Mira a la vida como un problema, el cual hay que evitar a toda costa, y no resolverse.

El se ríe y ridiculiza la superstición, y a su vez es un consumado supersticioso. No tie-

ne la creencia de su época, y la ridiculiza con su incomparable donaire.

No es ni animoso ni valiente, y sí habilidad, destreza y agudeza demuestra con frecuencia.

Es una mezcla de bien y de mal, de arrojamiento e indecisión, y ese dejo de amargura que a veces podemos ver traslucir, no es pesimismo, sino el gesto del resignado.

Ve la vida a su modo, y es una víctima de los acontecimientos.

Es el antihéroe novelístico, que nada es en carácter y lo es todo de hecho, más importante por sus travesuras que por sus virtudes. Guarda un paralelo con el gracioso.

El nombre de pícaro es genuinamente español: hizo su primera aparición en el «Guzmán de Alfarache».

Es muy interesante el estudio del pícaro.

No es el pícaro un tipo acabado desde sus comienzos.

El pícaro ha pasado, para llegar a serlo, por sucesivas etapas.

Cuando el pícaro pasa esas sucesivas etapas, entonces se declara su indiscutible independencia. «Hacerse pícaro es hacerse inde-

pendiente, quedando abandonado a sí propio, sin ninguna preocupación.» (92).

Para llegar a ser pícaro ha tenido que pasar primero por la vagabundez, que es indispensable condición de la picardía, que une a la vaguedad de acción la mudabilidad constante de medio; pero la picaresca es más amplia; no se refiere al caminar tan sólo, al variar de lugar constante, sino que en ella se da «un sentido especial de la vida, traducido en el carácter de esta variada actuación, en la práctica del vagabundear» (93).

Pero no es esto un aspecto consumado del pícaro, no; aún es preciso que el vagabundo pierda su credulidad y la concepción que tiene de la falsa apariencia, y vea, tras los actos de todos los hombres, un aspecto negativo que le lleve a comprender la necesidad imprescindible que hay de buscar una sola cosa mejor, que no le induzca 'a engaño, a falsedad, a considerar todo bajo el marco de su candidez.

Y la tal consideración le lleva al principio, que ha de ser uno de los primeros pasos dados en el ambiente de la picardía, optada por vivida. La comprensión que tiene el vaga-

bundo de que, tras las cosas aparentes e irreales, existe algo que tiene un valor positivo y estable, cuyo valor hace que a él se subordinen la sociedad y los individuos todos tiendan a esa consecución.

Y ese valor positivo es la necesidad imperiosa que la naturaleza tiene: las demandas de los instintos nativos no subordinables.

Todo el proceso de formación del carácter del pícaro está circundado por necesidades de orden psicológico.

El vagabundo se hace pícaro cuando a su candidez y habitual credulidad ha reemplazado la reflexión honda y severa y ha visto el mundo bajo dos prismas grotescos.

El primer aspecto es aquel que se le ofrece al cándido vagabundo como una ensarta de engaños, egoísmos, falsedades y contradicciones; entonces ve en cada individuo obstáculos nuevos que vadear.

El segundo aspecto se ofrece como positivamente no hay trabas que coarten la individualidad de su vida.

Desde el momento en el cual el pícaro ha reemplazado todos los elementos que le hicieron disparidar de la reflexión, ha llegado a

adquirir esa supremacía que es el carácter distintivo de la picaresca: los sentimientos.

El pícaro no es un indiferente, es un resignado. Es una voluntad pasiva e inquieta que lucha sin anhelos, sólo por satisfacer los instintos de su naturaleza innata, haciendo caso omiso de aquellas cualidades que son llamadas, por antonomasia, virtudes individuales y sociales: la honra, la vergüenza el pudor... Lo dice Guzmán: «... sólo ten vergüenza de no hacer desvergüenza, que llaman vergüenza. No es sino necesidad.» (94).

Pero el pícaro, antes de serlo, ha de ser necesariamente un vago, cuando no un vagabundo.

Todos los próceres de la más genuina picaresca fueron vagos y vagabundos antes de ser pícaros.

Vagancia es la no ocupación, la holganza, «vivir de lo que cae», como dice la expresión vulgar .

Por eso, por ese mismo carácter vago, los pícaros no piensan que el robar, el deshonor, etc., sean defectos morales. Ellos, siempre que no hallan obstáculos materiales, hurtan, roban, etc., si comprenden una necesidad

de su naturaleza física. Para estos picaruelos nada existe fuera de su propia satisfacción.

Ser vago, significa ser refractario al trabajo; ser vagabundo significa inestabilidad de lugar. Y el pícaro tiene esas cualidades. Huye y teme el trabajo, pues coarta su libertad y supone permanencia, adaptabilidad.

Ser pícaro supone, además de estos caracteres del vago, el espíritu reflexivo de donde surgen los sentimientos y la concepción amplia, radical e imprecisa, vaga a veces, de la vida, de la sociedad; y la material, o mejor aún, naturalista concepción del vivir, que, como ya hemos dicho, éste es el norte de la picaresca.

Vivir aventureramente, teniendo por ruta amplios y vagos horizontes y por brújula un optimismo español, muy español.

El origen del pícaro es la ciudad, la gran urbe, donde la aglomeración dificulta el vivir.

Ya por los años de 1387, en las Cortes de Briviesca, DON JUAN dictó algunas providencias para evitar la propagación y aumento de los holgazanes vagabundos, para evitar la picardía, «... los cuales, no tan solamente viven del sudor de otros, sin lo trabajar e me-

ceser, mas aun dan mal ejemplo a los otros que les ven facer aquella vida, por la cual dejan de trabajar e tornarse a la vida dellos, e por ende no se puede fallar labradores e pasare muchas heredades por labrar e viénense a hermanar.» (95).

El pícaro español es muy característico. «Lleva metido en su cuerpo un espíritu de rey.» (96).

SALAZAR dice: «En Madrid hay muchas fragosas y turrondas de bellacos, perdidos, facinerosos, homicidas, ladrones, capeadores, tahures, fulleros, engañadores, embaucadores, aduladores, regalones, falsarios, rufianes, pícaros...» (97).

Y contra todo esto era preciso reaccionar, y por eso, contra toda esa gente inútil y perjudicial, se tomaron medidas represivas; para evitar, no sólo los daños que pudiesen ocasionar, sino evitar su propagación.

Pero esta picardía era fomentada por una sociedad no exenta de responsabilidades.

El pícaro de la Literatura era el pícaro que vivía su vida inconsciente, en aquellos siglos XVI y XVII, de olvido hacia los otros,

hacia los que constituían las llamadas clases inferiores.

HAMBRE y POBREZA: estos son los dos aspectos de la picaresca, y la vida pícaro gira alrededor de estos dos principales aspectos.

El pícaro es el héroe de la epopeya del hambre; sus móviles son la pobreza, que le hacen no poder satisfacer sus necesidades; ante eso aparece el hambre, con todos sus caracteres; entonces, el pícaro, sin serlo aún, se hace o roba, marcha a la ventura, se hace pícaro y reflexiona sobre la poca fortuna de la vida suya, y esa reflexión hace de él un escéptico, un estoico.

En los siglos XVI y XVII se dictaron severas medidas contra los vagabundos, que llegarían a constituir una amplia y verdadera picaresca: «... que a los vagabundos se les ponga en la espalda una señal, o debajo del brazo una B, y a los ladrones otro hierro con L, para que se les conozca.» Y con éstos se hicieron ejemplares castigos, pero no por eso disminuía la picaresca; solo que varió de aspecto. Como se recogían a los vagabundos y se les castigaba por ser tales, surgieron los

del esportillo, que simulaban trabajo; pero lo que hacían era valerse de él para ejercer la picardía.

También había gentes, sobre todo en los bogones, que recogían a algunos de estos vagos, con pretexto de su servicio, y sólo hacían fomentar la picardía y la vagancia.

Sobre estos pícaros existen algunos documentos. En Inglaterra, por el hecho de ser vago, se llegó alguna vez a condenar a muerte. En nuestro suelo no fueron tan rígidas las medidas.

En el año de 1693, que «sin ninguna fórmula jurídica, y por el hecho de ser vagabundos, sean llevados a los presidios de Africa» (98).

Y así pudiéramos ir mostrando muchas disposiciones que confirmen cuántos serían los pícaros, como los elementos de la picaresca de aquella edad.

La propagación de la vagancia dió, como natural consecuencia, la difusión y propagación del tipo picaresco.

La aglomeración en la gran ciudad fué otro de los factores que contribuyeron al engrandecimiento de esta clase,

En las Cortes de 1670 se dice: «porque vienen a Madrid los ricos por comodidad de su vida y pretensión destos y de los pobres, por darse a la ociosidad y tener muchas trazas como el ganar el comer en cosas que no solamente son útiles a la república, excusado trabajar en las que conviniese, de los menestrales y oficiales que exercen sus tratos y oficios con más aprovechamiento a veces que se hallan engañado» (99).

El gran número de personas que afluyeron a la gran ciudad hizo que el número de los perezosos y desocupados se propagase con creces, y fueron siempre superiores y más fuertes que las represalias que contra ellos se ejercieron.

La picaresca se ejercía a todas horas, y sabemos que el esportillero era un ladrón con esportilla o sin ella, y que el vago que andaba por las calles y plazas eran consumados picaruelos.

Es interesantísimo el paso del antihéroe o antiheroína. La pícara consiguió muchísimo más que el pícaro, pues dió origen a la evolución de la picaresca, hasta convertirse en sátira social, que no fué del gusto popular, pues

quitadas las picardías y el poquito de sal y de pimienta, juntamente con las aventuras, se hizo este género más moralizador y acabado.

«Esta turbamulta de personas de dudosa vida iban formando lentamente el sedimento maleante de la ciudad como modernamente ocurre, integrado en casi su totalidad por infinidad de fracasados.» (100).

No cabe duda que en la comunidad, en la desgracia, hambre y pobreza, entre hombres y mujeres, éstas tienden a pervertirse, a corromperse, a prostituirse. Es muy difícil que se dé lo uno sin lo otro.

El trato con su cuerpo yendo y viniendo, y ofreciéndose a todos, es carácter de esta vida en común.

En el año de 1631 fueron muchas las mujeres que vinieron en busca de acomodo y que luego hallaron más fácil rodar, haciendo trato con su cuerpo, entregándose a todos, y pasar un día y otro día por bodegones, haciéndose con ello vagas.

Aumentando la afluencia de gentes, llegan muchas de estas mujeres, que «andan por las calles, portales, callejones y cementerios in-

citando a los hombres; por lo que eran condenadas a galeras» (101).

Existen ordenanzas destinadas para la represión de las vagabundas.

Al gran contingente de esta perdición contribuía grandemente la libertina juventud, pervertida y pervertidora, que «no tiene más entretenimiento que inquietar a las mujeres que entran y salen de las iglesias, y las que andan por las calles, y se andan de una casa de juego en otra, viviendo escandalosamente, mal entretenidos y sin oficio ni ocupación» (102).

En la Biblioteca Nacional de París se conservan manuscritos españoles, los cuales ya han visto la luz pública, gracias al hispanófilo MOREL-FATIO.

Se llama este documento «Memorial de PEDRO TAMAYO en solución de una plaza de aguacil de corte».

Este documento nos da noticia cierta de los cuarteles o mechinales donde vivían estas gentes, lo que hoy, en la jerga, podía llamarse pécoras, rufianes, cuando no designarlas con el nombre con el cual, en la germanía, eran conocidas: «cóimas».

En el susomentado «Memorial» (103) se da una detallada referencia de los lugares comunes a esta gente del hampa, que hoy también, en su jerga, pudiéramos llamar «gentes del bronce».

Los cuarteles son nueve.

En el primer cuartel, que está situado «junto a unos solares del lado de la casa de ANTONIO PEREZ, donde concurren alguna manera de mujeres y hombres dando mal ejemplo a las vecindades honradas...»

En el segundo cuartel «ha sabido que hay muchas mujeres que no duermen en cama, usando de sus personas con mal vivir..., y porque le parece que se servirá Dios de trabajar la perdición del poco servicio que hay en este lugar de mozas, que, a trueque de andar perdidas, gustan de hacerse damas y no servir».

En el tercer cuartel «hay algunas mujeres que no tienen maridos, sino que viven en libertad».

Cuarto cuartel: «en esta calle de las corralizas ha hallado muchas gentes de hombres y mujeres libres que de día los han visto en las

calles y en las casas donde hay unas juntas de mujeres que viven sin trabajar.

En el quinto cuartel «hallo mujeres que viven sin trabajar, con algunas conversaciones de hombres oficiales».

Sexto cuartel «y a cualquier hora del día... y a espaldas de Palacio, muchos jugando, lacayos y despenseros y otros de su igual; esto es de día, y de noche mujeres que andan libremente con hombres, sin ser de nadie reprendidas; también aquí en este cuartel hay una cantidad de mozas pícaras, que, sin trabajar, salen al campo y no duermen en sus camas».

En el séptimo cuartel «existen abundantes casas de juego».

En el octavo cuartel «hallo hartos casos de no buen regimiento de gente que viva bien, sino que antes con fama de amancebados y tablas de juego».

Y por último, en el cuartel noveno «hay muchos juegos de voleta y también es cuartel de muchas damas de recato, aunque públicas, más que en todos los demás cuarteles, y también salen de noche a los hornos de yeso y de ladrillo algunas mujeres con hombres».

La pícara era tratada por sus amantes según la calidad de ellos y de ellas.

Las pícaras eran designadas en la legislación con los nombres de «cantoneras», mancebas, cortesanas, etc..., y en la germanía con el nombre de cisne consejil, iza, urgamandera..., etc.

Había categorías que las distinguían.

En esta inferior clase social existía una más ínfima clase, que era designada con el nombre de «golfas» y «rubiza».

Por cuanto dicho llevamos bien puede colegirse qué vida y qué clase era la que, con abundancia tal, había en Madrid en aquella época.

Los datos que ofrecen alguna coincidencia con las mujeres están todos incompletos y son insuficientes para darnos una pequeña idea de lo que era el colorido y vida de aquella sociedad en lo que respecta al análisis y estudio de esta ínfima clase social.

Y estos datos que poseemos nos muestran cómo estaba la vida picaresca extendida en el bajo Madrid.

Las casas públicas sólo eran visitadas y concurridas por mujeres de vida airada; pero en

la ordenación del año 1571, se decía que también acudían allí mujeres casadas.

La cortesana era explotada. Con frecuencia la pícara salía de su casa y se metía en tabernas, bodegones y en las casas de la vecindad. Solían estar a las puertas de sus casas o reunirse con otras y otros, y se ponían a cantar decires deshonestos, por lo cual fué necesario prohibirlo: «ninguna persona, así hombre como mujer, sean osados de cantar ni de decir coplas ni cantares deshonestos» (104).

Era la vida de estas pícaras muy restringida.

Con mucha frecuencia tiene el Gobierno quejas de la disolución social que estas mujeres ocasionaban con su perversión; pero la innovación social que se llevó a efecto se debió más a sor María de Agreda, que en sus cartas enderezadas a FELIPE IV... se lamentaba de los perjuicios que a la vida colectiva irrogaba aquella disolución y aquel aniquilamiento.

Los escritores satíricos contribuyeron también a esa evolución social que se operó en aquella época, y para ello atacaron las cos-

tumbres licenciosas, y, sobre todo, a las clases ínfimas de la más ínfima de las clases sociales; estas gentes ligeras tenían como una de sus más grandes características la procaacidad.

Entre las pícaras había una escala que recibía los nombres de mujeres enamoradas, las cuales vivían solas en sus casas sin estar sometidas a autoridad alguna, y recibían a sus amantes; «su vida era ordenada, y cuando se dió la orden general de llevar las mujeres al barranco, se hizo con ellas excepción» (105), pues los que concurrían a sus visitas, que no eran tan públicas como las de las demás, eran gentes de alguna consideración.

También éstas mujeres tenían un valor moral mayor que las otras.

Se estaban encerradas en sus casas y no salían a la calle más que muy pocas veces, y siempre sin querer aparecer lo que realmente eran.

Las pícaras tienen, pues, un valor bajo el punto de vista social. No trabajan, no quieren trabajar, pero hacen mercado de sus cuerpos, y acaso muchas de ellas fuesen como aquellas mujeres que nos describen, «castas

de pensamiento, aunque sus cuerpos rodasen por el lodo».

Las otras pícaras que vivían en la mancebía se hallaban sometidas a la voluntad del padre y de la madre (nombres con los que eran designados los representantes de la casa de prostitución). Y era ley que a ellos debían de pagárseles diariamente un tanto, ya determinado con antelación.

Estas mujeres tenían la obligación de aceptar todo, sin ningún derecho para repudiar.

Los padres de la mancebía tenían el deber de darles de comer y evitar los escándalos.

Los extranjeros veían una nota típicamente española cuando miraban los aspectos variados de esta ínfima clase social.

La vida de la mujer cortesana, que es lo bastante picaresca, como la del vago y de los pícaros, fué bastante atacada, y contra ella se dictaron severas medidas; tales fueron los decretos de 1675 (106), 1678 (107), 1693 (108), 1699 (109), los cuales incluiremos en este trabajo del pícaro, pues la pícara está tan íntimamente relacionada con aquél, así como con el rufián y los demás aspectos que nos presenta la vida del hampa,

como son: vagos, truhanes, bellacos, tahures, guapos, matones, vagabundos, etc., pues ellas a ellos daban origen en muchas ocasiones.

El rufián era el tipo del «guapo» valentón, que a toda costa había de mantener sus aires de perdonavidas; era el consejero, conocedor de todos los aspectos de aquella vida, de aquel reducido enjambre de bajezas y vilezas.

Mas una nota que le caracterizaba, y la cual no debemos pasar por alto, es que el rufián, a la postre, terminaba por ser ladrón, cosa que jamás se da en el pícaro; si éste roba alguna vez es solamente por imperiosa necesidad física. (Es muy interesante, para ver las sucesivas etapas por las que tiene que cruzar el rufián para llegar a adquirir el título, leer el trabajo del señor VALERA.) (110).

La pícara hace evolucionar la picaresca y transforma su carácter; dígalo, si no, la famosa «Garduña de Sevilla», la «Pícara Justina», «La niña de los embustes», etc. . . . donde ya se dan, además de los aspectos picarescos que vemos en el pícaro, aquellos otros que son exclusivos de la personalidad de la pícara.

En todos los aspectos psicológicos y socia-

les que nos presenta esta vida de vagabundez y aventura, se nota la decisiva influencia de esta figura, mitad mujer, mitad demonio, que hace que, no sólo evolucionen las vidas, sino hace se sienta de un modo duro, decisivo, su influjo en la sociedad.

La picaresca pasa, con la figura de la pícarra, del hecho al carácter: y el «carácter» define su vida.



## Documentos relativos a picaros, pícaras y vagabundos

1515

«Que todas las mujeres del partido de esta ciudad que agora son o fueren, no traigan oro, ni plata ni mantillo cobijado por las calles ni menos traigan seda fina ni falsa desde el día de Pascua del Espíritu Santo, primero que viene en adelante, so pena, que la mujer del partido que trajere alguna cosa de los susodichos, que los haya perdido, sean del agua-cil que las tomase.

Item, que todas dichas mujeres del partido, que estan fuera de las dos puertas de la mancebia de esta ciudad que desde el dicho día de Pascua del Espíritu Santo en adelante, se metan e entren dentro de la dicha man-

cebia a estar e morar, e no fuera, so pena de cada cien azzotes.

Item, que la puerta de la mancebia, que está al cabo hacia la curtiduría, que luego el alcalde de la dicha mancebía la cierre e esté cerrada, e no se habra hasta tanto cuando fuere voluntad de la ciudad, so pena de 2,000 m. para los de la audiencia que se quieran hacer.

Item, que todos los segadores e trabajadores que se cogiesen para ir a trabajar y recibiesen el maravedí para ello, y no fueren a trabajar y se averiguase ser verdad, que esten diez dias en la Carcel.

Porque vos mandamos a todos e a cada uno de vos, que así lo hagais e cumplais, so las penas susodichas, las cuales serán ejecutadas en vuestras personas e bienes, mandamos que sean pregonados para que vengan a noticias de todos, y ninguno de ellos pueda pretender ignorancia.

Y de ellos dimos el presente, firmado del dicho señor correjidor e dos hombres buenos y de los 24 que ven vuestra hacienda y de Rodrigo de Molina, nuestro escribano, que a hacho en la dicha ciudad de cordoba a 14 dias del

mes de Mayo de 1515. D. Antonio de la cueva.—D. Juan Manuel Lando.—Pedro Muñoz Godoy.—Rodrigo de Molina, escribano público y teniente de escribano del consejo.

## 1525

D. Carlos, etc., etc., A vos el que os fuere nuestro corregidor o juez de residencia de la Ciudad' de Cordoba, e a vuestro al alcalde mayor en el dicho oficio, salud e gracia; sepades que Juan de Molina guarnicionero, vecino de esta ciudad nos hizo relacion, diciendo que el tiene o posee trece casas y un meson en la mancebia de esa ciudad, donde suelen e acostumbran estas mujeres públicas que ganan dineros e que los alguaciles e otros justicias de esa dicha ciudad llevan muchos cohechos a las dichas mujeres, e les ponen muchas imposiciones, especialmente que diz que cada vez que quieren salir de noche a dormir fuera, llevan a cada una de ellas un real, a cuya causa diz que las dichas mujeres no quieren estar ni vivir en las dichas sus

casas según que hasta agora siempre se habían acostumbrado) o meson, e se van a vivir por mesones y bodegones e en otros lugares, de que diz que le ha venido e vienen mucho daño e pérdida, porque las dichas mujeres diz que son obligadas a estar e vivir en las dichas sus casas, según que hasta agora siempre se habia acostumbrado, e porque diz que pagando tributo en cada año, por razon de las dichas casas e meson 12.000 mar., por ende que nos suplicaba e pedia por merced, mandásemos que de aqui en adelante los dichos alguaciles si alguno de ellos no les pudiesen llevar ni llevasen los dichos cohechos, ni achaques, e que cumpliesen e apremiasedes a todas las mujeres públicas que en la dicha ciudad estuviesen o a ella viniesen a ganar dinero a que estuviesen por mesones ni tabernas e que sobre ello progresemos, como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los del nuestro Consejo fué acordado que debiamos mandar dar esta nuestra carta para voz en la dicha razon e non tuviesemos por bien porque vos mandamos que luego que veais los susodichos, e llamadas e oidas las partes a quien atañe, breve y sumariamente sin dar

lugar a lenguas, ni delaciones de cualquiera, salvo solamente la verdad sabida hagais e administreis cerca dello a la parte breve y entero cumplimiento de justicia, por manera que la hagan e alcancen e por defecto della, no reciban agravio de que tenganse causa ni razón de nos venir ni enviar a pagar sobre ello, e los unos ni los otros nos hagades ni hagan ende al por alguna manera, so pena de nuestra merced e de 10.000 maravedises a la Camara. Dada en la Ciudad de Toledo a 25 de Agosto de 1525.

1574

Ilustre Señor: S. M. y en su Real Consejo, se tiene noticias que en estos reinos los alguaciles y otros ministros no hacen su oficio como deben, asi por tratos de cohecho como por otros caminos, disimulando pecados públicos tablajeros y amancebamientos, y aun siendo ellos los que dan el mal ejemplo: S. M. me manda que yo avisare a vuestra merced y pudiese toda diligencia en el remedio con cuida-

do que fuese posible, avisando a los tales ministros y castigandolos con notable ejemplo, que de lo hacerlo así se serviria mucho, y de lo contrario no podrá dejar de se poner y cargar la culpa a vuestra merced; yo de mi parte, le traigo a la memoria con instancia, lo mismo por el lugar que tengo y quedo con cuidado de saber lo que en esto se provee, para ver y ordenar lo que mas fuese necesario, y en especial se tenga cuenta conque las varas de los alguaciles no se vendan ni se les lleven dineros por ellas, porque de esto y de todo lo demas resulta notable daño y es justo remediarse.

Demás desto, ha parecido que conviene, que debe proveer en lo que toca a las mujeres públicas de las mancebias, que las casas de las dichas mujeres ni esten cerca de la Iglesia, ni monasterio, ni en barrio donde haya vecindad de gente honrada, sino en parte donde no pueda traer inconvenientes a su vecindad: que los padres a cuyo cargo están las casas de tales mujeres, que tengan cuidado de llevarlas todos los domingos y fiestas de guardar a la Iglesia mas cercana para que allí oigan una misa rezada antes de la mayor, y que

de orden de como en la dicha iglesia se les haga algun sermon o plática por algun religioso: que los corregidores o Justicias den orden como algunas fiestas principales por la mañana, despues que las dichas hayan oido misa, tengan sermon.

Que los domingos y fiestas tengan cubierta la casa para su maltrato, hasta despues del medio dia.

Que los miércoles de Ceniza y los domingos de Carnaval y los de la Dominica de la Pasión, hasta pasado los tres dias de Pascua de Resurrección, no se abra la dicha casa para su maltrato y la Semana Santa las hagan confesar.

Que los dichos corregidores y justicias tengan mucha cuenta conque los padres que tienen y han de tener cargo en las dichas mujeres sean hombres de confianza.

Que los dichos correjidores y justicias tengan mucha cuenta conque la visita ordinaria de la Sanidad de las dichas mujeres y que los correjidores vayan a la casa un dia por semana para que en ella se este con un poco mas de respeto, y que, en la Corte haga esto un alcalde de della, advirtiendolo que no sea en un

dia sino en diversos, porque la ida haga mas efecto.

Así mismo se ha acordado que por ninguna via se permita representarse comedias, ni farsas, ni cosa semejante en público en dias de hacer algo, a título de que vayan todos los que quisieren oirlos por dineros, que en las fiestas ya que se permitan sea de dia y de la una hora del dia en adelante, de manera, que sea despues de misa y acabados los officios divinos de la mañana y se tenga cuenta conque las casas donde se hubiesen de representar sean tan acomodadas que no se de lugar a que el tropel de hombres y de mujeres se haga alguna maldad y ofensa de Dios; y sobre todo se ordena que en cuaresma en ningun dia y en ninguna hora se permita representar, y que las tales comedias, farsa sean primero examinadas, para que se eviten representaciones de deshonestidades y malos ejemplos, de todo lo cual he querido avisar a v. m. d. porque conviene así al servicio de Dios Nuestro Señor y de S. M.

En Madrid a 16 de Diciembre de 1574. Servidor de vuestra merced. **Episcopos Segovian-  
sis.**

1605

Lib. d. gob. 1200. e Fol. 387.

En la ciudad de balladolid A trece dias del mes de septiembre de mil y seyscientos y cinco a. Estando los S S. alcaldes en la audien- cia de la carcel Real desta q dixeron que man- davan y mandaron se pregonase en esta q to- das las personas questubieren sana y en edad de poder serbir y trabajar ansí ombres como mujeres no puedan pedir limosna de noche ni de dia Por las calles por sí ni tales personas ni en otra forma y salgan de la que dentro de quince primeros siguientes o to- men amos conocidos o oficio y modo de bibir so pena de cada cien azotes y los ombres de quatro a de galeras y las mujeres de destie- rro de la corte a cinco leguas, otro sí man- daron que en los quince dias todas las perso- nas que tuvieren del (sic) acomodados ansi ombres como mujeres que no tuvieren of. o amo siendo de diez años arriba tomen oficio cierto o amo a quien sirban o salgan de la que con apercibimiento que porque las alla-

sen sin amo o sin oficio pasado cuyo termino seran dados por vagabundos y castigados como tales. O si para que lo susodho pueda tener efecto mandaren que a todos los ganapanes se alistén y den fiança y traigan caperuças como se ha mandado y certificación de Dn. enríquez scr. del crimende como estaban alistado fianças y no aya otro ninguno que sirban de ganapanes con apercit.º que allan- se... a certificación y caperuças seran tenidos y castigados como bagabundos y asi lo probeyeron y mandaron.

1609

Lib. d. Gob. 1220. e. fol. 445.

En la villa de Madrid a once dias del mes de Septiembre de mil y seiscientos y nueve años.

Estando los ss. alcaldes en la audiencia de la carcel Real desta Corte—dijeron que aunque Por muchas vezes se a procurado Remedio para que no aya vagamundos ni gente de mal vivir en esta corte sino que trauajen o

·sirvan y sean dado algunas ordenes visto que no a aprovechado sea acordado para Rem. de lo susodho que se hagan dos sellos de fuego con unas señales, el uno para los vagamundos y gente oziosa y otro para los ladrones que por que por el primer hurto deue ser Hechado a galeras. Por no ser de caridad ni de cantidad. Para que sean conocidos. Por la primera vez se les heche el dicho sello devajo del brazo o en las espaldas o en la parte que mas conveniente pareciese. Para que sean conocidos y se sepan ansi los castigados. Por vagabundos y ladrones y la seg<sup>da</sup> vez que los cogieren se pueda proceder contra ellos como tales y se puedan Hechar a las galeras de su magad. Para que en ellos se sirvan Por el tiempo que pareciese mandauan y mandaron q— todas las personas que estan en esta corte vagamundas y oziosas «de cualquier manera» dentro de tercero dia se ocupen sirvan tomen modo y orden de vivir o se salgan desta corte y cinco leguas y no entren en ella so pena por primera vez q— seran sellado con los dichos sellos y por segunda de cien azotes y quatro años de servicio en galeras a el remo y sin sueldo y que para que lo susodho

tenga cumplido effto mandaron se propagase en esta Corte.

1675

Lib. d. Gob. fol. 59.

La Hermandad de R. Hospicio d. pobres del Ave Maria y S. Fernando Rey de España.— Procurando que el yntento de su fundación tenga el logro que desea y experimentando que en los condos que hacen por los Hermanos desta Hermandad y la del Refugio los mas pobres que se recojan hasi hombres como mujeres no son del ynstinto y muchos de ellos vagabundos y mal entretenidos y que juntan la mendiguez con la ociosidad y vicio y que han venido aora muchos del Reg. d. Galizia uyendo de la leba que esta haciendo en aquel reyno el conde Dn. Crecente y que en las mujeres ay tanta perdición que aun en el tiempo que estan en el ospicio causan arto escándalo e ynquietud y que por medios que se yntentan de apercibir las, darles guias y acomodarlas nada a sacarlas deste género de vi-

da y tal vez a yncurrir en su perdición se le ha ofrecido el representar a vs. el si pareciese conbeniente para eviar parte deste daño proponer al Sr. Presidente e que con tanto afecto patrocina esta obra el que el bando que algunas veces se ha echado d que los alguaciles limpien las plazuelas y partes públicas d los bagabundos y gente perdida se bolviese aora a promulgar pues habiendo lebas de soldados muchos que ay viven en su ociosidad mal entretenidos con el miedo de que no les prendan y lleben a presidio o se acomodaron a sentar plaza (de que se quejan los capitanes no lo pueden conseguir) y en las mujeres habrá mas recato a lo menos y quiças no se experimentará tanta perdición, este medio parece que de mas servicio de nuestro Sr. y vien de la Republica podrian conducir a que los pobres que se recogiesen en el ospicio fuesen lexitimamente deste instituto pues quitados los que no lo fuesen en los escrutinios que se hacen habria menos en que poder discurrir VS. se servira d considerar lo que fuese de mayor combeniencia como la Hermandad se asegura por la experiencia que tiene dello.

1678

Lib. d. Gob.º 1263 e. fol. 15.

S. Gobierno.

Ant. d. monsalve.

Dl. Marques.

P. Ledesma.

En la villa de Madrid a diez y seis del mes de Hebrero de mill seis-cientos y setenta y ocho años.—Los señores del Consejo de su Magd. mandaron se publique vando para que toda la gente vagamunda y ociosa que no tuvieren ocupación legitima salga desta corte dentro de tercero dia pri-

mero siguiente al de la publicación, pena al que no la cumpliese que pasado el referido termino le sea llevado a un presidio cerrado, y otro para que todas las personas que uinieran a la

corte de cualquier calidad o suerte que sean, se registren anta uno de los Alcaldes della dentro del segundo dia de como entrasen pena de un año de destierro. Y que todas las personas que tuviesen casa de posadas públicas o secretas las manifiesten dentro d. dho. término debajo de la misma pena d un año de destierro en que se da por yncunos a los que no lo cumpliesen assi en el registro como en la manifestación para que irremisiblemente se ejecute. Y que dhos. qualesquier personas a quienes le consture haver entrado en la corte los que le mauden registrar y no auerse registrado en su casa tengan obligación a manifestarlas dentro de ocho dias d como tengan noticias, con apercibimiento. Y que los Alcaldes d casa y corte len cuenta al Con. d tocarse todos los sanados den cuenta al Con. d lo que obrasen y lo acordaron.—Miguel Fernández de Noriega.

1692

Lib. d Gob. 1277. e fol. 4.

AUTO.

D. Jn. Lucas Cortes.

D. Jn. de Castro.

D. Nic. d Barano.

D. Diego Vapiero.

D. Gregorio de Valle.

D. Francisco de Campo.

D. Bartolome de la Serna.

En la villa de

Mad. a diez dias dl

mes de Febrero de

mill seiscientos no-

venta y dos años,

los señones Dn. Jn.

Lucas Cortes del

Cons. de su Mag. y

Alcaldes de su casa

y corte—Mandaron

se publique en esta

corte que todos los

b a g a mundos mal

entretænidos que es-

tubiesen en esta corte assienten plaza de Soldados dentro de seis dias con apercibimiento que pasado dho tiempo se les Ymbiará a los presidios d Africa por tiempo de seis años los que se ejecutará yrremisiblemente y asi lo probeyeron y señalaron.

1693

Lib.º de Gob.º 1278 e. fol. 186.

Y con esta ocasión de hauer remitido a su Mag.<sup>d</sup> Real consulta del Consejo de pena al consejo se resolvió en conformidad de la misma consulta y horden que en ella se refiere dado por su Mag. en tpo. dado de mi antecesor que los vagamundos y mal entretenidos que esta causa se embien a presidio nos es necesario que vayan rematados con todas las formalidades de Juicio ordinario. Vastando que conste ser tales vagamundos. Pero en tal caso se entiende ir condenados por dos años respecto de que dha. pena es para correccion Y assihara Vs. que se tenga entendido.

Con esta ocasión se hablo de los vagamundos, mendicantes que pudiendo trauajar quitar la limosna a los verdaderos pobres y se dijo que en la sala hay orden para que se tengan por verdaderos vagamundos y mal entretenidos y iuarran en la misma pena. Y asi podrá VS. hacer buscar dha. orden y renouar el Vando cuidando mucho de la execución del

V. S. se acuerde de hacer la lista que la dcha. de los retraidos y otros delincuentes que se entiendan andan por M. y en particular el encargo que se repartiase entre los alcaldes para que yo este en la misma de su celo y cuidado de caduan y pueda representarle a su Mag.d q. Dios a VS. Ma.d y Mayo de 1693.

1699

Lib. Gob. 1284; e. fol. 415.

Hauiendo resuelto que todos los Vagamundos que se hallasen se recojan para aplicarlas a las lebas que se hacen para el Darien y Ceuta con preferencia segun fuese d Justicia y conforme e ella se pudiese anteponiendo el número de trescientos para que sirban d Gastadores en la referida Plaza de Ceuta, lo tendrá entendido assí el Consejo y mando de las ordenes convenientes a todos los ministros sugetos a su Jurisd. para que afin de mejor logro de recoger esta gente mal entretenida (que tanto por ——— podian en todas partes) se corresponden con los casos que inter-

bien en las lenas en el Reynado d Granada, Cordova, Jaen, Capitanía general d las costas de Andalucía executasen.

En Madrid a 18 d D. de 1699.

Al Gob.º del Consejo.

Es copia del Decreto de S. Mag.<sup>d</sup> que original que queda en el Arch.º del Consejo.

Diego Guerra D. Noriegas.

1884

Lib.º d. Gob.º 1269. e. fol. 135.

Su Mag.<sup>d</sup> Dios g.<sup>de</sup> a consulta del Consejo de 18 deste mes se ha seruido resolver, que luego se haga pregonar que todas las personas asi hombres como mujeres forasteros que con hijos o sin ellos an concurrido a esta corte se retiren y salgan della p.<sup>a</sup> los lugares de su naturaleza dentro de ocho dias de la publicación con aperci.º de penas y que el Consejo aplique los que pareciese conbenientes así por la primera vez que contrauinesen en ellos como para los demas. Y en quanto toca los qu pretendieron ser verdaderamente pobres

y tener causa legit.<sup>ma</sup> para poder pedir limosna que ninguna pueda hacerlo mas que por espacio de quince dias i dentro de los cuales al que pretendiere ser pobre leg.<sup>a</sup> para poderla pedir y por ymped. anciendad y enfermedad, o otra causa, se aia de registrar para que reconocida la enfermedad o causa pudiese se le de una señal pública como medalla o otra que conbenga que traigan patente en el pecho y sea señal de su necesidad y sirva de licencia para poder pedir limosna lo cual se notare en el registro que se hiciese con las señas de las personas y lugar y parte donde se recogen para qu. si algunos faltasen, no puedan dhos. mendicantes balerse de ellos para pedir limosna de forma que pasados los quince días ninguno que no trajese la señal que pa.<sup>a</sup> ello se diputase pueda pedir limosna y para que en el termino de los quince días pueda lospobres legítimos ser reconocidos y registrados y que les den las tarjetas o señales que se eligiesen se señalasen sitios y lugares públicos donde se haga estos reconocimientos con separación de ombres y mujeres, encargando al hacerlo a ministros y personas que p.<sup>a</sup> ello se eligieran y que los

S.<sup>rs</sup> Alcaldes de Corte cada uno en su cuartel cuyde no aya que quien pide limosna sin tener esta licencia, passando a aprender a los que allasen o supiesen la piden en dhas. formas a quienes se castigara con las penas que por ella se señalasen assi por primera vez como por reincidencia y se encargue a los curas de las parroquias y diputaciones de ellos cuiden se sauer las personas que pudiendo trabajar viben de pedir limosna hauiendo hecho oficio deste ejercicio para que en la parte que pudiesen lo remedien y den noticia a S.<sup>rs</sup> Alcaldes y en especial a los de aquellos cuarteles y para que no pueda pretenderse ygnorancia con pretexto de que los que piden limosna an benido de nuevo a la corte y que si algunos viniesen no puedan hacerlo sin haberse registrado primero. Se pongan cédulas en las puertas de las parroquias y conventos donde se expresará lo conveniente y esto que ninguno pueda pedir limosna sin licencia primero para ellos. Y en quanto a los muchachos de corta edad que tuviesen padres que no puedan mantenerlos y los que se hallasen huerfanos Los S.<sup>rs</sup>. Alcaldes procuren tener lista d los que hubiese en sus cuarteles y lo mismo se encar-

que a los curas y Diputaciones de las Parroquias para que con el conocimiento que desto se pudiera adquirir Se mande a los Diputados d todos los gremios cuiden de acomodarlos oficios en ello para que se ampliquen a aprenderlos y se les obligue a los muchachos a la asistencia en la forma que fuese posibles.

Participolo a Vs. d orden del Con.º para q se vea en la sala y de pronto cumplimiento a la Su Mag.<sup>d</sup> se a servido mandar y ejecutando-se los registros y reconocimientos en la misma forma que se efectuo el año de setenta y uno ymponiendo las mismas penas y que si por ser aora muchos pobres que andan en la corte pareciese combeniente señalar VS. VS. de cuenta al Consej.º de lo que se executase qu.de Dios a Vs. muchos años desseo. M.<sup>d</sup> y Abriil 24 d 1886.

Bla.

Miguel Ferz d Noriega.

.....

CONCLUSIÓN:  
QUE REPRESENTA EL GÉNERO PI-  
CARESCO DE NUESTRA LITERATURA



No iremos fuera de la verdad, y mucho menos de la realidad, si decimos que la picaresca fué primero vivida; es decir, que los autores de obras de picardías no hicieron sino trasladar al papel su vida íntima: esto es, hicieron verdaderas autobiografías.

Aquellos pícaros que tan magistralmente nos fotografían de la realidad todos los autores que sobre este asunto escribieron, no fueron seres fantasmagóricos y engendrados por calenturientas imaginaciones, sino que real y efectivamente ellos tuvieron existencia tan cierta como la mayor parte de esos picaruelos. pues no eran más que esos mismos autores en sus distintas aventuras y correrías.

Ejemplos de esta verdad nos los muestra CERVANTES, con su vida de pícaro empedernido, de picaruelo de siete suelas, como dice la expresión vulgar.

QUEVEDO, el autor de los «Sueños», más rufián que pícaro, más pícaro que truhán; dí-

galo, si no, su Pablillos, tipo acabado del pícaro tal como éste había de ser desde que pasara la etapa clásica, con sus mejores obras de picardías.

Luego VILLARROEL, con aquella su característica picardía, aprendida al contacto con los bellacos, y luego vivida con gran intensidad por él, hasta tal punto que, según refiere en su «Vida», no se quedó en su casa disfrutando de paz y sosiego, sino que optó por trotar y rodar por esos mundos de picardías en busca de nuevas emociones con nuevas aventuras; y trozos de su «Vida» fueron escritos, según él confiesa, sobre los arcones de los mesones donde paraba, oyendo la alegría y algazara y la ensordecedora gritería de los bellacos, rufianes, gentes del hampa y redomados picaruelos de aquella época de mayor esplendor de la picaresca vivida.

Y si aun esto no fuere bastante para confirmarnos en la aserción de que la picaresca fué real y efectivamente vivida; remontémosnos a épocas anteriores y recordemos, no sólo la vida de los autores de picaresca, sino la de aquellos otros que, aun viviéndola con toda intensidad, no la escribieron.

MARCIAL nos ofrece en sus obras y en su vida un digno y acabado ejemplar de picaresca: sus «Epigramas» tienen elementos satíricos, mordaces, a veces obscenos, irónicos, tal como él podía escribirlos y sólo él describir aquellos paisajes de desenfreno y de lujuria, juntamente con la bacanal humana, en aquella época del ludibrio romano.

Cuando nos describe con tanta minuciosidad de detalles aquellos vicios que él satiriza y en los cuales él mismo incurría, se nos presenta a veces con una moralidad extraña a él; otras, con una burla descarada y una más de agradable complacencia ante aquellos cuadros de tan fiero realismo que nos muestra como verdaderas fotografías tomadas de la realidad que observa. Pero a veces lanza lamentos ante el repugnante cuadro que ofrece la vida de desorden y relajación moral que tan desgarrantes cuadros presenta en la época de los emperadores.

Matronas, romanas y no simples rameras, salían de sus casas en pleno día, dedicadas a la continua bacanal e ininterrumpidos desórdenes, cual si siempre estuviesen alentadas por la hora loca de la orgía, con el pecho des-

nudo; al aire extendido el cabello, cubriendo el cuerpo incitante.

MARCIAL, unas veces parece que con su fórmula satírica ha de terminar satirizando en su epigrama la vida política o privada, mas cuando menos lo pensamos acaba con alguna de sus agudezas, clara muestra de su espíritu disoluto, en sus dichos mordaces, de su inteligencia satánica.

Y esto era porque MARCIAL vivía esta vida pícara y aún más de truhán.

Sujeto a la voluntad de los grandes, pues su pluma no le producía lo necesario para su subsistencia, no era suficiente para mantener su vida, esperaba de ellos los pedazos que sobraban de sus mesas.

Fué de un picarismo característico.

No pocos elementos de la más característica picaresca los hallamos en LOPE DE RUEDA en su vida de histrión errante y vagabundo aventurero.

En su teatro se ve la vida picaresca y gitanesca que los primeros farsantes arrastraron. Teniendo que llevar el «hato al hombro, tocar el tamborino y hacer el bobo en las aldeas más remotas» (111), comiendo hongos, dedi-

cados a los más viles oficios, durmiendo a pïerna suelta en el suelo y llevándose el dinero de los otros y huyendo.

LOPE, en sus obras, se complace en presentar con frecuencia el tipo del bobo: tal lo vemos en «Cornudo y contento», la «Tierra de Jauja», que son cándidos y rústicos pasando por el tonto, criado característico que se ofrece en «Los criados», y no menos acabado modelo en el lacayo maldiciente, rufián, truhán, bribón redomado de la «Eufemia».

Como podemos observar, el género picaresco representa en nuestra literatura, no sólo una época que ejerció influencia decisiva en la posterior, sino que marcó y definió con magistrales rasgos, la característica de nuestra nacionalidad; dió un modelo concluyente de la tendencia y originalidad indiscutible en literatura que más tarde vino a tener otra prueba con la creación de la ascética, que son las más reales y positivas de nuestro arte nacional.

Representa el género picaresco las ansias desbordantes de una raza arrogante y altanera que persigue las emociones con las variadas aventuras, y que dispuesta está a vencer

el cruel destino de sus desventuras para hallar en esa lucha un nuevo encanto emotivo.

El género picaresco de nuestra Literatura representa la vida diaria palpitante de los españoles: la picaresca se halla en el ambiente del suelo hispano.

Hoy se designa al pícaro con nombres distintos, y es porque ya no existe el pícaro propiamente dicho, sino el «vivo», el apache, el hampón.

El género picaresco representa la vida de una España Media, amplia, con horizontes dilatados, con dominio de sí en circunstancias difíciles, con ese hálito de independencia que es la característica del pueblo español, y con la no menos característica del vivir, si se puede, holgando con aires de buen señor, deslumbrando a unos, engañando a otros, a los incautos, y tratando de vivir lo más honrosamente posible, sin trabajar, a costa de los otros.

La adaptación al movimiento, el cambio continuo de lugar, de anhelos. Novedad, variabilidad, cambio, transformación, eso es todo.

El género picaresco representa, en nuestra literatura, la palpitante vida española, con su

optimismo, su donaire y agudeza, su cambio continuo de carácter y de modo de ser.

Todo se aviene a formar en la Literatura, no un género tan sólo, sino un producto de la observación que la visión de la vida española muestra apta siempre, para que con dos magistrales pinceladas quede retratado nuestro espíritu, valiente y débil a la vez.....



NOTAS



(1) F. DE HAAN, «Hau outline of the histry in the novel picaresque in Spain».—New York, 1913.

(2) G. FIOL, «Esfera».—Madrid.

(3) Idem.

(4) «Historia universal», CANTU. — Madrid, 1855, vol. III, pág. 268.

(5) CHENDLER, «Romances of roguery in the picaresque novel in Spain».—New York, London, 1899.

(6) «Antología de poetas líricos castellanos».—Madrid, t. III, CX.

(7) Idem.

(8) «Historia de la Literatura», HURTADO.—Madrid.

(9) «Orígenes de la novela», pág. CX.—Madrid, 1914.

(10) Idem.

(11) Idem.

(12) Idem.

- (13) AMADOR DE LOS RÍOS, «Historia de la Literatura».—Madrid.
- (14) Idem.
- (15) RODRIGUEZ MARIN, Ed. «Rinconete y Cortadillo».—Madrid, 1905.
- (16) Idem.
- (17) MAYANS Y SISCAR, «Orígenes», tomo II, pág. 167.
- (18) TICKNOR, «Literatura española», t. I, pág. 280.
- (19) CERVANTES, «Quijote», Madrid.
- (20) MENENDEZ Y PELAYO, «Orígenes de la novela», Madrid, t. II.
- (21) HURTADO, «Historia de la Literatura».—Madrid.
- (22) «El Corbacho», ARCIPRESTE DE TALLAVERA.—1901.
- (23) «Orígenes de la novela», Madrid, t. I, pág. CX.
- (24) MARTINEZ DE TOLEDO, «El Corbacho».—1901.
- (25) «El Corbacho».—1901.
- (26) Ed. «Corbacho».—1901.
- (27) CHENDLER, «Romances of roguery in the Picaresque novel in Spain».—New York, London, 1899.

(28) CRISTOBAL DE VILLALON.—Madrid.

(29) «Historia de la Orden de San Jerónimo», B. A. E., lib. I, cap. XXXV.

(30) «Catalogus clarorum Hispania scriptorum... Opera ac. Estudio VALERII ANDREAE TAXANDRI».—1607.

(31) «Hispaniae Bibliotheca».—1608, página 544.

(32) CORREAS, pág. 618.

(33) MOREL-FATIO, «Lazarillo de Tormes». «Etude sur l'Espagne», págs. 114, 140, 171, 176.

(34) «Remarques sur "Lazarillo de Tormes"». «Revue Hispanique».—Madrid.

(35) FOULCHE-DELBOSC, «Revue Hispanique».—Madrid. 1900.

(36) Idem.

(37) Idem.

(38) F. DELICADO, «La lozana andaluza» (Colección de libros picarescos). — Madrid, 1899.

(39) F. DELICADO, Idem.

(40) A. DE ROJAS, «Viaje entretenido».—1603, págs. 5-6.

(41) CEJADOR, «Lazarillo». — Madrid, 1914.

- (42) «Historia de la Literatura», CEJADOR.—Madrid, 1914.
- (43) CEJADOR, «Historia de la Literatura».—Madrid, 1914.
- (44) MENENDEZ Y PELAYO, «Orígenes de la novela».—Madrid, 1914.
- (45) CEJADOR, «Historia de la Literatura», t. III.—Madrid, 1914.
- (46) MENENDEZ Y PELAYO, «Orígenes de la novela».—Madrid, 1914.
- (47) ALEMAN, «Guzmán de Alfarache».—Barcelona.
- (48) RODRIGUEZ MARIN, «Discurso de recepción».—Madrid.
- (49) Idem. Ed. «Rinconete y Cortadillo».—Madrid, 1914.
- (50) «Guzmán de Alfarache».—Barcelona.
- (51) Idem.
- (52) CEJADOR, «Historia de la Literatura».—Madrid, 1914.
- (53) HURTADO, «Historia de la Literatura».—Madrid.
- (54) Idem.
- (55) «Orígenes de la novela», t. II.
- (56) Idem.
- (57) G. AURIOLES, «Cervantes y Sevilla».

(58) «Estebanillo González». B. A. E.—Madrid.

(59) CERVANTES, «Viaje al Parnaso». B. A. E.—Madrid.

(60) MENENDEZ Y PELAYO, «Ideas estéticas».—Madrid.

(61) CEJADOR, «Historia de la Literatura».—Madrid, 1914.

(62) «Orígenes de la novela».—Madrid, 1914.

(63) VALERA, Prólogo «Vida de Villarroel».—Madrid.

(64) «Poetas líricos españoles del siglo XVIII en los nuevos estudios críticos». (Colección de escrit. castellanos), pág. 442.

(65) VILLARROEL, «Vida», Prólogo.—Madrid.

(66) VILLARROEL, «Vida».—Madrid.

(67) VILLARROEL, «Vida», Introducción.—Madrid.

(68) VILLARROEL, «Vida», Introducción.—Madrid.

(69) VILLARROEL, «Vida», Trozo cuarto.—Madrid.

(70) GIOVANNI VERGA, «Vita dei campi».—Madrid.

- (71) VILLARROEL, «Vida».—Madrid.
- (72) VILLARROEL, «Vida».—Madrid.
- (73) JOSE ROGERIO SANCHEZ, «Historia literaria».—Madrid.
- (74) LA HARPE, Prólogo al «Gil Blas».—Madrid.
- (75) Idem.
- (76) LA HARPE, Prólogo al «Gil Blas».—Madrid.
- (77) Idem.
- (78) DEMOGEOT, Prólogo al «Gil Blas».—Madrid.
- (79) Idem.
- (80) R. LEON. «Los centauros».—Madrid.
- (81) Idem.
- (82) A. BARAJA, «Psicología del pícaro según "Lazarillo de Tormes", "El Buscón" y "Guzmán de Alfarache"». (Inédito.)
- (83) «Guzmán de Alfarache».—Barcelona.
- (84) Idem.
- (85) Idem.
- (86) BONILLA Y SAN MARTIN, «Hist. Filos. Esp.», t. I, pág. 159.
- (87) VALERA, «El problema de algunas clases inferiores en Castilla durante el siglo XVII». (Inédito.)

(88) HOFFDING, «Psicología experimental».

(89) «El Buscón». B. A. E.—Madrid.

(90) A. BARAJA, «Psicología del pícaro, etc.». (Inédito.)

(91) «Lazarillo de Tormes», Ed. CEJADOR.—Madrid, 1914.

(92) A. BARAJA, «Psicología del pícaro, etc.». (Inédito.)

(93) Idem.

(94) «Guzmán de Alfarache».—Barcelona.

(95) Lib.º d. Gob.º 1690. fol. 444.

(96) «Guzmán de Alfarache».—Barcelona.

(97) GALLARDO, «Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos», t. V., col. 382.

(98) Lib.º d. gob.º fol. 344. 1692, Lib.º d. gob.º fol. 59.

(99) Doc. de CORTES. 1670.

(100) VALERA, «El problema de algunas clases sociales inferiores en Castilla durante el siglo XVII». (Inédito.)

(101) Lib.º d. Gob.º 1272. fol. 114; Lib.º d. Gob.º 1232. e. fol. 102.

(102) Lib.º d. Gob.º fol. 102, año 1644.

(103) MOREL FATIO, «Memorial de Pedro Tamayo». R. A. B. M. Ag. de Madrid, 1924.

- (104) 1613. Lib.º d. Gob.º 46.
- (105) 1617. Lib.º de Gob.º 1208. e. 469.
- (106) Lib.º d. Gob.º 1263p. e. fol. 59.
- (107) Lib.º d. Gob.º 1263. e. fol. 15.
- (108) Lib.º d. Gob.º 1278. e. fol. 186.
- (109) Lib.º d. Gob.º 1284. e. fol. 415.
- (110) «El problema de algunas clases inferiores en Castilla durante el siglo XVII». (Inédito.)
- (111) COTARELO Y MORI, «Estudios de Historia literaria de España».—Madrid, 1901, pág. 228.

BIBLIOGRAFIA



- ALARCON (Ruiz de).—«El Libro talonario».
- ALARCON (Ruiz de).—«La Buenaventura».
- ALARCON (Ruiz de).—«El Carbonero Al-  
calde».
- ALARCON (Ruiz de).—«La Comendadora».
- ALARCON (Ruiz de).—«Los empeños de un  
engaño».
- ALCALA YAÑEZ Y RIVERA (Jerónimo de).  
—«El donado hablador Alonso, mozo de mu-  
chos años». B. A. E., t.
- ALEMAN (Mateo).—«Guzmán de Alfarache».  
—Barcelona.
- APULEYO.—«El asno de oro».—Colección clá-  
sicos.—Madrid.
- ARMAS (J. de).—«El "Quijote" y su época».
- AYALA (Ramón López de).—«Troteras y dan-  
zaderas».—Madrid.
- AZOTE DE TUNOS (EL).—«Holgazanes y va-  
gabundos».—Traducción libre de la lengua  
toscana. Por D. J. O.—Madrid, 1802, en 12.º
- BAROJA (Pío).—«La busca».—Madrid.

- BAROJA (Pío).—«Mala hierba».—Madrid.
- BAROJA (Pío).—«Aurora roja».—Madrid.
- BAROJA (Pío).—«Inventos, aventuras y mixtificaciones de Silvestre Paradox».—Madrid.
- BAROJA (Pío).—«Paradox, rey».—Madrid.
- BENAVENTE.—«Los intereses creados».—Madrid.
- BERTRAND.—«Cervantes et le romantisme allemand».—París, 1914.
- BONILLA Y SAN MARTIN (Adolfo).—«Antecedentes del tipo celestinesco en la Literatura latina».—«Revue Hispanique», 1906, t. XV, págs. 372-86.
- BUSHEE (Alice H.).—«The sucesos of Mateo Alemán».—New York, París, 1911.
- CASTILLO SOLORZANO.—«Noches de placer».—Ed. Cotarelo.—Colección de escritores castellanos, t. 128 y 129.
- CASTILLO SOLORZANO (Alonso).—«Las harpías de Madrid y Coche de las estafetas». B. A. E.
- CASTILLO SOLORZANO (Alonso).—«La niña de los embustes Teresa de Manzanares». B. A. E.
- CASTILLO SOLORZANO (Alonso).—«La Gar-

«duña de Sevilla» y «Anzuelo de las bolsas».  
B. A. E.

CASTILLO SOLORZANO (Alonso).—«Aventuras del bachiller Trapaza». B. A. E.

CASTRO (A. de).—«El buscapié».—Madrid.

CERVANTES (Miguel de).—«Los habladores».—Madrid.

CERVANTES (Miguel de).—«Pedro de Urde-  
malas».—Madrid.

CERVANTES (Miguel de).—«El casamiento  
engañoso».—Madrid.

CERVANTES (Miguel de).—«El celoso extre-  
meño».—Madrid.

CERVANTES (Miguel de).—«El licenciado Vi-  
driera».—Madrid.

CERVANTES (Miguel de).—«La tía fingida».—  
Madrid.

CERVANTES (Miguel de).—«El amante libe-  
ral».—Madrid.

CERVANTES (Miguel de).—«El rufián dicho-  
so».—Madrid.

CERVANTES (Miguel de).—«El rufián viu-  
do».—Madrid.

CERVANTES (Miguel de).—«El coloquio de  
los perros».—Madrid.

- CERVANTES (Miguel de).—«La gitanilla».—  
Madrid.
- CERVANTES (Miguel de).—«El retablo de las  
maravillas».—Madrid.
- CERVANTES (Miguel de).—«La ilustre fre-  
gona».—Madrid.
- CERVANTES (Miguel de).—«La española in-  
glesa».—Madrid.
- COLOMA (Padre Luis).—«La Gorriona»,  
COLOMA (Padre Luis).—«Pequeñeces».
- CORTES DE TOLOSA (Juan).—«El Lazarillo  
de Manzanares».
- CHESSLER (F. W.).—«Romances of Roguery  
in the Picaresque novel in Spain.—New  
York, London, 1899.
- CUETO (J.).—«La vida y la raza a través del  
"Quijote"».
- ENRIQUEZ GOMEZ (Antonio).—«Vida de  
don Gregorio Guadaña». B. A. E.
- ENRIQUEZ GOMEZ (Antonio).—«El siglo pi-  
tágorico».
- ESPINEL (Vicente).—«Marcos de Obregón».  
B. A. E.
- «ESTEBANILLO GONZALEZ».—B. A. E.
- EXIMENO.—«Don Lazarillo Vizcardi».

- FITZ-MAURICE-KELLY.—«Historia de la Literatura española».—Madrid.
- FOULCHE DELBOSC (R.).—«Etude sur "La tía fingida" en "Revue Hispanique"».—1900, t. VI, pág. 255.
- FOULCHE DELBOSC.—Remarques sur "Lazarillo de Tormes" en "Revue Hispanique"». 1900. t. VII, págs. 81-97.
- GALDOS (Benito Pérez).—«La Desheredada».—Madrid.
- GALDOS (Benito Pérez).—«El audaz».—Madrid.
- GALDOS (Benito Pérez).—«Misericordia».—Madrid.
- GARCIA (Carlos).—«La desordenada codicia de los bienes ajenos». Por... Dn..., C... B. A. E.
- «GARCON ET L'EVEUGLE: JEU DU XIII SIECLE (EL)».—Ed. M. Roquer.—París, 1912.
- «GARDUÑA (LA)».—Ed. T. Ruiz Morcuende en los Clásicos castellanos.—1922.
- GARRIGA (F. J.).—«Estudio de la novela picaresca».
- GONGORA (B. de).—«El corregidor sagaz».
- GONZALO DE CESPEDES.—«La constante cordobesa».

- GONZALO DE CESPEDES.—«El soldado Pindaro».
- GONZALO DE 'CESPEDES.—«Francia engañada», «Francia respondida». (Folletos.)
- GONZALO DE CESPEDES.—«El español Gerardo».—Madrid.
- GOSSART (E.).—«Les espagnols en Flandes» (Bruxelles, 1914). págs. 243-296.
- GRACIAN (Baltasar).—«El criticón».
- HANN (F. de).—«Au outline of the History of the novel picaresca in Spain».—New York, 1913.
- HAZAÑAS (J.).—Discurso en la Academia Sevillana de Buenas Letras.—1892.
- HAZAÑAS Y LA RUA.—«Los rufianes de Cervantes: El rufián dichoso y El rufián viudo».—Sevilla, 1916.
- HURTADO DE MENDOZA Y GONZALEZ PALENCIA.—«Historia de la Literatura española».—Madrid.
- ISLA (El Padre).—«Fray Gerundio de Campazas». B. A. E.
- LEON HEBREO.—«Diálogos de amor».
- LEON (Ricardo).—«Los centauros».—Madrid.
- LEO ROVANET.—«Colección de autos, farsas y coloquios del siglo XVI».

- LESSAGE.—«Gil Blas de Santillana».
- LIÑAN VERDUGO.—«Guía y aviso de los forasteros que vienen a la corte».
- LOPE DE RUEDA.—«Eufemia».
- LOPE DE RUEDA.—«Comedia Medora».
- LOPE DE RUEDA.—«Paso de la Carátula».
- LOPE DE RUEDA.—«Cornudo y contento».
- LOPE DE RUEDA.—«La tierra de Jauja».
- LOPE DE RUEDA.—«Los criados».
- LOPE DE RUEDA.—«Los lacayos y los ladrones».
- LOPE DE RUEDA.—«Los engañados».
- LOPE DE RUEDA.—«Paso de el convidado».
- LOPE DE RUEDA.—«La farsa del sordo».
- LOPE DE RUEDA.—«Armeline».
- LOPE DE RUEDA.—«El rufián cobarde».
- LOPE DE VEGA.—«La hermosa fea».
- LOPE DE VEGA.—«La gatomaquia».
- LOPE DE VEGA.—«La Dorotea».
- LOPE DE VEGA.—«La Dragontea».
- LOPE DE VEGA.—«El rufián Castrucho».
- LOPE DE VEGA.—«La Circe».
- LOPE DE VEGA.—«El acero de Madrid».
- LOPE DE VEGA.—«La Tapada».
- LUCIANO.—«Diálogos de los muertos».
- MARCIAL.—«Epigramas».—Madrid.

- MARTINEZ DE TOLEDO.—«El Corbacho».
- MOREL-FATIO (A.).—«Etudes sur l'Espagne». I serie, 2 ed.—París, 1895.
- MERIMEE (Ernesto).—«Essai sur la vie et les ouvres de Francisco de Quevedo».—París, 1886.
- MEY (Sebastián).—«El truhán y el asno».
- MOLIERE (Jean).—«Le Tartufe».
- ORTEGA Y GASSET.—«Meditaciones del "Quijote"», 2.<sup>a</sup> ed., 1921.
- OBIOLS (Luis).—«Los cien cuentos de Boccaccio».
- PALACIO VALDES.—«El maestrante».
- PAZ Y MELIA.—«Vida del soldado Miguel de Castro».
- PELAYO (Marcelino Menéndez y).—«Orígenes de la novela española».
- PELAYO (Marcelino Menéndez y).—«Ideas estéticas».—Madrid.
- PELAYO (Marcelino Menéndez y).—«Antologías de poetas líricos castellanos».
- PERROT.—«Sobre las fuentes de algunos capítulos de las "Noches de invierno" en 'Cultura española' (1918) XII. 1023 y (1919) XV. 733».

- PEREDA (J. M.<sup>a</sup> de).—«Pachín González».
- PEREDA (J. M.<sup>a</sup> de).—«Fedro Sánchez».
- PEREDA (J. M.<sup>a</sup> de).—«La Montálvez».—Ma-
- PEREDA (J. M.<sup>a</sup> de).—«Gonzalo González de la Gonzalera».—Madrid.
- PETRONIO.—«Satiricón».—Colecc. clasc. cast. —Madrid.
- PICON (Jacinto Octavio).—«La honrada».
- PICON (Jacinto Octavio).—«La hijastra del amor».—Madrid.
- PICON (Jacinto Octavio).—«Juanita Tenorio».—Madrid.
- QUEVEDO (Francisco de).—«El Buscón».—
- RAMON Y CAJAL (S.).—«Psicología de "Doñ Quijote" y el quijotismo». (Discurso.)—Madrid, 1915.
- REYNTER (G.).—«Les origines du roman realiste».—Paris, 1912.
- RODRIGUEZ MARIN (F.).—«El Loaysa del "Celoso extremeño"».—Sevilla, 1901.
- RODRIGUEZ MARIN (F.).—Ed. «Rinconete y Cortadillo».—Madrid, 1905.
- RODRIGUEZ MARIN (F.).—Discurso en la Academia Española. 1917.—Madrid.
- RODRIGUEZ MARIN (F.).—Ed. C.
- ROIG (JAUME).—«Llibre de les dones».

- ROJAS (F.).—«La Celestina».—Colecc. Clasc. Cast.—Madrid.
- ROJAS (A.).—«El viaje entretenido».—Madrid.
- RIVIERE.—«Mendicants et vagabons». R. Ec., p. 61, 1903-p. 154.
- RUIZ (Juan).—«El Libro de Buan Amor». Ed. Cejador.
- SALAS BARBADILLO.—«El marqués de Cigarral».—Madrid.
- SALAS BARBADILLO.—«Las fiestas de la boda de la incansable mal casada».
- SALAS BARBADILLO.—«Don Diego de noche».
- SALAS BARBADILLO.—«La estafeta del dios Momo».
- SALAS BARBADILLO.—«La hija de Celestina o La ingeniosa Elena».—Madrid.
- SALAS BARBADILLO.—«La sabia Flor Mal-sabidilla».
- SALAS BARBADILLO.—«El busca oficio».
- SALAS BARBADILLO.—«Las aventuras de la corte».
- SALAS BARBADILLO.—«El caballero puntual».
- SALAS BARBADILLO.—«El mayorazgo Figuras».

SALAS BARBADILLO.—«A lo que obliga el honor».

SALAS BARBADILLO.—«Quien todo lo quiere todo lo pierde».

SALAS BARBADILLO.—«La castañera».

SALAS BARBADILLO.—«El sutil cordobés Pedro de Urdemalas».—Madrid.

SALAS BARBADILLO.—«El barbador».

SALAS BRABADILLO.—«El casamentero».

SALILLAS (R.).—«El delincuente español. Hampa». (Antropología picaresca.) — Madrid, 1898.

SAN JOSE (Diego de).—«La Mariblanca».—Madrid.

SANTOS (Francisco).—«La lozana andaluza».

SANTOS (Francisco).—«Periquillo el de las Gallineras».—Madrid.

SCARRON.—«Les hypocrites».—París.

SERRANO JOVER.—«El hampa española en la novela picaresca».—En «La Ilustración Esp. Am.», 1905, II.

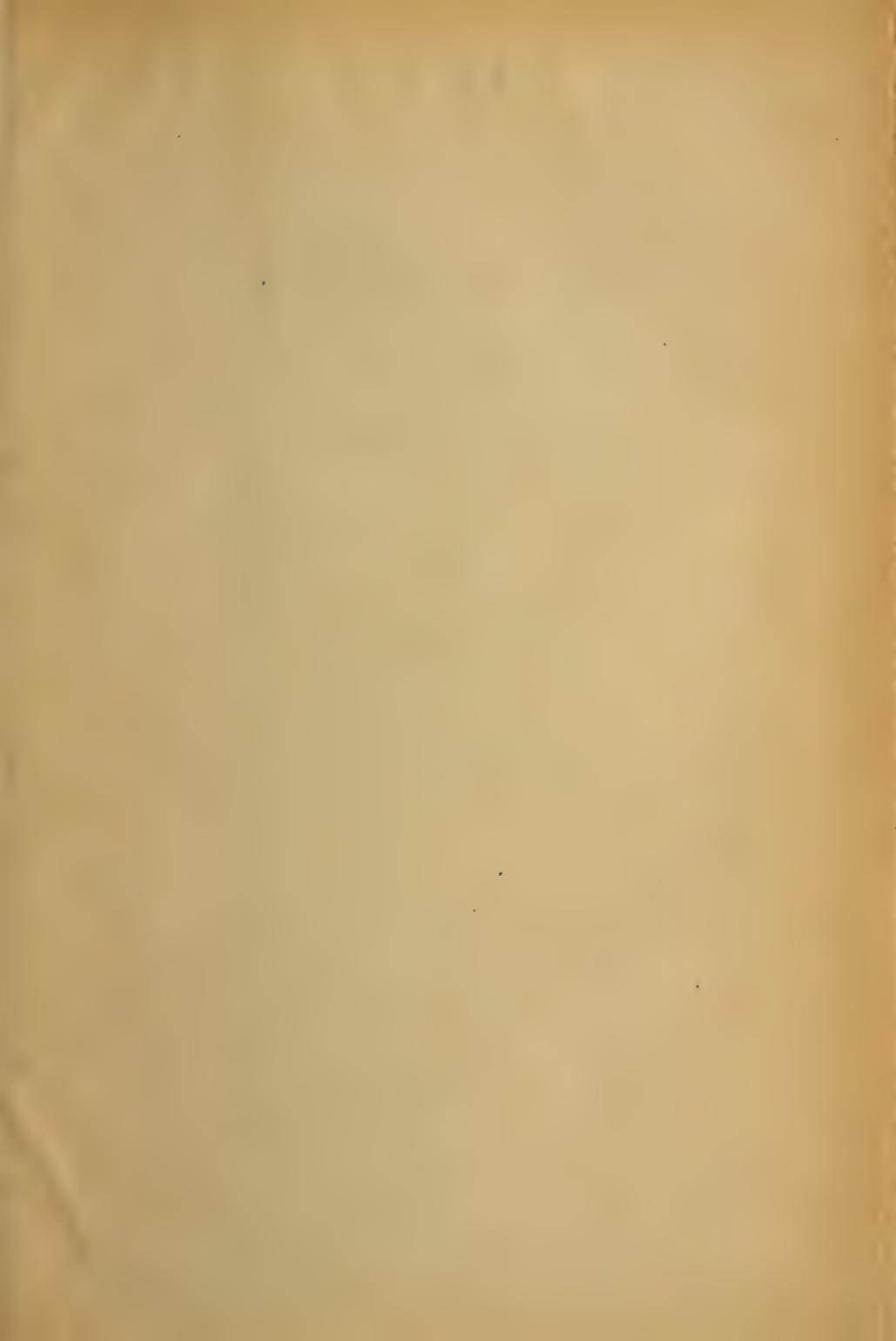
STRASS PAUL.—«Pauvres et mendicants». R. Rev. 1902-p. 372.

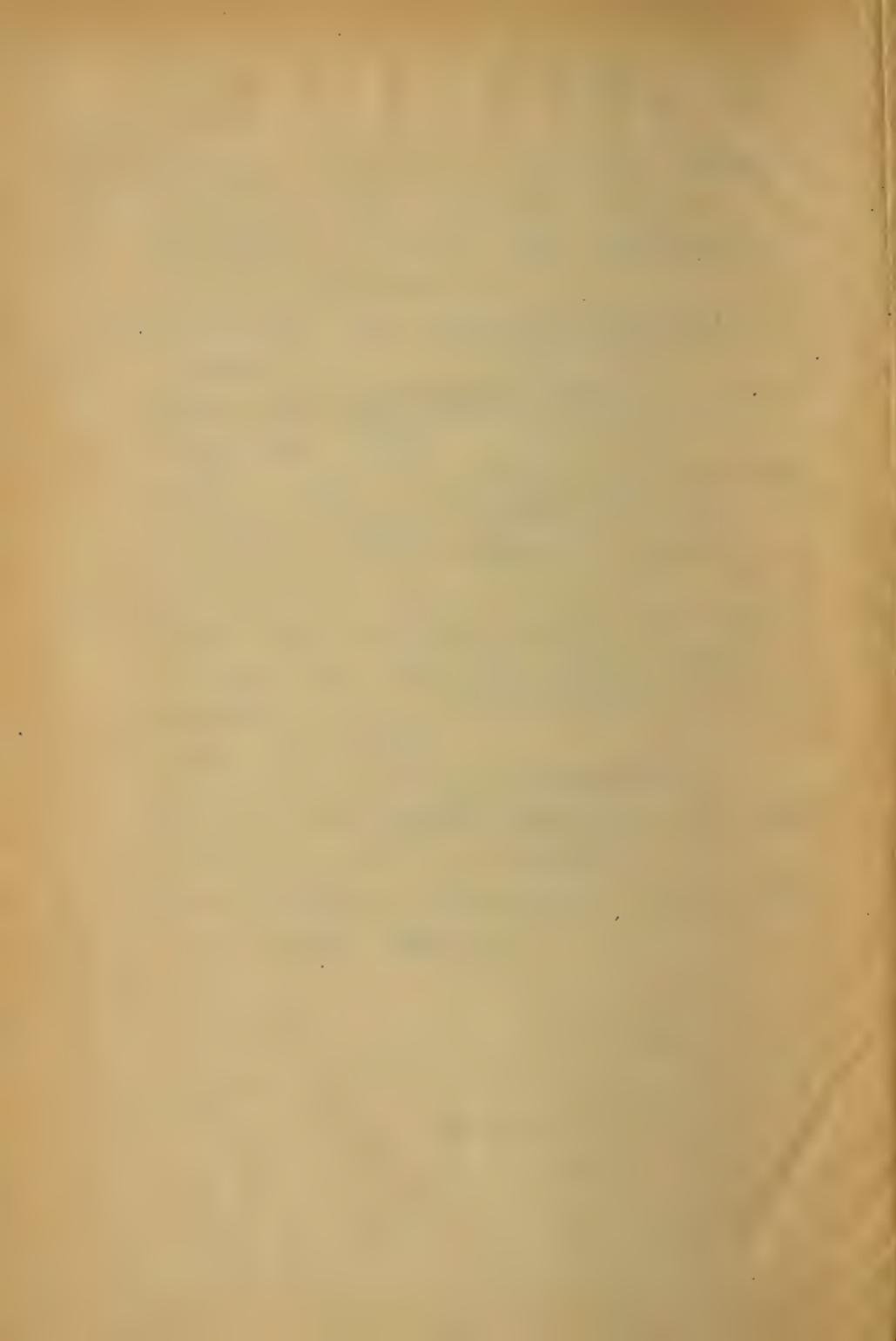
SUAREZ DE FIGUEROA.

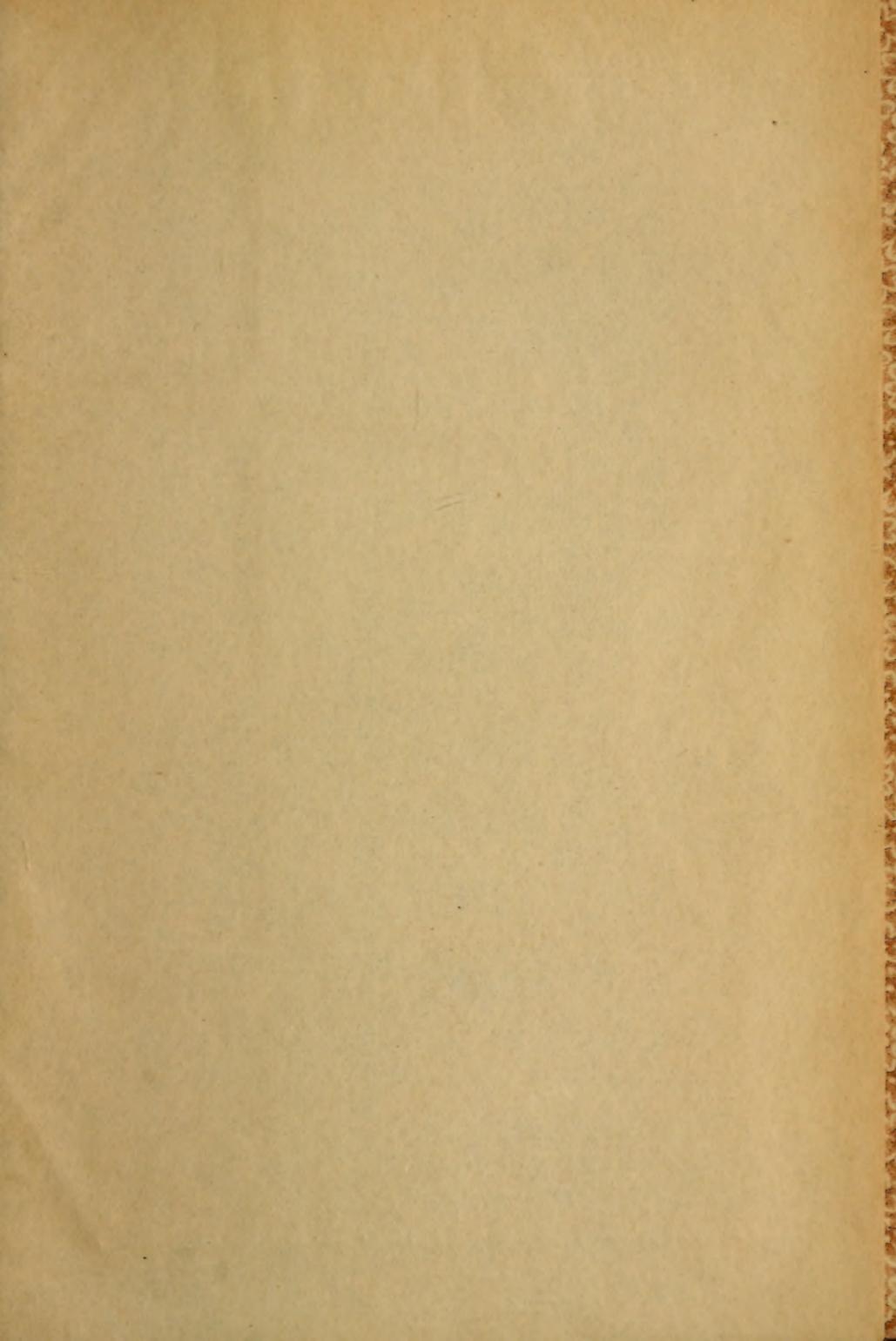
TERREIRA DE VASCONCELLOS.—«Eufro-

~~side~~.

- TICKNOR. — «Literatura española». — Madrid.
- TIMONEDA (Juan de). — «Filomena».
- TIMONEDA (Juan de). — «El sobremesa y alivio de caminantes».
- TIMONEDA (Juan de). — «El patrañuelo». — Madrid.
- TORRES DE VILLARROEL. — «Vida». — Colecc. clasc. cast. — Madrid.
- UBEDA (López de). — «Libro de entretenimiento de la pícara Justina». B. A. E.
- VALDEZ (Juan de). — «Diálogo de Mercurio y Carón».
- VELEZ DE GUEVARA (Luis). — «El Diablo Cojuelo». Col. Universal. — Calpe. — Madrid.
- VERGARA (J. M.). — «Escritores de Segovia». Pág. 483. — Madrid.
- VILLALON. — «El Crotalou». — Madrid.
- ZAYAS Y SOTOMAYOR (María de). — «El juez de su causa». B. A. E. — Madrid.
- ZAYAS (María). — «Novelas». B. A. E. volumen XXXIII. — Madrid.









LS.H.  
S9596n

231365

Author Suarez, Mireya

Title La novela picaresca.

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU

